Donde

Wenling Gemma

& Ruiz Palà

Que alguien del otro lado del planeta decida venir a vivir a tu país. Que te escoja a ti como vecino. Que quiera que sus hijos crezcan en tu lengua para que amen lo que tú amas. Y que ese alguien que trabaja en una peluquería doce horas al día, seis días a la semana inclinada sobre tus pies, tus manos y tu pelo, tenga la generosidad de explicarte cómo es su mundo.

Aquí dentro hay mucho de la China de Wenling. Mucho de la provincia de Zhejiang de donde vino un día hace diez años. Pero en esta casa de manicuras, cortes y permanentes hay además perfumes de otros lugares. Y jubiladas del barrio barcelonés de Gràcia, jóvenes tozudas, una embarazada enamorada, lágrimas de la guerra del Vietnam, productos de cosmética franceses, injusticias forjadas en América y racismo bien incrustado.

Por eso la llaman la casa de Wenling: porque la modestia del exterior esconde una auténtica reserva de humanidad, un catalizador que arranca confidencias, desentierra tragedias y hace explotar carcajadas. Un centro de intercambio de afectos que es tan necesario en el barrio como el ambulatorio, la escuela o el mercado.

Gemma Ruiz

Donde Wenling

ePub r1.0
Titivillus 21-06-2023

Título original: *Ca la Wenling*
Gemma Ruiz, 2020
Traducción: Concha Cardeñoso Sáenz de Miera
Imagen de cubierta: Ken Harding
Colección: Áncora Delfín,
n.º
1494

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Nota de la traductora

Este libro está escrito originalmente en catalán, pero casi todos los personajes de origen extranjero o de otras comunidades hablan en castellano, menos los niños, que hablan en catalán. Otros, por deferencia, cambian del catalán al castellano dependiendo de a quién se dirijan, tal como sucede en la vida real con toda naturalidad. Este importante matiz de la relación cotidiana tiene en la narración un peso específico de carácter social y de convivencia, pero es intraducible por motivos evidentes, aunque en algunos casos he conservado algún rasgo aislado que identifica la lengua materna de cada personaje.

以此 献 我的朋友刘玲玲,
感 你 我学到的一切。[1]

¿Que por qué me la hago? Ya, yo también me lo pregunto. Tendría que dar marcha atrás hasta la gloriosa época de solo novelas y películas, los dieciséis años, cuando se me empezaron a descamar las uñas y fui al dermatólogo. Vete a la farmacia y pide la gama de La Roche-Posay, lo vio claro enseguida. Los colores son muy *suavecitos*, adjetivó, con las gafas a medio caballete. Se las caló del todo, hizo un par de garabatos, le cobró cinco mil del ala a mi madre y me dio la receta: manicura.

No sé si me sirvió de algo, porque el caso es que apenas he vuelto a verme las uñas tal y como las traje al mundo. Nunca dejé de repintármelas a partir de aquella visita. Seguí con el esmalte de farmacia no sé cuánto tiempo más, hasta lo pedían expresamente para mí: *Vernis fortifiant protecteur, 3, beige*. Pero después me entró la fiebre del *vintage* y todo era años cincuenta. No hasta el punto de buscar un Chevrolet en los encantes viejos, pero no veas el *look swing* que gastaba, bastante logrado. Me ponían los pelos de punta aquellas norteamericanas encerradas en equipadísimas cocinas de formica que amasaban pudin de arándanos, revolvían ponche, se lo pimplaban solitas y se devanaban los sesos pensando en coger la maleta y echarse a la Revolutionary Road. Me ponían los pelos de punta unas vidas que dejó retratadas la Von Trier de mi promoción en un cortometraje muy gore. Me ponían los pelos de punta, pero estéticamente me resultaban irresistibles y llevaban las uñas de un color muy distinto.

La única pega era el cante que daba ir con una manicura *rojo sangre* a la escuela de cine, en primer lugar, y después a ver si alguien me contrataba de ayudante del ayudante del ayudante. Y más todavía en aquella época, finales del milenio, cuando a mis compañeras les importaban un rábano las uñas. Por no hablar de las de documental, las de mi especialidad. Lo único que llevaban entre los dedos era el cigarrillo, y a mí me los miraban de reojo. *Las que*

tienen madera de documentalistas se remangan y se meten en el barro, ¡no se andan con chorradas!, me decían sin decírmelo. Y para no quedar como una panoli, me vi obligada a alargar la adolescencia manicurera encargando otra vez el suavecito número 3. Tuve que dejar la locura roja exclusivamente para cuando podía hacer vida de ostra, en vacaciones, que también era cuando me ponía morada con toda la literatura que el cine me había obligado a arrinconar. Sola, en chancletas de plástico, a la sombra del olivo de la casa de mis abuelos y, aunque solo sirvieran de atril para los libros, pero las uñas, relumbrantes.

Me acuerdo de aquel septiembre cuando me decidí. El dolor de barriga en el momento de entrar en el primer trabajo en una productora —cobrando— y con la manicura sin censurar: no pasó nada. Pasaría. Poco después. Una mancha de aceite que iría extendiéndose y extendiéndose hasta el día de hoy, en el que el tabaco y la manicura se han intercambiado los papeles. Ahora ya no fuma prácticamente ninguna colega del gremio, y prácticamente no queda ni una que no se retoque, se componga y se esmalte. Las que tenían madera, las que se remangaban y se metían en el barro, las primeras. Y muchas con el mismo rojo que yo, además.

Lo pienso y es para mear y no echar gota: el caballo de Troya en aquel mundo de cámaras, trípodes y micros fui yo. *El opresor no sería tan fuerte si no tuviera cómplices entre los propios oprimidos*, era de Simone de Beauvoir, ¿no?

Y me miro las manos. Ni un padrastro. Ni una rebaba. Unas uñas arquitectónicamente rectas y a ras, rojas como la sangre. Me las miro y me las admiro, son tremendas. Pero pondría las dos en el fuego a que el dermatólogo no habría recetado el tratamiento con esmalte de color *suavecito* si el de la queratina enclenque hubiera sido un mocito y no una mocita. El pecado original fue una prescripción médica, empiezo a devanar la madeja… El médico de las gafas resbaladizas no fue el primero ni el único, pero su intervención se sumó a todas las que me moldearían para presentarme al mundo: para presentarme *como mujer*.

Y de acuerdo que hacerse la manicura es una fruslería en comparación con otras prácticas de la industria de la estética, por ejemplo, que te arranquen las costillas flotantes. Si te las tocas y te imaginas la escena, de repente te das cuentas de que pintarse las

puntitas de los dedos es una señal de mujer objeto bastante benigna. Y también de que, considerando toda la película en frío, podrías pasar de ellas perfectamente.

Y en cuanto empiezas a echar cuentas de los fardos de la feminidad, la cagas. Porque vuelves a mirarte las uñas y ahora las escondes en los puños. Descuelgas la ropa de verano, ves esas cinturitas de avispa y esas faldas con vuelo y maldices tu estampa. Guardas los tacones en lo más profundo del zapatero. Reclutas toda la quincalla y la sopesas. Destapas los lápices de labios y te gustaría reducirlos a miguitas. Apuras el último rímel, te juras no volver a poner los pies en una perfumería y te pones a gritar. ¿Ser o no ser? ¿Ser así? ¿Ser asá? ¿Parecer una cosa? ¿Parecer otra? Las preguntas te desbordan, las contradicciones te colapsan, te caes redonda y, antes de que se te fundan los plomos del todo, te arrastras como puedes, te encaramas a medias en una silla, te acercas a los estantes y buscas auxilio en tus otros dioses, en uno que entienda. En *una*, claro.

Lo bueno de tanta solidez es que lo vi enseguida. Me bajé de la silla con las mil páginas de *El segundo sexo* en brazos, planté el culo en el suelo y volví a empezarlo. Quince años antes no supe apreciar un monumento como este. A los veintimuchos todavía estaba en la higuera, me perdía la moda, me tomaban el pelo y ni siquiera me preguntaba por qué. Ahora, a los cuarenta y pocos, la disección, el contexto, la argumentación y la exposición de Simone de Beauvoir que iba leyendo se me pegaban a los dedos como pintura fresca. ¡Lo había escrito hacía cincuenta años y lo retrataba! ¡Lo mismo que me pasaba a mí! ¡Calcado! Tuve que contener la euforia para aprovechar bien la lectura y me pasé una semana despatarrada en medio del pasillo. Ni me acordé de que tenía reservada una sala de posproducción para aquellos días.

Terminé la última página, desentumecí las piernas y me fui directa al ordenador. Ahora que ya sabía que lo que me pasaba a mí es cosa de todas y que la *condición femenina* es cosa de ellos, ahora que ya sabía que nunca hemos podido *ser* sin más, que siempre nos han inventado. Ahora que ya sabía que saberlo es media vida y que no hay más remedio que negociar con una misma los fardos de la feminidad con los que te quedas y salir todas las mañanas al mundo a defenderlos con alegría, ahora quería oírselo explicar. Que se me

clavara la voz de quien clavó la bendita diana de *On ne naît pas femme, on le devient*.

Y la encuentro en un *Questionnaire* del año 1975. Plató de televisión estándar, sofá de piel, realización multicámara, predominio del pase de pelota invitado-presentador. La entrevista dura unos cincuenta minutos y Simone de Beauvoir no desaprovecha ni medio: es una metralleta de pensamiento listo para entrar en imprenta. Responde sin vacilar, sin pausas, sin moverse. Tiene las manos juntas sobre las rodillas, se las enfocan en un plano detalle y entonces se la veo: una manicura de uñas cortas, cuadraditas y rojo sangre idéntica a la mía.

¿Que por qué me la hago? Pues por Simone de Beauvoir.

1

Nunca se la ve pensando en las musarañas. Cuando trabaja unas manos no tiene más remedio que centrarse en una sola cosa. Y gracias, porque no desaprovecha un tiempo muerto. Nunca fija los ojos en un solo punto, la mirada siempre atenta, es la primera que saluda a todo el que entra. Pilla las cosas sin darles tiempo ni a aclararse la garganta. Cómo no se le va a caer el tirante del peto a cada momento. Si supiera coser le cogería la costura un par de dedos. Pero no sé, tendría que traer aquí a mi tía. Lo llevan todas igual, cruzado, de color marrón oscuro con un ribete negro. Se parece un poco a la casaca de un jedi, me gusta. No es el cargante uniforme fucsia de casi todos los salones de manicura, como si a las mujeres no se nos autorizara ningún otro color del espectro.

Ahora entran sus hijos. Vienen del colegio, religioso, me ha parecido ver de refilón en la chaqueta del chándal. Han pasado como un cohete. No hace ni seis meses que llegaron de China y hay que ver lo bien que me entienden. Me han traído un frasco de cristal con una alubia que han puesto a germinar, les he hecho la broma de la planta carnívora y se han reído cuando correspondía. No sé si su madre les ha mandado que me la enseñaran, me da la impresión de que sí, porque siempre les dice que se acerquen a saludarme. Y cada vez que se plantan delante de mí, un hilo me tira de todos los sentidos: quiero estar a la altura.

Lleva un corte con flequillo a lo Mireille Mathieu, como diría mi madre. Lo diría independientemente de la edad y de los gustos musicales de su interlocutor, conque, quien no sea de su quinta ni de su cuerda chansonnaire, Google.

Son los chicos los que peinan, uno de ellos, su marido. Con él nos iríamos más bien al pop-*rock*. Podría ser tranquilamente el cantante de ese grupo que tanto se oye, lleva siempre unos tupés de impresión. Hay dos o tres empleadas más, según el día. Las

intermitentes, solo para pequeños menesteres, alinear los esmaltes, limpiar los utensilios, colocarlos. La fija se encarga de las pedicuras y los masajes.

Y en el centro de todo, ella. El cerebro y el corazón de la Peluquería Yang. Se llama Wenling.

2

¡Hola, guapa! ¿Manos? ¡Sí, manos! ¿Cómo estás, Wenling? Bien, gracias. Tú no quiere revista, tú siempre libro… Tú espera poquito, ¿vale?

Y después de un buen rato de indecisión entre leer *El mundo deslumbrante* de Siri Hustvedt o sucumbir al runrún de la peluquería, llega su ¡Pasa, guapa! Me toca.

¿De qué parte me dijiste que eras? Del sur, ciudad de… No hay tu tía, se me olvida en el mismo momento en que intento aprenderlo. Y ¿me dijiste que tu familia trabajaba la tierra? Sí, en mi ciudad todo montañas y arroz muy difícil, en mi ciudad verduras y mucho… mucho… Le recito un cesto completo de hortalizas, pero me quedo sin saber con cuál se llenaba más la tripa. Y ¿qué hacías antes de venir a Barcelona? Entiendo que despachaba en una perfumería, porque me dice *tienda* y me señala la crema de manos, los esmaltes de uñas, los champús, la laca. Y cómo se anima con la conversación. Me cuenta que cuando ella tienda… ¡ella libre! ¡Cabeza no piensa, cabeza vuela! ¡Yo joven! Lo dice una chica de treinta y cinco años que ya se considera vieja. Que lo único que hace ahora es venga trabajar, y con los hijos, de miedo… Claro, con dos, le digo. ¡Con tres!, me rectifica mirando al cantante de pop. Y tengo que ahogarme la risa con la mano que no me está pintando.

Ahora le toca a ella. ¿Tú no tiene niños? Y me pongo a hacerle la cronología de todas las vueltas de ventilador que ha dado este tema en mi vida. La franqueza es total. Me pilla un poco desprevenida, pero aquí está, inapelable. Wenling no pierde ripio y cuando termino dice resueltamente que no, que no tenga hijos, que hago bien. Y ¿novio? Novio, sí. Y ¿bien? ¡Estupendo!, digo a un volumen tan desajustado como si le hubieran preguntado a un fachendoso por el rendimiento de su coche. Pues tú no niños, ¡tú

descansa! Yo nunca puede, nunca sola, siempre trabaja. ¿Nunca vas a la playa el domingo, cuando cerráis? Me mira con cara de no bañarse nunca en el mar, pero pasear sí. Por ellos, playa y montaña bueno para niños.

Pero ahora se le ha llenado la nariz de esos olores tan sintéticos y dulces que significan juventud. No quiere dejar su perfumería. Y vuelve otra vez: Yo en mi ciudad, yo joven… Trabaja muchas horas, todo el día no sienta, pero cuando cierra tienda… Y me indica por señas que echaba los pestillos y después se iba. Cuando cierra tienda… ¡yo contenta! Yo con Xiaolu, mi amiga-hermana, y salir, pasear, ¡reír! Y mira hacia arriba, al cielo. Y se le van los ojos tras aquella gran bandada de gorriones.

¿Alguno se salvó? ¿Quién los mató?

3

Cuando responde *así así* significa que pasa algo. Venía del hospital de Sant Pau y no entendía que su hija tuviera que ir a hacerse un análisis de sangre a las doce del mediodía. Muy tarde… Haijun pequeña para mucho tiempo estómago vacío. Les había suplicado veinte veces que por favor más pronto, pero ni siquiera la habían mirado a la cara: ¡Siguiente!

Déjame el papel, Wenling. Y llamé al número de teléfono:

—Buenos días, como a ella no le hacéis caso, ahora os lo pido yo, pero de otra manera…

—Hora para las ocho y veinticinco de la mañana del mismo día, ¿le parece bien, señora? —En diez segundos, si acaso, como si una voz fuera veneno.

—Y ¿ya está? ¿Así, de palabra? ¿No tiene que ir a buscar otro volante?

—No, señora, el cambio ya está notificado, buenos días, señora, y disculpe las molestias, señora.

Como la seda. Me burlé del *señora* unas cuantas veces y empezamos la manicura tan contentas.

Las taras nos hermanan. Wenling quería verme el día de la pupa en el labio. Hacía unas semanas había ido a la pelu hecha un primor, yo también. Me había salido una ampolla de aúpa y debió de verme en el espejo cuando me aplicaba el ultimísimo ungüento engañabobos. Con toda la fe. Quería verme para preguntarme qué era y dónde podía comprarlo, pero yo todavía no había vuelto. Hasta que una tarde, de camino al metro, me vio. Estaba sentada a la caja, muy alicaída, mirando la calle con la cara entre las manos. Se levantó de un brinco y dio unos golpecitos en el cristal. Espera, dime remedio para ponerme, me dijo solo con un gesto y llevándose

el dedo al labio. Baños de tomillo, le apunté, nada más. No hacía falta que malgastáramos dinero las dos. Y sobre todo, que dejara enfriar la infusión, que no se enjuagara en caliente. Para que me entendiera hinché las mejillas como si soplara una sopa. Se llaman centros de estética, pero tendríamos que llamarlos de remiendos.

4

La manicura moderna se inventa por culpa de un panadizo. El de Luis Felipe I, el último rey francés, el que en vez de escarmentar con el destino de sus predecesores, Luis XVI —guillotinado— o Napoleón —desterrado—, solo piensa en Luis XIV y en su muerte por gangrena. Luis Felipe I de Francia tiene el gallinero muy alborotado otra vez, pero que no lo mareen con más revoluciones, que bastante difícil se le ha puesto la vida con ese sup sup a todas horas. Y manda llamar al Palais-Royal a todo el mundo, que ya sabemos la mala uva que gastan los reyes cuando las llagas son inmunes a sus designios. Y todo el mundo quiere decir todo el mundo. Los primeros que se esfuerzan por curarle el bulto purulento que se le come la uña del segundo dedo son médicos, pero la penicilina está por descubrir y, falluta. Y reclutan a dentistas, por si pudieran hacer algo con el instrumental que manejan para hurgar en las caries y en los flemones. Una carnicería. Lo intentan hasta los cerrajeros, que se las tienen que ver con pezuñas más férreas. Otro fracaso. Perfumistas con sus mejores esencias, cocineros con sus mejores mantecas, orina de gato de primera meada… En vano. La hinchazón sigue echando barriga y la desesperación se le sube a la cabeza. Luis Felipe I de Francia ordena la desaparición del panadizo sea como sea: ¡que le corten el dedo!

Drástico, sin duda. Pero como sucede a menudo cuando se remueve la memoria de otros pueblos, Europa también daba palos de ciego en materia del cuidado de las uñas. Hacía mucho tiempo que los reyes y las reinas del Antiguo Egipto no solo se habían asegurado un tránsito distinguido al otro barrio cargados de oro, turquesa, lapislázuli y cornalina. Sus momias se abrían las puertas de la eternidad dignamente gracias al color rojizo que les procuraba la alheña en la perfecta manicura de los dedos. Y los milenios que hacía que en la península arábiga las elites habían descubierto que

cuidarse las uñas y pintarse la queratina era una señal de estatus eficacísima: se evitaban muchas meteduras de pata, habida cuenta de que detrás de una buena manicura siempre había por fuerza una buena reverencia. Claro que, para sofisticación, la China de las dinastías imperiales. Toda la nobleza Yuan llevaba las uñas largas de un palmo y revestidas con fundas de metales preciosos exquisitamente adornadas. He aquí a los elegidos para vivir sin mover un dedo, revelaban esos punzones, he aquí a los que, por no mover un dedo, hasta criado tienen para que les rasque.

Pero a pesar de la importancia que se daba, el París del siglo XIX estaba en la inopia por lo que hace a semejantes extravagancias. Y los afiladores ya se aprestaban a sacar lustre a las herramientas cuando ven a un rapaz flacucho corriendo apurado hacia palacio. Los consejeros reales mandan que le den un vaso de agua fresca para que recupere el aliento y prestan atención a lo que tiene que decir. Palabras, pocas, porque no les cuenta que lo que le va a hacer al rey de Francia lo ha aprendido de su madre, que lo aprendió de su abuela, que lo aprendió de su bisabuela y así sucesivamente, de mujer en mujer, hasta el nacimiento de la primera inteligencia. El rapaz flacucho solo hablará por medio de una piel de gamuza y de un bastoncillo de naranjo. Frotará la uña un poco y empezará a retirar suavemente la cutícula con la ramita. Y no falla, cuando se trata la piel de cualquier parte y a quien sea con la delicadeza necesaria, siempre hay recompensa. Las lágrimas que derramará Luis Felipe I cuando vea que ya vuelve a tener un dedo en vez de una butifarra serán el doble de abundantes que, cuando huya a Suiza, se entere de que lo que le han rebanado a su padre es la cabeza.

5

Nunca se quita la mascarilla, pero aquel día sí. Aquel día tenía que parar el mundo. Aquel día tenía que asegurarse de que la entendía. Y de que no la oía nadie más. Wenling miró a los lados, tiró del elástico y me dijo en voz baja: No, guapa, yo no madre.

Me contaba que había tenido que dejar a los niños en China con la abuela y di por sentado que se refería a su madre. Y no. Calculé que se los habría llevado de pequeñitos y me fui por las ramas al preguntarle cómo se soportaba la vida con los hijos tan lejos y tanto tiempo. A veces entendernos es más difícil que subir una montaña con una cómoda en brazos. Pero coordinamos la maniobra, respiramos hondo y siempre coronamos la cima. Yo no madre y yo nunca visto madre, que es muy distinto. Perderla un día o no haberla tenido nunca. Yo no foto, ¡yo no sé! Y con la mano se dibujó el óvalo más triste del mundo. ¿Te lo imaginas, siquiera, no saber ni cómo era tu madre? No, Wenling, no puedo… Y deja de mirarme, tiene las niñas de los ojos al otro lado del mar. No me atrevo a insistir.

Padre sí vive, dice, tocando tierra de nuevo. Sesenta y siete años. Ese resumen tan policial me da mala espina, me callo otra vez. Ella me lo sitúa. Y para eso sale a relucir su abuela. El padre se la endilgó un buen día y, hala, apáñatelas. Las pasó canutas para criar a la nieta. Pero se desvivió lo indecible y aquella abuela le hizo de madre, de padre y de espíritu santo. Llora mucho cuando muere, hincha la tripa fabulosamente y pronuncia *Haitao*. Fue cuando estaba de ocho meses del niño. Mi abuela siempre piensa todo para mí, y enseña todo, yo llora mucho, mucho… Y oigo ese mismo llanto de China en Honduras, en Argentina, en Ucrania, en Marruecos, en Pakistán…

Las abuelas son el cemento que tapa las grietas del mundo. Hacen el trabajo que no cuenta, el humilde, el de bajo mano, el que

se queda enterrado para siempre. Y cemento es lo que nos tendrían que obligar a tragar en castigo por tanta ingratitud.

¿Tú parece a tu madre? ¿Tú tiene foto? Amplío una del móvil y la mira con una reverencia…

6

¡Hola, chico!, dice una señora sin mirar a nadie más y con la urgencia de los atracadores. Me he escapado un momento, ¿me puedes coger ahora? Tú siempre corre, ¡aquí no coge tren!, le dice, riéndose. Me he fijado, el marido de Wenling siempre con una respuesta a punto, siempre como un cascabel, siempre quitando hierro. Un don, desde luego. Me cae mejor cada día, tengo que dejar de llamarle cantante de pop.

Tranquila, tú sienta, le pone el peinador y le da un bombón Lindt. La clienta celebra el chocolate con todo el cuerpo y al momento se relaja. Es la dueña de una peluquería que hay tres números más allá, su hijo protestaba siempre que le pedía que la peinara, o se lo hacía de mala gana, y ya estaba hasta las narices. En vuestro país estáis más unidos, aquí los hijos nos faltan al respeto. Y poco después y en voz más baja, añade: *bastante*. Como para amortiguar una bofetada que nos había dolido ya a todos. Tú primero mira, ahora siempre conmigo, le dice él retomando el hilo de la broma. Porque al principio solo venía a hacerse la manicura, pero no podía evitar mirarlo de reojo. Entre embelesada y envidiosa. Y no sabía disimular. Un día él se armó de valor y le soltó: Eh, ¡yo peluquero veinte años! Y ella le siguió el juego: Eh, y yo, ¡cuarenta! Y se hicieron amigos. Tú no escribas tanto y que te lo corte él un día, ¡que sabe mucho, chica! Ahora la atracadora me apunta a mí. Creía que registrar todo lo que veo en las notas del móvil no era tan escandaloso como sacar una libreta. Y sí. Tiene toda la razón, ¡todo el día con el rollo del whatsapp! Digo whatsapp para fulminar el verbo *escribir*, para que no conste en acta. Si me lo recomienda una experta, un día de estos le digo que me lo corte…

—Ahora me hago la simpática. Sí, chica, sí, y ya no querrás que lo toquen otras manos.

Tengo que ser más cuidadosa al recoger todo este trasiego de entradas, salidas, uñas pintadas, pelos cortados, lavados, secados, confidencias y estallidos. O me van a pillar in fraganti con el trabajo de campo.

Soy de la escuela de piano, vengo a ver a la jefa, le dice al marido. Tranquila, tú pasa dentro. Estiro el cuello y veo que le da dos besos a Wenling y unos papeles para que los firme. No hace ni un año que llegaron y ya los va a mandar, se ha plantado con los dos pies en la vida de aquí. Nada que ver con los peluqueros jóvenes. Los miro y me da la impresión de que siempre están dos dedos por encima de las baldosas, de que nunca se sueltan del todo. A lo mejor mañana encuentran un trabajo mejor en Valencia, o en París, o en Milán. O si la cosa no prospera tendrán que volver a casa con el rabo entre las piernas. Criar hijos también debe de significar criar unas raíces hondas. Para agarrarse a donde sea.

Y ¿su marido? ¿Qué piensa? ¿Dónde está mientras le vacía la pelambrera a capas al chico que ha entrado cantando *Devórame otra vez*? Conoce a la clienta que sale ahora del cuarto de los masajes: Usted por aquí… ¡Hola! Ah, tú eres… Intenta atar cabos, pero de momento no lo consigue. Cierra los ojos y… ¡Ah, sí! ¡Eres el chico del bar de tapas de la plaza del Sol! ¡Equilicuá, el del cap i pota que tanto le gustó!

Entra una señora que dice que no puede venir hasta que no se ha terminado la teleserie. Y se justifica conmigo. Es que estoy muy intrigada, filla, qué boba, ¿verdad? Tiene más de setenta y cinco años, el pelo corto, caoba, cardado. Un icono del barrio. Habla por los codos. ¿Puedo preguntarte de dónde sacas estos modelitos tan bien hechos que llevas siempre? Qué voy a decirle, si ya me lo ha preguntado. Lo que no se espera es la respuesta. Digo tiendas de segunda mano y no sabe cómo disimular el repelús. Ah, menos mal que ahora los lavan a conciencia antes de venderlos… Menos mal, menos mal.

Wenling termina con las uñas de una chica y antes de empezar con las mías saluda a la señora de la teleserie llamándola por su nombre, Eulàlia, y le pregunta por su marido. En casa, filla, ¡ras!, y abre el abanico. Va tirando… ¿Cuántos años mayor?, quiere saber Wenling. Siete, filla. Se me van los ojos a su revista, para instruirme

con esa información siempre tan primordial para la vida. *Brad Pitt y Angelina Jolie, las claves del divorcio del siglo*. Hipérbole aparte, en la foto solo sale ella, lágrimas de rímel, hundida, sollozando… una Pietà más. A él le evitan el cuadro y que cada cual se lo imagine tan sonriente, atractivo, sobrado, y macho como siempre. De primer curso de prensa machista, todavía no hemos avanzado ni un paso. ¡Ay, filla, toma, si la quieres! No, no, gracias, solo estaba mirando… Solo quería… Nada, que estas revistas me dan rabia… ¿Rabia? ¡Qué ocurrencia! Y la señora Eulàlia se ríe en mis narices. Y no le falta razón, me he explicado fatal y he quedado como una tonta de capirote. Wenling se entera menos todavía y nos dice vosotras catalán, yo no sé. ¡Pues a ver si espabilas, porque si no tus hijos te van a ganar la partida! Eso sí que lo entiende. Cómo no, si la señora Eulàlia subraya el mensaje dándole unos golpecitos en la frente con el abanico. ¡Yo ya cerebro viejo! ¿Tú cerebro viejo, a tu edad? ¡Ay, por Dios, filles, cómo estáis hoy! Y vuelvo a reírme porque vuelve a tener razón.

Señora Eulàlia, la reclama Wenling, mi niña así por la noche, y rechina los dientes. ¿Tú sabe qué es? ¡Ay, filla! A ver si tiene un tapón… un empacho… el estómago sucio. ¿Has ido al metge? No, cosa pequeña para médico. Pues ves a la farmacia y pide algo, a ver qué te dicen. La verdad es que de cosas de enfermedades de niños no tengo ni idea, pero esa carita preocupada… Un segundo, le digo a Wenling para que me suelte la mano derecha, y llamo a la farmacia de debajo de mi casa. Me dicen que hay un aceite esencial sin contraindicaciones que sobre todo limpia, puedes probarlo, Wenling, te lo apunto, te lo guardan en esta farmacia, a mi nombre. Coge el papel y la oigo susurrarlo. Por primera vez.

7

Hoy Wenling tiene un mal día. Por las retahílas de palabras secas que se mandan de un extremo al otro de la peluquería, diría que está cruzada con el cantante de pop. Será mejor que haga como que no me entero mientras espero.

Me resulta fácil elegir un objetivo: la abuelita que está rematando el peluquero más joven. Le asegura una malla blanco nuclear, compacta y esponjosa, a prueba de ventoleras. Es lo que llamaban un retoque en la peluquería de mis abuelas. Se parece un poco al *final touch* actual, pero sin el sobreprecio que siempre conllevan los anglicismos. Rápido, en seco y con la única colaboración del mango de un peine, Maria del Àngels obraba un prodigio: alargar la vida útil de aquellas cabezas atareadas que solo podían mirarse en el espejo de la peluquería una vez al mes, en el mejor de los casos. El lustre capilar semanal también es una exclusiva de gente acomodada.

El peluquero más joven le rocía la dosis justa de laca para que se mantenga, y le enseña cómo queda la fortaleza por detrás. ¡Bien, muy bien!, dice la abuelita, y empieza el ratito de masaje en la nuca. Le da tanto gusto que cierra los ojos. Vengo más que nada por la friega, ¿eh?, le dice, saboreándola. Lleva descosido un trozo del bajo de la falda, los puños de la blusa raídos y unas gafas de los tiempos de Maricastaña. El mismo estilo que las clientas a las que mi pescadera llamaba *preferenciales*. Se me atasca una maldición en la garganta. Se la dedico a los que votan, aprueban y firman la vergüenza de pensiones que a muchas no les llega ni para los diez euros que vale aquí lavar y marcar.

Se termina la friega y la abuelita vuelve al mundo. Me sienta mejor venir aquí que ir al médico, y se toca la pierna perezosa. El peluquero más joven le acerca el bastón y la acompaña a la puerta.

No la suelta hasta que la pierna buena agarra la batuta de los pasos y cojeando cojeando ya puede encarrilarse sola. Verlos así del brazo. Ese *adiós señora Mundeta*. Cómo la mira hasta que se pierde calle arriba. La ternura dibujada en la cara cuando vuelve a entrar. A lo mejor todavía se salva algún trozo, de esta humanidad tan irremediable.

¡Tú, conmigo, guapa!, me llama Wenling. ¡Voy! Cortitas, cuadradas y color número… ¡Yo sé, yo sé! ¡Vale, lista, pues me callo!, y me sigue la broma. Yo también enfadada, ayer mi marido no quiere pasear y todo domingo en casa porque él muy cansado, mejor no dice nada, y se cierra una cremallera. Hoy me viene bien la manicura en silencio: todavía tengo en la garganta todas las señoras Mundeta que habrá por esos mundos.

8

Rachel Doyle tenía diecisiete años y ninguna duda. Siempre las mejores notas, las mejores respuestas, los mejores *speeches*. Y siempre unas extravagancias… En clase la miraban como si fuera verde y le saliera una trompa por cada lado de la frente. Pero tenían que prestarle atención y no abrir la boca, sabían que rebatirle algo era mucho peor. La última ventolera: la gente mayor. Carteles por todo el instituto, puestecito, chapas, charlas informativas… Cuando a Rachel Doyle se le metía algo entre ceja y ceja no había quien la parase. Pero, amigos, ¿por qué os asustan tanto? ¿Por qué huis? ¡Vosotros también seréis mayores algún día! Y como todo lo que empezaba como un reproche sabía redondearlo en arenga, al final siempre se apuntaba alguien. Para esta causa solo fueron dos, cierto. Convencer a aquellos sacos de hormonas de que el mejor plan para un viernes era tomarse unos ibuprofenos con una pandilla de viejecitas, tela. ¿Cómo? Una broma de cámara oculta, ¡bah!, pensó la mayoría. Y cámara, sí, doméstica y muy visible era la que llevaba Rachel Doyle la tarde en que ella, Vanessa y Gabrielle se presentaron en la residencia de su pueblo, en Commack, Nueva York. Aquella primera *sesión* la grabó de cabo a rabo. Porque no fue como la visita del médico ni acudieron con las manos vacías. Se plantaron en el sitio con la cámara, tres limas, dos esmaltes de uñas, crema hidratante y un nombre: *Glamour Gals*.

A Rachel Doyle se le ocurrió lo de hacer compañía gracias a su abuela. Estaba en una residencia de Nevada, solo podía ir en vacaciones y siempre quería que fuera especial. Un día se le metió en la cabeza llevarla a hacerse un tratamiento de belleza y se lo argumentó al gerente de la residencia. El hombre vio que le saldrían telarañas antes de poder disuadirla y le firmó el permiso. Le metieron una clavada que se dejó los ahorros, pero ver a su abuela

regresar a la residencia tan esponjada después del ratito de caricias valía un imperio.

Para empezar, las señoras de la residencia de Commack también miraron a las tres mocitas como si fueran verdes y tuvieran dos trompas a cada lado de la frente. ¿Una sesión de manicura? ¿Gratis? ¿Para nosotras? ¿Unas viejas chochas que les importan un comino? ¡Qué ocurrencia! Aquel primer día, las *Glamour Gals* demostrarían que convertir la incredulidad en maravilla es un arte en pocos pasos.

Veinte años después, cuando se han convertido en una gran organización registrada, sin ánimo de lucro, dirigida por la *founder* Rachel Doyle, con más de dos mil voluntarias, campus de formación, becas para estudiar y sede en dieciséis estados, siguen encontrándose caras de pasmo al empezar las sesiones. Las polaroids que se hacen en la despedida desde aquella primera vez en Commack tampoco cambian: siempre son el testimonio de las caras sonrosadas, risueñas y chispeantes que quedan después del pequeño prodigio.

William Koelher *senior center*, Mahopac, Nueva York. Las *Glamour Gals* de esta misión son del instituto del pueblo, de entre dieciséis y diecisiete años. Valores, comunicación e historia de nuestras vecinas, *three in one!*, explicará Jenna, la líder del grupo, en la exposición que hará el lunes en clase.

Las mesitas de jugar a las cartas se juntan con un mantel de papel y forman una sola y larga. En un lado, el comando júnior: alegres, decididas, el arsenal preparado. En el otro, el sénior: ilusión que cosquillea tripas, palabras en guardia, manos tendidas. Les pasan la lima un poco, les envuelven las manos en una toallita refrescante, se las secan y les preguntan *your favorite colour what's*
. Y a cada pintaúñas que se abre, una vida se destapa.

Frances, pero llámame Frankie, ochenta años, británica. ¿De qué ciudad de Gran Bretaña? Jajaja, menuda pregunta, le contesta tronchándose: ¿Acaso hay alguna más que Londres, *my dear*? *World War Two did you hear about it, right?* Y ahora que ya la ha situado, sepa usted que está hablando con una *evacuated children*.

Tiene la infancia congelada y el año 1948 a cero en el contador, el año en que llegó a los *States*. Por eso siempre dice los dos nombres, porque ha nacido dos veces. Quiere las uñas con la secuencia blanca, lila y plata, *to cheat the routine*. Porque aquí se está bien, lo malo es el color de los días: *always the same one*.

Felicia, ochenta y cinco años. *What a treat for us!*, no se lo puede creer, *fantastic!*
it's
, no era rica, nunca se había podido permitir la manicura, *children and so much work!*, ¡jamás en la vida! Felicia le cuenta a su *glamour gal*: Yo nací en Cuba, mijita… ¡Qué bueno!, le contesta, yo aprende un poco de español. La última vez que le pintaron las uñas fue cuando se casó su nieta, ¡hace ya veinticinco años! Se ríe espléndidamente desdentada y elige su esmalte: Pues que sea bien colorado, ¡como los frijoles!

Graziela, noventa y dos años, cincuenta de secretaria de dirección, recalca con el orgullo de los impecables. Graziela March, porque la tarea de los funcionarios de Ellis Island no consistía solo en fulminar los piojos de los que llegaban, dice como si lo reviviera. Te lo machacaban todo, el equipaje, el apellido y el respeto, te lo machacaban todo. *Italian family, my real surname is Marchese, much more distinguished*, y señala un rosa nacarado.

Cynthia, setenta y nueve años. *I love your hands!*, le dice la *glamour gal*. Que se lo diga otra vez en el otro oído, *please. Oh, thank you!*, dice, cuando lo ha oído bien. El pelo es de su madre; las manos, de su padre. *The best of each!* Y así siempre los lleva consigo. Se acaricia la nuca y se mira bien estirados los largos dedos de artista de cine que solo quiere pintar de transparente. Y ¿tú? ¿Sabes lo que tienes de tus padres? Es importante saberlo.

Con los primeros vaivenes del pincelito empiezan a cambiarse los papeles. Ahora son las *elder ladies* las que preguntan a qué quieren dedicarse las *glamour gals*. Y les proponen que hagan una ronda de respuestas, de profesiones. *Not manicurist, right?*, abre fuego Graziela, pillina. *No way!*, Jenna, la líder, se levanta de la silla. Y empiezan a disparar su futuro de una en una: *Engineer! Music producer! Lawyer! Archeologist! Digital artist! Governor of*

New York! Wow, good for you!, dice Graziela, y orquesta una ovación clamorosa.

Con las uñas pintadas y secas, llega el momento de la polaroid de grupo. Aunque ya no es el único recuerdo. Ahora que cada *glamour gal* lleva un *smartphone* en el bolsillo, la lluvia de *flashes* es de noche de estreno: *Frankie, show me your nails! Felicia, please, do it again! Graziela, smile! Cynthia, look at me now!* Y todo el repertorio de dedos torcidos, manos pecosas y articulaciones artríticas, que por lo general se evitan, o se arrinconan o dan repelús, sube que te sube a la máxima categoría, a la nube estelar de la juventud, al sitio en el que están todas sus divinidades: a instagram.

9

Hoy el peluquero más joven le hace las filigranas a una maestra jubilada. Con la concentración de un operario atómico. La permanente ya está *al dente* y ahora hay que desenroscar esos muelles que parecen de alambre. Se los deshilacha y se los atusa. De uno en uno. Parece mentira que de aquí pueda salir la catarata de ondas que le caerá hasta la mitad del cuello. Ella le cuenta que lleva cuatro meses sin ir porque se rompió el húmero. Yo acuerdo, tú melena muy bonita. Le ha dicho *húmero* muy específica ella, pero después de darle las gracias por el piropo le repite el motivo tocándose el hueso de marras. Y ahora sí que la entiende el peluquero. ¡Oh, hospital no bueno…! Y la maestra jubilada sigue con el informe. Que ha perdido ocho kilos y, bueno, por ese lado, bien, pero la cabeza… eso sí que lo sentía. ¡Quin cambuix, tanto tiempo sin venir! A él esto le ha sonado igual que húmero, pero lo deduce y suelta una risita. ¡Qué bien me lo has hecho, idò! ¡Me lo has dejado precioso! La maestra jubilada se da el alta definitiva y se agarra al asiento para levantarse. ¡Espera! La obliga a sentarse otra vez. Espera poquito, dura más. Es implacable, de la escuela de esta peluquería, desde luego. Le ha descubierto una onda un poco alicaída y pelea con el mango de tres peines distintos hasta que consigue el ocho exacto. Y ahora sí: Tú ya puede. Me entran ganas de pregonar un bando: *Aviso importante para todas las señoras jubiladas de Gràcia, ¡aquí dentro tenéis a vuestro artista!* Porque no se entendería si dijera *aquí dentro tenéis a vuestro* glamour boy.

Y ahora entra la señora Eulàlia y saluda a la maestra jubilada. ¡Dichosos los ojos, señora Catalina! ¡Qué alegría volver a verla! ¡Ay, filla —me saluda—, parece que nos pongamos de acuerdo tú y yo!, y cruza toda la peluquería para ir a dejar el carro de la compra en el

cuartito del fondo. Sin decir nada, como Pedro por su casa. Huelo las hierbas para el caldo desde aquí. Hoy voy a hacerme las manos y los pies, así que estaré un buen rato, me dice, y me guiña un ojo. Y se sienta a esperar a mi lado. Pues mire por dónde ¡un buen momento de relajación! ¡Ah!, por eso vengo, filla, y por la compañía… y por la compañía… mentiría, si no. Wenling me hace una seña para que me siente en la mesita de manicuras y la señora Eulàlia me sigue.

Se sienta a nuestro lado, clas, clas, clas con el abanico, y nos actualiza la situación: que su marido se ha recuperado bastante del catarrazo, pero que no sabe si es mejor, porque es un hombre muy trabajoso. La adjetivación *muy trabajoso* me espabila el espíritu y el oxígeno se nota enseguida en las conversaciones: ¡Ah, Wenling! ¿Qué pasó con lo de la niña? Es verdad, filla, ¿cómo acabó lo de que rechinaba los dientes?

Le dio el remedio natural una semana y no le sentó mal, pero tampoco la curó. Y es que la niña no tenía el estómago sucio. Wenling la observaba por la noche y seguía rechinando los dientes como siempre, así que pidió hora al médico. Dice muchos niños dientes así por tanta cosa después de colegio, deporte, inglés… Pues estamos apañados, filla, ¡tan jovencitos y ya tan mal de los nervios! Mañana dentista pone… Busca una imagen en el móvil y nos enseña una férula de plástico transparente.

Todavía no he dicho nada, me lo imagino. Si tuviera diez años como Haijun y no hiciera ni cuatro días que me hubieran trasplantado de casa, de colegio, de ciudad, de planeta. De todo mi decorado al completo. Intento ponerme en su pellejo y me parece que rechinar los dientes por la noche es una minucia. Su mundo eran sus abuelos, madre y padre solo un título, una voz por el teléfono, unos invitados en verano. A lo mejor tu niña poco tiempo aquí… cuesta situarse, todo tan nuevo es difícil, me oigo decir copiando su castellano. Quería que me entendiera al máximo de lo máximo que tengo derecho a opinar sobre esta cuestión. Y Wenling capta que lo que quiero decir es que algunas dolencias vienen de la añoranza, y se encoge de hombros. Yo sé… pero en China dice: Si un árbol cambia tierra, muere; si una persona cambia tierra, vive. Mis niños poco a poco ya costumbre aquí… *Aquí* es la apuesta que ha hecho ella. Y tendrá que ser también la de sus hijos.

Yo hoy preocupada por escuela, nos dice de repente. Porque la han convocado esta tarde a un problema. La última vez fue un sacrificio dejar la peluquería llena hasta los topes para ir a una reunión de padres. Pero es que dejarla para no entender ni jota de lo que la profesora estuvo explicando más de una hora y media fue casi un martirio. Y no sabe qué hacer. Pues ¡pide hora para ti sola, filla! La señora Eulàlia siempre tan práctica. A ver, ¡te lo escribo! Sí, ¡mejor!

> *Estimada profesora: Wenling, la madre de Haijun, prefiere no asistir a la charla informativa porque la última vez le resultó muy difícil seguirla. Le pide por favor que le dé cita para reunirse un día con usted y que la ponga al día de lo que haya contado a los demás padres. Muchas gracias por su amabilidad y comprensión.*

10

La primera vez que la vi llevaba el casco de la moto puesto. Atribulada, tecleando mensajes, la mochila de piel buena medio abierta, arrastrando una tote bag de La Central. Caótica. Y elegante y distinguida, como se decía antes. No parecía del barrio. Kristin Scott Thomas perdida en Barcelona. Y con la barriga. De seis o siete meses.

Hola, guapa, ¿por qué tú no saca esto?, le dijo Wenling ayudándola con los bártulos. También la llamó por su nombre, pero no seré yo quien le quite el casco. Aquí será Kristin.

Deslumbraba por completo, como si acabara de bañarse en otro planeta. Y ya no pude hacer nada más que estar pendiente. Establecer contacto visual lo habría estropeado todo, desde luego. Tuve que conformarme con situarme anatómicamente al borde del destrozo cervical y aguzar el oído detrás de *Claus y Lucas* de Agota Kristoff.

Al principio solo le decía si tú supieras, Wenling… ¡Si tú supieras!, y se reía. Como una loca que sabe lo que hace y baila sola. Pero en cuanto perdió la conciencia del peligro, se soltó y lo desembuchó todo.

Puede que no parezca gran cosa resumirlo en *esta es la historia de una embarazada enamorada*. O no muy antológica. Técnicamente es correcto, pero falta el detalle. El que lo cambia todo. Kristin se enamoró estando ya embarazada. En el preciso momento en que los hombres dejan de lamer a su mujer y solo le dan besos en la frente. En el preciso momento en que los suegros empiezan a llamar a diario para preguntar si la niña ha dado una o dos patadas, los padres a regalar ropita de realeza nórdica, los vecinos a toquetearles el vientre con cualquier excusa y sin ningún permiso, y

los hospitales a aplicar su protocolo de desactivación de bombas humanas. Allí, con la primera muda de esa metamorfosis que la convertiría de persona en mueble, receptáculo o vegetal, Kristin dio un golpe de estado involuntario a los tabúes. Y se enamoró.

Ni siquiera se saludaban, pero se comían con los ojos cada vez que Kristin entraba en el estudio de pilates donde trabajaba él. Y sin haberse dicho nunca ni pío, un día se encontraron saliendo juntos a la calle. Uno al lado del otro, de a cuatro en fondo, sin atreverse a rozarse ni la ropa por miedo a que les diera un calambre.

Le oyó la voz por primera vez cuando dijo su nombre al recepcionista. No se había equivocado. Era dulce, suave, de tratar bien a las personas. Ella todavía no había abierto la boca, todavía no se había quitado el casco. Era su protección, Barcelona es un pañuelo. Y fue en aquella habitación completamente blanca que olía a limpio donde Kristin empezó a sentir el poder. Era sideral, infinito, no se podía poner en duda. No se le podía ofrecer resistencia. Y Kristin no lo pensó dos veces, lo integró con toda naturalidad, como que la ropa se le ajustara unos milímetros más cada día.

Hacía todo lo que tenía que hacer y, además, sentía el *poder*. Cómo no iba a hablar sola por la calle, olvidar un informe del despacho en el taxi o quemar la cuarta cazuela. Pero todo marchaba sobre ruedas. Su marido no salía de su asombro, habrá que tener más de uno, si vas a estar siempre *así*. Y todas las personas con las que se encontraba la veían más alegre, más lozana. ¡Eso es el embarazo, chica! ¡Ya lo creo!

Primero acordaron restringirlo a pisos francos, era lo más prudente. Amigos que celebraran el amor sin papeles no les faltaban, por eso no había que preocuparse. Lo difícil era amoldarse a sus horarios. Porque el poder no sabía esperar. Cuando querían verse tenía que ser al momento. Y tuvieron que atreverse a salir de las madrigueras seguras. Y resultó que la barriga de Kristin protegía tanto o más que ir a todas partes con el casco. Fue su auténtico salvoconducto.

No es que no sospecharan de ellos cuando pedían la doble con bañera o la mesita del rincón, que sospechaban. ¿Tan juguetones? ¿Tan pegajosos? ¿Con tantas ganas de sexo esos dos que pronto serán padres? Pero ¿qué iban a ser, sino una pareja constitucional o

bendecida? El embarazo, ese estado de la sexualidad de las mujeres que todo el mundo se atreve a profanar, tenía este efecto insospechado: inmunizaba contra la suspicacia. Primero levantaban una ceja y después, los golpecitos en la espalda, ¡y que sea enhorabuena!

Y quemaron gasolina por toda Cataluña. Durmieron la siesta en los hoteles más coquetones del Ampurdán, cenaron adivinando estrellas en el Delta e hicieron el amor en una playa de la Costa Dorada. Anochecía, solo quedaban ya los camareros del chiringuito, que se asomaron a ver de dónde venía tanto jolgorio. Ni un dragón de tres cabezas los habría asombrado tanto: Kristin desatada y con el glorioso bombo a los cuatro vientos, redonda, más plateada que la luna. Cerraron el local a toda velocidad y salieron como alma que lleva el diablo. Ellos, ni los vieron ni los oyeron. Siguieron retozando, viviendo el poder.

Y cuando viene niña, ¿tú qué hace? Wenling también es una mujer realista. No sé, no sé… Y a Kristin se le apagaron los ojos, se oscureció como la playa cuando le roban la luna, y el futuro se quedó allí en suspenso, confuso entre las micropartículas de laca que el peluquero artista rociaba sobre el cardado caoba de la señora Eulàlia.

Kristin tuvo una niña, Lila. Un día, mientras esperaba para la manicura entró a enseñársela a Wenling. Venían del pediatra, un muchacho argentino que no podía estar más alucinado. ¡Esta niña tiene tanta vida! Y ¡se ríe desde la primera revisión! Decime: ¿En qué contexto se desarrolló el embarazo? Kristin se quedó de piedra. ¿Contexto? No sé…, pues el normal, y guiñó un ojo a Lila: Sí, claro, a este se lo vamos a contar, ¡ja!

11

Hoy fijo que sí. Hoy voy a hacer caso a la clienta peluquera y me voy a atrever. Hoy sí. Hola, guapa, ¿manos? Manos y pelo, voy a decir. Solo manos, digo. Pólvora mojada. Quería que me cortara el pelo él y hoy también lo he vuelto a pensar dos veces. Me frena mi amiga Sesi, que también es la dueña de mi cabeza. Y ya hace más de diez años, ¿creerá que la he perdido cuando se lo confiese? Bueno, Sesi lo entenderá, venga, sí, el próximo día digo que me lo corte el marido de Wenling y ya surgirá la ocasión de contárselo. Pero me tiemblan las piernas solo de imaginármelo.

¿Qué tal, Wenling? Y ¿los niños? Bien también, muchas gracias. ¿Les gusta el cole? ¿Entienden mejor el idioma? Sí, bien, bien. Y tú, ¿bien con la maestra? ¿Ya has ido? Tranquila, después yo cuenta. Y le asoma la risa a los ojos porque intuye mi justiciera, que ya se prepara por si tiene que leer la cartilla a alguien.

Las mellizas de ahora siempre me hacen mucha gracia. No van a las cafeterías, ellas. Quedan aquí para pasar la tarde. Llega la primera, la que la llama Wendy y tan ancha, viene expresamente de la Barceloneta. ¡Siete paradas, siete! ¡Media docena de peluquerías en mi calle, y vengo aquí! Peluquería simpática, dice el marido de Wenling, y crea el eslogan que requería semejante recuento de esfuerzos. ¡Hola, Gripi!, la saluda Wenling. Ella no contesta, tiene el móvil pegado al oído y está a punto de resolverme la duda: Lourdes, soy tu melliza Agripina, ¡que no has llegado aún a la peluquería! No, Wenling no se ha equivocado de nombre. Él sí:

—Lava pelo, ahora no móvil, Gripe.

—¡Gripe no, animal! ¡La gripe es una enfermedad! ¡Agripina o Gripi!

Se veía venir, con los emperadores romanos siempre se sale malparada.

Mientras le lava la cabeza le cuenta lo que suelen contar aquí

dos terceras partes de la clientela: que ha estado en el hospital. La señora Gripi, tres semanas. Dos por el agua que tenía en los pulmones y una porque los camilleros la tiraron al suelo. No pusieron el seguro y… ¡catapún! Oye, ¡que hasta ellos se llevaron un buen susto! Y le enseña el chichón que tiene todavía. ¿Ves? ¡Aquí! ¡Ojo, no me lo frías después con el secador! Esta Gripi es más bruta que un arado, me encanta.

Por el *así así* que me dice Wenling, algo en la reunión con la maestra no marchó bien. En los estudios, como la seda, sobre todo en matemáticas. Pero hay un pero: que Haijun es muy callada, le reprochó, y que cuando habla lo hace en voz tan baja que casi no se la oye. A Wenling le ha sentado tan mal como si le hubiera dicho que robaba bocadillos a la hora del recreo. Y volvemos a las mismas: a mí me parece de lo más lógico, teniendo que volver a nacer aquí hace cuatro días. Y lo bien que se las arregla, desde luego. Esto es normal, no te preocupes, cuanto más tiempo pase, ¡más alto y mejor hablará! Estoy tan convencida que creo que lo he dicho a voces, los excesos no son buenos.

Pero Wenling no lo ve tan claro y me dice que hable con ella por favor. A lo mejor a tú sí dice por qué… ¡Ahora mismo!, le digo con entusiasmo. Que no se me note que no las tengo todas conmigo, menudo encargo… esto no es escribir una nota ni plantar cara a un administrativo de hospital, mis zonas de confort, como dicen ahora, que aquí las mil mujeres me dejan solas y apáñatelas como puedas.

Y mientras se me secan las uñas… Haijun, ¿puedes salir un momento? Que qué tal en el colegio, que qué asignaturas te gustan más, que si os mandan muchos deberes, que a qué jugáis. Todo muy trillado, lo reconozco, pero ha sido suficiente para que… ¡¿hablara?! ¿No habíamos quedado en que era *tan* callada? En el patio va con un grupito, no se queda sola en un rincón: aislamiento voluntario descartado. Le gusta estar con ellas, mucho: sociabilidad confirmada. Pero, efectivamente, de momento Haijun se limita a escucharlas, ¿por qué? Pues porque todavía no sé todas las palabras y ellas hablar muy deprisa. Y ¿con los profesores te pasa lo mismo? Unos sí, unos no. ¿Depende de si también hablan muy deprisa? Me dice un sí que es *¡eureka!* y *¡aleluya!* al mismo tiempo, fusionados, y me sonríe después de quitarse un peso de encima que me parece que era muy fácil evitarle. Con dos preguntas de nada resulta que

hemos desarticulado el Gran Enigma del Silencio de los Niños Recién Llegados. Reducido a polvo, porque Haijun no quiere matar la conversación, quiere seguir *hablando*.

Finjo que las uñas no están secas todavía, que tengo todo el tiempo del mundo, dime, dime… Y me pregunta la diferencia entre catalán occidental y catalán oriental. Me quedo de piedra, ¿tan pronto le enseñan eso?, si acaba de empezar a hablarlo… En fin, ¡viva nuestra tozudez curricular! Pues el que hablo yo, el que hablamos en Barcelona y alrededores, lo llaman catalán oriental. Y el que hablan aquí… Busco un mapa en el móvil y señalo: Ponent, la Franja, les Terres de
l'Ebre,
el País Valencià… El que hablan aquí es el occidental. ¡Vale!, me contesta ella en catalán *general*, pero ¿la diferencia? Tortazo. Y bien merecido. Ya… No te he ayudado mucho, ¿verdad? Suelta una risita impagable. Yo estoy bien, tú explica. A ver… Respiro hondo, pues una diferencia podría ser la pronunciación de la letra e…

Espero que no haya ningún filólogo en la sala. O que no me lo tenga en cuenta. Porque creo que lo más práctico es darle un minirrecital de vocales átonas, neutras y es abiertas y cerradas. L[ə]s nen[ə]s maqu[ə]s es catalán oriental y l[e]s nen[e]s maqu[e]s, occidental. Me ha salido la canción del Julivert meu sin querer. ¡Vale!, me dice entusiasmada, y en Madrid, ¿catalán occidental o catalán oriental? ¡En Madrid catalán no! En Madrid hablan castellano, como la señora Gripi, ¿vale? Així, així, me dice ella en la versión catalana del clásico de Wenling.

Y antes de que vuelva al cuartito del fondo, lo que quiero saber desde el día en que se me escaparon las letras del chándal:

—Oye, Haijun, ¿a qué colegio vais?

—A las Hermanas —me dice orgullosa.

—¿Las Hermanas? —Oímos escandalizarse a la señora Gripi—. ¡Las hermanas son unas hijas de puta!

Como si se abrieran unas compuertas en el falso techo. La inundación es bíblica, taoísta, talmúdica, budista, alcoránica… Wenling y Haijun se quedan heladas. Yo también, pero tengo que salir a la superficie cuanto antes: ellas no reaccionan. Yo escupo, toso, cojo el poco aire que hay y por fin encuentro voz.

—¿Qué dice, mujer? —Y más bajito—: Seguro que no habla de

ahora, Wenling, seguro que es cosa antigua, cosa pasada.

Sin embargo, la señora Gripi no lo ha dicho por decir y tiene intención de seguir.

—¡Las hermanas me hicieron una de órdago!

Y yo no sé qué hacer: ¿zanjo el tema para que Wenling y Haijun no se lleven un disgusto mayor ni se hagan un lío peor? Pero, entonces, ¿me quedo sin saber la injusticia que creo que nos va a contar la señora Gripi?

—Pero, a ver, señora Gripi, ¿de cuánto habla usted?

—Hombre, hace unos años, fue en el sesenta y seis…

—¿Lo ves? ¡Fue hace mucho, Wenling! Es que fíjese en cómo se han quedado estas dos, ¡las ha dejado petrificadas!

—Ya veo… Pues no era la intención… Pero ¡el mal recuerdo no me lo borra nadie!

Y antes de que termine de sacar el tapón, cuelo un poco de contexto para madre e hija.

—Veréis, es que aquí hubo una guerra. —Me doy cuenta de que tengo que cambiar al castellano, Wenling tiene que entenderlo todo perfectamente—. Y después de la guerra, de cuando habla la señora Gripi, los que la ganaron eran una dictadura, Franco, un dictador militar, un criminal, un…

—¡Un cerdo, un sádico y un asesino! —remata la señora Gripi.

—Y aquí, Wenling, aquí mucha gente mucho miedo, y los colegios de monjas… —y recalco—: *de antes*, no te trataban bien si no pensabas o no hacías lo que querían la Iglesia y los militares, que mandaban juntos y hacían daño a las personas, como a la señora Gripi.

Mejorable, sí, pero Wenling y Haijun se tranquilizan.

—¡Eso mismo! —Y también la señora Gripi me da el visto bueno—. No me dejaron matricular a mis niños porque estaba sola, ¿te lo puedes creer, Wendy? Mi marido me dejó, ¡sí, sí!, me quedé con un crío de siete años y una cría de cinco, ya lo oyes bien, ya, de la noche a la mañana se largó y las muy hijas de puta… —Vuelta la burra al trigo, ahora que lo estábamos encarrilando—. Pues las muy hijas de puta de las Hermanas me dicen que no quieren una madre sin padre, Wendy, ¡que no soy ejemplo para la escuela! ¡Y dejan a mis hijos en la calle! Me fui a casa llorando como una magdalena, ¡nunca se me olvidará aquel día! ¡Nunca!

Wenling se levanta, se acerca a ella y le coge las manos. A la señora Gripi se le cae rodando una lágrima. Haijun me mira, le digo con los ojos que no sé qué decir y me entiende, que ahora no hay que romper el silencio.

Ahora estamos las tres con ella. Entramos en el carrer Gran aquel día húmedo y oscuro de otoño en la Barcelona ocupada. Primero sale de Las Hermanas como una posesa, como un cohete, la empuja la furia. Pero ahora la señora Gripi vacila, no sabe qué hacer. Si intentarlo en otra escuela, o mandarlo todo a paseo y entrar en la droguería. La señora Gripi también es de los vencidos, y duda. Pero no se amilana, ella también es una aulaga. Y ¡menudo ejemplar! Dejará en paz el salfumán, se sacudirá la negrura y tirará de sus hijos y de la historia hasta aquí. Hasta la otra historia. La que no tiene mayúsculas ni monumentos. La que nunca hemos honrado. La que debemos a tantas señoras Gripi.

12

Todavía no he contado casi nada del hijo de Wenling. Juega a piedra, papel, tijeras con un niño rubio que le dobla en estatura. Lo está esquilando su padre, y tiene que armarse de paciencia. Porque los dos niños van a lo suyo como si estuvieran solos, como si no hubiera máquina de rapar ni barbero. ¡Piedra! Haitao se asoma por detrás. ¡Ja, papel!, el niño rubio le enseña la mano abierta dándose una vuelta en la silla giratoria. ¡Otra vez! Y no hay quien los pare. Menos mal que no se tarda mucho en pelar una cabeza de ocho años. Ahora entran dentro. Pero no hay tregua. Arman un jaleo como si los tuviéramos al lado. ¡Hasta tengo que cerrar las notas del móvil, con tanto grito y tanta alegría!

¡Pol! ¡Pol! Entra en la peluquería la madre del niño rubio. ¡Vamos, Pol, a casa! Él bien con nosotros, dice Wenling. Ya lo creo, por él, ¡se pasarían todo el día juntos! Que venga Haitao una horita a casa con nosotros, Wenling. ¡Síííííííí! ¡Síííííííí! ¡Síííííííí! Los niños se asoman. No, dice Wenling, Haitao molesta. Solo para la merienda, anda, Wenling, un ratito, insiste la madre de Pol. No Haitao come muy lento, molesta. Y ellos suplican echándole más teatro todavía, demostrando que no, que no es posible separarlos. ¡Mira, mira!, dicen, enredándose piernas y brazos. Wenling sonríe pero no claudica, y la madre de Pol no quiere ponerla en un compromiso, pero lo intenta otra vez. ¡Con lo bien que se lo pasan! ¿Ni un ratito? ¿Seguro, Wenling? Cuando ellos fiesta, sí. Los niños contienen la respiración, Wenling se va a bajar del burro. Y dice: vale, el fin de semana, sí. ¡Ay, qué pena, porque nos vamos fuera! Al otro sí que estaremos aquí, ¿qué te parece, Wenling? Sí, al otro, vale.

Y los niños estallan. Celebran la liga, la copa y la champions. ¡Bieeen! ¡Bieeen! ¡Bieeen! Y yo constato que el *bé* sigue en el sitio en el que se quedó cuando yo era pequeña: en el rincón, marginado

de todas las fiestas. Haitao y Pol exprimen el bieeen un par de veces más mientras se van otra vez al cuartito. Como todavía falta un poco para el fin de semana prometido, tienen que rentabilizar el acuerdo de las madres de alguna manera. Y no obedecen. Vuelven a perseguirse, a saltar y a troncharse de risa un rato más. Juraría que somos unos cuantos los que para nosotros quisiéramos esa alegría de vivir. Que se nos pegara solo con verlos. Bueno, basta, Pol, ¡sal de ahí! Y ahora sí que esa madre tan razonable empieza a perder un poco la paciencia. Hace media hora de reloj que ha venido a buscarlo.

Haijun les saca una lengua de hermana mayor y se acerca a mí con la mochila del colegio. ¿Tú ayuda? ¡Sí, claro! Ya me las pintarás después, Wenling, yo no prisa. ¿Seguro? ¿Mi niña no molesta? ¡Qué dices! ¡Anda, calla y déjanos en paz! Y me acepta el desplante con mucho gusto.

Empezamos por el castellano, por buscar el sujeto de la frase. Haijun lo entiende enseguida con el viejo truco de la pregunta. Y, ¡hala!, después de más de treinta años, vuelta a hablar con un verbo, vuelta a preguntarle al pobre *eran* si *los perros caniches* o *Julia*.

Con el catalán va a ser harina de otro costal, pienso precipitadamente cuando me dice que toca *accentuació*. Me quedo estupefacta otra vez. Y más que me voy a quedar: Haijun lo acierta todo. De todas toditas las palabras que le pregunto sabe decirme si son llanas, agudas o esdrújulas, si llevan acento y dónde. *¿Cardiòleg?* ¡Llana, acento en la o! *¿Ressò?* ¡Aguda, acento en la o! *¿Atmosfera?* ¡Llana, sin acento! *¿Càmfora?* ¡Esdrújula, acento en la a! *¿Terraplè?* ¡Aguda, acento en la e! *¿Paràbola?* ¡Esdrújula, acento en la a!

Hasta treinta cuento, y ningún error, ni uno. No me lo puedo creer. Esta niña debe de tener una retentiva prodigiosa, nada más oírlas en clase, chas, ya no se le olvidan, porque ya me dirás dónde ha podido oír todo ese vocabulario tan selecto, más que en clase de catalán. *Càmfora, paràbola, terraplè…* Si no las uso ni yo. ¿También soy la única que piensa que, por el mismo precio en acentos, si las cambiáramos por *adaptació, enyoradís* o *nostàlgia* les daríamos alas para poderse explicar? ¿Para que no fueran unos

niños tan *callados*?

Todavía estoy dándole vueltas cuando me dice: ¡Una cosa, una cosa! Qué verdad tan grande eso de que los niños nunca se cansan, aquí hoy me dan las del alba. ¿Tu instrumento preferido cuál? El piano, digo por decir algo. ¡Ah!, muy satisfecha, ¡yo toco piano! ¡Notas difícil pero gusta! ¡Una cosa, una cosa! ¿Tu instrumento tocar colegio cuál? Y se desternilla con la burla que hago de aquel rufián que intentaba enseñarnos a tocar la flauta.

Porque no era ni maestro ni músico, solo era franquista. Exmilitar, para colmo. Yo me libré de ir a las Hermanas pero soy de pueblo, las escuelas *progresistas*, fuera de Barcelona, un exotismo. La pedagogía musical, ciencia ficción. Nuestras clases de flauta eran un tormento. Teníamos que llamar *don* al exmilitar de marras y nos tiraba el borrador a la cabeza si se nos escapaba la risa cuando, en vez de notas, nos salían babas. No sabía explicarnos ni en qué consistía lo más elemental, soplar. Aquel vago no había pasado nunca del quinto-levanta-tira-de-la-manta, y por eso se pudo camuflar de profesor de música en un colegio público catalán de finales de los setenta y hasta que se jubiló con todos los honores y todos los trienios. Por lo de aquella transición tan *ejemplar*. Única, blanqueando a la dictadura y a sus carniceros.

13

Tenía el empeño de peinar Barcelona barrio por barrio. Observar quién hacía la manicura y la pedicura, quién iba a hacérselas, si había feedback, interacciones, de qué clase. Fue por culpa de los fardos de la feminidad con los que nos han cargado, que de tanto darles vueltas y mirarlos desde todos los lados puedes llegar a encontrarles petróleo. Un buen día caí en la cuenta de que en la manicura todo era aprovechable. Ya integrada como fardo básico de mi feminidad, tenía que mantenerla, tenía que asegurarle la excelencia. Y lo que cuando se pierde la paciencia de los veinte años significa rascarse el bolsillo para entrar en un sitio a que te la hagan, también podía querer decir dar un mordisco al tiempo en vez de perderlo. Y siempre me ha gustado saber lo que dice y lo que hace la gente cuando cree que nadie la ve.

Empecé por escanear *nail salons* en el extranjero, cuando aquí todavía eran *rara avis*. Tenía su *performance*, arañar un poco de ocio entre rodajes: arañarlo sin la *troupe*. Bostezaba, fingía que se me caían los ojos de sueño, que no los entendía, ¿perdona?, ¿cómo?, ¿qué?, y el equipo tenía que cerrar la barraca. Me decían vete a descansar, anda, desaparecían y yo me salía con la mía.

Los salones de manicura daban mucho juego, más que sujetarse la cabeza en la barra de un bar y disimular tomando combinados. Porque, aparte de los pesados de los camareros, en los bares había otro extra que también me cargaba: tener que aguantar la sobreinterpretación siempre allí, sentada al lado. Que si qué hará esta tía aquí *sola*, que si cuántas copas llevará, que si trabajará *de eso*, que si… *Quesis* que si fueras tío no tendrías que tragar. Ni comparación, por muchas ínfulas de trascendencia que los escritores y los directores de cine hayan concedido a los bares, *pubs* y coctelerías: ni las verdades etílicas son tal cosa ni el tintineo de la

coctelera tiene más mística que el chap chap del pincel al revolver el pintaúñas. Ya basta de obligar al personal a beber a chorro.

Todo lo contrario, un salón de manicura me garantizaba llegar al hotel sin hacer eses y pertrechada de notas para mi trabajo de campo privado. De cada servicio en un *nail salon* podía sacar un contraste de humanidad, que se dice pronto. ¿Clientela que ni chicha ni limoná? ¿Clientela que ni un mísero hace calor, hace frío a la persona que tiene tan cerca, a un palmo, cortando, limando, hidratando y procurando el bienestar de sus extremidades? Un cero.

Y podría parecer que en un pispás se llega al cinco de medio espécimen humano: pues la cantidad de ceros que tengo registrados da escalofríos. Pero, cuantas más nulidades recogía, más me motivaba para escuchar, apuntar, retratar y extrapolar. Establecía patrones comunes, recogía detalles específicos… Tiene su miga determinar por qué nos hemos vuelto tan animales.

Este contraste de humanidad es cortesía de un desengaño. De cuando *and the Oscar goes to* no fue para nuestro corto documental y nos fuimos del Kodak Theatre con las manos vacías.

Aimee's Nail

Los Feliz, Los Ángeles, California

Manipedi: 30 $

Clienta 1. Hundida en el sillón, vista en el móvil, pies en remojo. No mira a la manicurista ni cuando le retira la palangana ni cuando se los seca como si fueran un recién nacido ni cuando le acerca el muestrario para que elija color. Un montón de bolsas esparcidas alrededor —de *boutique* de Rodeo Drive—, parece autóctona de Los Ángeles. Autóctona de después de la colonización europea. No suelta ni una sola sílaba. El cero de costumbre.

Clienta 2. Otra autóctona de después de la colonización europea. Autoctonísima, no para de hablar por teléfono. Budgets, bank transfers e incomes. Inaplazables. Pone el manos libres cuando la manicurista le pide las manos por tercera vez y sigue con el business. Le dirige una palabra, yeah. Por duplicado. Si con lima o con cortaúñas,

yeah-yeah.

Si cuadradas o redondas,
yeah-yeah.
Si más cortas o más largas,
yeah-yeah.
Será un milagro que llegue a adivinarle el gusto. La ha mirado, pero como si no la viera. No puede pasar del 2.

Clienta 3. Autóctona de Los Ángeles desde los dieciocho. Desde que se casó para que no la deportaran a México. Después de las presentaciones con la manicurista, sintonizan enseguida. Él le sacaba veinticinco años y ella era una chavita. Lo que hace una por los papeles. Nightmare-nightmare-nightmare-nightmare, repite con los ojos cerrados. Ahora los niños ya son mayores y le gustaría separarse. Y el tío ha tenido una angina de pecho. Se santigua solo de pensarlo. Pide a la manicurista que le pinte las uñas de color negro, por si acaso. Gran ataque de risa de las dos. La clienta le pregunta qué hace, si estudia. Y cuando la manicurista se lo cuenta, que muy bien hecho, que depender de un hombre, ¡jamás!, un 10 como un camión: el primero que pongo.

Manicurista 1. Tristona, chancletas de dedo, una castañita gris en la nuca. La abuela.

Manicurista 2. Prudente, zapatillas de tela, pelo aplastado hacia atrás en una cola. La hija.

Manicurista 3. Resuelta, deportivas Nike supersónicas, pelo largo con reflejos rubios. La nieta.

Me toca la 2, la hija, Nhung, de Vietnam. *From South* Vietnam, especifica, y señala el plasma que preside el salón: Little Saigon TV. Llegar a América a los diez años no significa ser americana. Su hija sí lo es, al cien por cien. Es la Aimee del letrero, pero solo las ayuda en verano, ha terminado el primer curso en la universidad, idiomas. Inglés, español, alemán, chino… Ha perdido la cuenta, y su madre nunca ha pasado de las primeras nociones básicas. Se ríe, aunque no le hace ni pizca de gracia. *She left her heart and her voice there*. La miramos cuando está en la caja y puedo fijarme mejor. Pequeñita,

enjuta de carnes, el nervio vivo todavía. Para resistir, pero sin poder olvidar tantos desprendimientos.

Debe de ser verdad eso que dicen de que las historias de Vietnam siempre se tienen que contar con muchas lágrimas. En aquellos días se derramaron como para llenar todos los mares del mundo. Los días en que la madre de Nhung huyó. Los días de la muerte de una guerra y del nacimiento de una salida.

14

Es martes 29 de abril de 1975 y una voz de la radio de las fuerzas armadas norteamericanas anuncia: *La temperatura en Saigón es de cuarenta y un grados y… ¡subiendo!* Una mano aprieta un botón y suena un disco:

I'm dreaming of a white Christmas
Just like the ones I used to know
Where the tree tops glisten
And Children listen
To hear the sleigh bells in the snow…

La cancioncita que tiene la cara dura de soñar con una Navidad nevada en el sofocante sureste asiático es el copo electromagnético exacto que pone en marcha la Operation Frequent Wind. Un código de evacuación más que irónico, cabronazo, y un nombre de operación militar chulesco para activar una línea de la historia que en plata significa retirada y derrota.

Los USA huyen de la guerra de Vietnam con la música de fondo del villancico más vendido de todos los tiempos, el rabo de la vergüenza entre las piernas, un derroche de muertos de récord, una barbaridad sin cuantificar de vietnamitas violadas, el veneno de color naranja sembrado por todas partes para que la tierra yerma también sea mortal, y un equipaje tan difícil de cargar como de abandonar: prefieren llamarlo *American dependents* en vez de *personal survietnamita colaboracionista* y hay de todo en abundancia, en esta carga que han prometido llevarse.

Hay autoridades, militares y pilotos. Hay funcionarios, espías y torturadores. Hay médicos, oficinistas e intérpretes. Y sus mujeres, claro, sobre todo anfitrionas que organizaban todas las recepciones. Y hay niños, y bultos, y maletas, y máquinas de escribir. Y, además,

los aborregados, los que corren porque también temen la venganza comunista, pero despechugados, sin uniforme ni padrinos ni dinero ni documentos. Y se amontonan todos, se empujan y chocan en el ojo del caos.

Y es que Estados Unidos les ha dicho que les van a agradecer todos los años de lealtad, que no los van a dejar en la estacada, que los protegerán de las represalias o de una muerte segura. Y que, como el aeropuerto ha sido bombardeado y está inservible, la evacuación va a ser en helicóptero, pero igual de cojonuda. ¿En helicóptero? ¿Todos? Todos… los que se pueda. Todos… los que quepan. Todos… los que lleguen detrás de los primeros: norteamericanos y periodistas *occidentales*. No dicen *blancos*, pero en momentos de confusión, el trabajo siempre resulta más fácil si lo son. También lo facilitó mucho prometer con los dedos cruzados a la espalda *to help those who had helped America*: a la hora de la verdad, los survietnamitas abandonados serán mayoría. Y no por falta de voluntad de los pobres pilotos americanos, que ya han echado todos los bofes. Pero tal y como ha quedado escrita, *the largest helicopter airlift in history world's*, desde según qué ojos se mire se queda pequeña y resulta bastante esmirriada. Cuando un país entero está sometido a un amo, a ver quién es el valiente que se queda a recibir al nuevo fumándose un cigarrillo en la terraza del Majestic. Nunca hay suficientes helicópteros.

Se hable donde se hable de los últimos días de la guerra o de la caída de Saigón, siempre sale a relucir. Es la foto histórica del helicóptero, la azotea, el tipo que alarga el brazo y la escala atiborrada de survietnamitas desesperados por subirse. Están al lado de la embajada americana y, en esos momentos, ya no hay reja ni guardias suficientes para tantas personas con las horas contadas que empujan para entrar. La azotea de la foto histórica es pequeña, con un espacio cubierto en el medio que ni en broma podría aterrizar ahí un helicóptero. Proporcionalmente es como pretender que un halcón vaya a posarse en la palma de una mano. Sin embargo, sí, toca la superficie del espacio cubierto y se para, ya lo creo, y la

gente se pone a escalar. La gente que ha tenido los codos más puntiagudos y los gritos más desgarradores para apartar, pisar y aplastar tantos cuerpos como ha podido para llegar hasta allí.

Pero las tripas de un helicóptero se llenan enseguida. Y su gloria es breve, como la de sus hermanos menores e insectívoros, viven poco y tienen que afanarse. Lo demuestra claramente el vídeo que descongela la foto. Se ve levantar el vuelo al férreo caballito del diablo dejando plantada la escala impresionantemente llena de tanta gente como antes. La gente que nuestro optimismo perceptivo ya había ayudado a embutir en el helicóptero mano a mano con el tipo que alargaba el brazo. La gente que nuestra fiebre salvadora daba ya por rescatada, cogida de las manos, respirando de alivio, con las piernas encogidas, la cabeza agachada por los baches aéreos y volando hacia dos conceptos que empiezan por *ex* y que todo el mundo quiere lejos de sí hasta que llega el día en que los quieres más que a un padre: éxodo y exilio.

Y en el horizonte, otra palabra que empieza a germinarles en medio de la frente, cuando ya están en el barco, a los que tuvieron la suerte de no quedarse agarrados a la escala. Una etiqueta que lee todo el mundo cuando los descargan en el sur de California: cuando Saigón ya se llama Ho Chi Min, ellos ya se llaman *refugees*.

Y da igual que sean del sur, de los buenos, de los que han hecho la guerra con ellos, de los que han refinado los franceses, de los que han evangelizado las misiones, de los obedientes que se tomaban dos cucharadas de doctrina Truman antes de ir a dormir no fuera que les subiera unas décimas la fiebre comunista. Da lo mismo: *Your country exist*
doesn't
, tenéis la misma cara que los vietcong que mataron a nuestros chicos, tan jovenzotes y llenos de vida, tenéis la misma cara que los que nos los han dejado mutilados y, por mí, por nosotros, como si os pudrís en esas tiendas por los siglos de los siglos, y menos mal que creemos en Dios y que tenemos corazón y no os hemos dejado en el mar para que os comieran los peces y que os hemos embutido en Camp Pendleton.

15

Había dicho peinar Barcelona barrio por barrio, ¿verdad? Pues por nada del mundo puedo dejar a Wenling de lado, mis manos ya son suyas sin remedio. Y los pies… Creía que podría meterlos en cualquier parte y hacerme la pedicura a escondidas para recopilar datos complementarios para los contrastes de humanidad. Pues me sabotean, están hasta el moño de ser un pretexto. No me llevan a ningún otro sitio. Y con este tira y afloja van pasando los días. Y las uñas se me despintan y crecen, como mis mentiras. No, pies no, gracias, ayer ya yo corté y pinté uñas. Y me sorprende más lo trolera que me he vuelto que esta purga gramatical que se me ha pegado hace tiempo y que causaría una implosión en la RAE. ¡Fuera pronombres y artículos! Estorban más de lo que valen, así que, ¡a la papelera!

Ahora que lo pienso, mis profesoras de yoga también hablan así. Dicen: *Brazo izquierdo pasa por delante de pierna derecha. Pie izquierdo sube, mano derecha coge rodilla izquierda*. Y así con todo el repertorio de posturas. Y ¿a que nadie se ríe? Pues yo mimetizo tan alegremente el castellano que Wenling solo ha podido aprender como los ladrones, a arañazos entre clienta y clienta. Y ahora, al escribirlo, me doy cuenta de que lo hago para que me note más cercana.

Se acabó. Tampoco voy a ir a ningún otro sitio a hacerme la pedicura. El trabajo de campo se hará en un campo solo: este.
Sienta, guapa, tú pies primero, después pelo, mi marido come. Y ¿tú no comes? Yo más tarde, cuando niños fuera a colegio. Oír *niños* y empezar a sudar, pobrecitos. Pero es que hoy tengo el cerebro demasiado fundido para otra clase de lengua, aunque sea de poca monta como las que me invento.

Aprovecho que a primera vista no hay ropa tendida y le digo

que todavía no me ha enseñado a su amiga-hermana, ¿tienes fotos? Se le cambia hasta la luz de la cara. Sí, ella siempre envía, dice contenta, cuando termina pies yo enseña. ¡Hola!, Haijun sale de dentro y me quedo sin ver la cara de Xiaolu. ¡Yo conocido tu voz! ¡Qué espabilada! ¿En sèrio? ¡Me pegaría cada vez que me sale un barbarismo por la boca! ¿Qué catalán va a aprender si me oye decir *bueno, vale* y *en sèrio* cada dos palabras? Rectifico: *De debó?* Sí, y yo oído tú hablas castellano con madre. De momento sí, le hablo en un poco de todo, en realidad. Tú y yo, como vas al colegio y puedes aprenderlo, practicaremos catalán, ¿de acuerdo? ¡Guay! Y se vuelve hacia su padre, que sale y le tira de la coleta para incordiarla.

Ellos hablan en mandarín y no me hace falta saber lo que dicen para entender el buen humor. Pero Wenling me lo descifra: Padre siempre dice ella cada día más alta y él bajito, dice no parece familia, encuentra Haijun en la basura. Se me queda una cara que les hace reír más que la broma particular que han querido compartir conmigo. ¡Anda allá! ¿Qué dices? ¡Cómo son, Haijun! ¡No te lo creas! Ella abraza a su padre por la espalda como si quisiera asfixiarlo y la que queda ahogada es la sospecha: padre e hija se dedican una mueca de burla clavadita.

La niña sale en dirección al colegio arrastrando a su hermano, yo tengo los pies impecables y Wenling se va rápidamente adentro a comer. Otro día le recordaré las fotos de su amiga-hermana, ahora ha llegado la hora de la verdad: ¿Tú pelo conmigo? ¿Seguro? Y sin darme tiempo a pronunciar la primera letra, me responde tranquila, tranquila, yo sé, tú pelo muy fácil. El pelo a lo mejor sí, pero todo lo demás… ¡soy un hueso, chaval! ¡Un segundo!, lo freno con una mano y con la otra le enseño en el móvil la captura de un corte que me acababa de hacer Sesi una vez. Mira, igual que aquí. Yo sé, yo sé, ni la mira. Como aquí es como aquí, pero ahora más largo, me señala la cabeza y me acerca la silla al espejo, por si me empezara a fallar la vista. Me trago el orgullo con saliva y me callo.

Además, sería en vano, él ya no está aquí, se concentra al instante en sus utensilios. Y va a lo suyo, ajeno a mi sufrimiento. Aunque parece que todo va bien. Pero cuando llegamos a las zonas críticas, ¡ni respiro de tensión! Ay las patillas. Ay el flequillo. Es que no pueden quedar ni muy largos ni muy cortos ni muy despuntados ni muy igualados. Y yo allí, fiscalizando hasta la última decisión,

siguiendo con la mirada cada trayectoria, acompasando cada mordisco con las mandíbulas. Se comprende que quiera a Sesi incondicionalmente, ¿verdad? A nadie le gusta tener chalados en su vida.

Poco a poco me destenso, hemos pasado el triángulo de las Bermudas y diría que no hay víctimas que lamentar, que el flequillo y las patillas están bien, gracias. Y al relajarme puedo observarlo como peluquero, no como una amenaza. Y es sencillamente fenomenal. Qué *twist* de muñeca, qué aplomo con las tijeras de vaciar, qué habilidad con el peine. Sesi, si lo vieras cortar también te harías amiga suya, palabra.

Pero no hemos terminado y ahora va por la nuca, que también requiere su ciencia. Porque la colita esta que se me forma tiene que quedar un poco rebajada y un poco redondeada, pero sin que la intervención sea muy visible… No sé si me explico. Tranquila, yo sé, yo sé… Y vuelve a la carga. Lo milagroso es que cuando me da el espejito de mano para que lo compruebe, ¡veo que me lo ha esculpido a la perfección! Estoy atónita, pierdo la toalla, se me resbala el peinador y ya no sé si los lavacabezas están a la izquierda o a la derecha. Aquí lava pelo, ¡aquí!

Que te froten la cocorota… ¿Tenemos claro que uno de los mayores placeres lo procura esta sencilla acción? ¿Cuándo dejamos de hacérnoslo los unos a los otros? ¿Por qué permitimos que nos lo quitaran? ¡Qué bobos…!

Me lo aclara muy bien aclarado y ya está, ahora seca pelo, dice él. Pero por aquí no paso, seco yo, tranquilo, yo siempre seco yo misma, soy una maniática. Los otros dos peluqueros no salen de su asombro cuando me ven empuñar el secador tan decidida. Uno intenta impedírmelo, él se resigna. Ahora, armada como estoy, podría ser peligrosa, y me deja en paz.

M'ho

has fet molt bé, muy bien, gracias, muy bien cortado. Oye, le digo entre zumbidos de secador, que no sé tu nombre… ¿Cómo te llamas? Wenling ya ha terminado de comer y le toma la delantera. ¡Tú llama a él Loco! ¡Loco!, se asoma a mirarlo por un lado, ¡Loco!, se asoma por el otro. Y se ríe a mandíbula batiente. Y él también, aunque disimule y ponga cara de desgana.

Y no se han tocado, pero diría que he visto que se les avivaban

unas chispitas.

16

Es festivo, no hay teleserie y solo me encuentro a la señora Eulàlia. ¡Hola, guapa! ¿Manos? Sí, manos, ¿qué tal, Wenling? Bien, gracias. Tú pasa ahora, hoy no viene gente. El artista le esculpe el bucle a la señora Eulàlia, y a él, dejémoslo en él, porque no sé si no prefiero volver al cantante de pop de antes a llamarle Loco, la masajista le ablanda las cervicales. Caray, chico, qué suerte tienes, le digo. ¿Pelo bien?, quiere saber enseguida. Sí, todavía se mantiene estupendamente, ¡gracias! Y, satisfecho, cierra los ojos para recibir el masaje.

Me vendría bien uno a mí también. Se haría de noche, me abandonaría a esa espesura y me derretiría. Lo noto solo de pensarlo. Se me va a caer la cabeza encima de la mesita de manicuras. Tú hoy muy cansada, ¡tú no dice nada! Es verdad, Wenling, hoy estoy… Existe la palabra exacta para el estado en el que me encuentro, es amodorrada. Pero lo dejo en un simple morta, muerta. Tú relaja… Wenling adivina lo que deseo y alarga el masaje de manos. Como si me escurriera los dedos. Corta la circulación y vuelve a soltarla, la corta y la vuelve a soltar, la corta y la vuelve a soltar. Y no sé si esto es una reacción sanguínea de libro o si es solo cosa mía, pero espabilo de golpe. Y ahora me doy cuenta de que ella está bastante pálida y de que le dan escalofríos. Tu també estàs pioca, no te encuentras muy bien, ¿verdad? Hoy yo cansada… Ayer noche yo película con móvil y hoy duele. Y le da al intermitente de los ojos varias veces. ¡Pero yo también contenta!

La niña ha traído unas notazas semestrales de impresión, en matemáticas, en catalán, en todo. Es de mente rápida, te lo digo siempre, Wenling, ¡es como tú! ¿Sabías que la inteligencia se hereda de la madre? Y dice que no moviendo la cabeza de un lado a otro, a toda velocidad, mientras se le dibuja una risita. ¡Sí, sí! ¡No lo dudes!, contesto, en el colegio buenas notas seguro, ¿a que sí?

Bueno… Empieza vergonzosa pero tiene que reconocerlo, eso sí, buenas notas siempre. Pero muy pobre y no puede estudiar más. Me lo dice con una tristeza limpia y cruda. ¿Hasta qué años? Se retira la mascarilla un poco y cuenta en su lengua hasta llegar a… dieciséis. Y ¿qué te habría gustado estudiar? Pienso si no habré enrevesado mucho el tiempo verbal pero no tiene que pensarlo: mandarín. Para escribir.

Y este infinitivo me atraviesa. Yo dejé lo de escribir. Wenling no, a ella se lo fulminó el maldito rayo de siempre. El mismo que cayó sobre mis abuelas hace ochenta años. El mismo que deja azules a tantas otras ahora mismo en tantos sitios. ¿No puedes pagar para aprender? Pues te fastidias. Tormenta seca, los libros colgados y una mula de carga más para el rebaño.

Mi abuela ya mayor y yo ayuda. Y Wenling primero fue a buscar trabajo en un sitio de… ¿tatuajes? Me hace un dibujo en la muñeca, pero me parece que no puede ser. Y no, no, lo que hacían no eran tatuajes. A la tercera circunferencia se me enciende la bombilla. ¡Ah, relojes! ¡Una fábrica de relojes!, y me animo como si cantara bingo. Si nos vierais por un agujero cuando nos adivinamos… Pero muy difícil, muy pequeño, yo no hace bien. Y me acuerdo del *trabajo de chinos* que soltamos a diestro y siniestro sin ningún miramiento. Como si la destreza para las labores más difíciles nos viniera de nacimiento. Como si lo que nos viene de nacimiento no fuera la tierra con la que tenemos que habérnoslas y de paso las condiciones laborales imperantes, como si no fuera eso lo que nos arrimará a un trabajo u otro y lo que nos hará la vida decente o irrespirable.

Y ¿después de los relojes? Después hierro. ¿Hierro? Esta vez lo entiendo bien, pero me parece increíble que una jovencita de dieciséis años pudiera acarrear chatarra en forma de tubos, vigas o lo que sea que me imagino ahora. ¿Tú? ¿Hierro? ¿Con lo que pesa? No tanto, cajas, y hace el gesto de empaquetar. Cajas… ¿de hierro? Wenling saca el móvil para buscar la traducción, pero no lo consigue. No vamos a resolverlo ahora, es igual, olvidemos el hierro. Y las dos pensamos lo mismo al mismo tiempo: es igual, hierro yo poco tiempo, después más, yo trabaja mucha cosa, yo muy pobre, repite. Y ahora sí que se arruga y se queda hecha un ovillo.

Después de las fábricas hubo dos tiendas de ropa y, a

continuación, la perfumería en la que Wenling fue joven, feliz y libre con su amiga-hermana Xiaolu. Pero todo eso ya pasa… Yo ya no piensa. Y de repente, muy solemne: Yo, guapa, yo solo piensa un día. Y me lo dice con toda claridad, con todos los números: el 15 de mayo de 2006, el día que puso los pies en Barcelona. Cuando yo muere, yo acuerda ese día.

17

El cartel de bienvenida dice: *Welcome to Hope Village*. Y debajo: *Operation*
V. I. P.
Y entre paréntesis: (*Vietnamese Integration Program*).

Lo que se dice feo, una criba de humanos según el *Very Important People* de toda la vida. Una pancarta que reconociera *Bienvenidos los survietnamitas que no se merecían que los juntaran al rebullón en las tiendas de la base marine de Camp Pendleton con todos los compatriotas aborregados* no habría sido propia de una organización internacional cristiana de socorro, desarrollo y promoción como Food for the Hungry. Ellos habían comprado este antiguo sanatorio de tuberculosos de Weimar, Sacramento, California, lo habían adecentado y ahora harían el bien convirtiéndolo en un centro de reubicación de refugiados de la guerra del Vietnam. *Peccata minuta* que, disimulados entre los aborregados, hubieran traído de Camp Pendleton a refugiados *importantes*, como funcionarios del gobierno survietnamita, generales y el vivales del ex primer ministro Nguyen Cao Ky.

Y vips, sí, pero no todo el monte es orégano en Hope Village. Algunas de las que eran las anfitrionas que organizaban todas las recepciones han pasado a ser el ficus del rincón en el que nadie se fija. Y allí se pudren. Entre ese antiguo sanatorio y Camp Pendleton hay una diferencia como de la noche al día, de eso ellas no se quejan, que aquí se está como las personas. Los niños bien alimentados, la cama con cabecero y patas, el cuarto de baño de obra, por la ventana un montón de árboles y ciervos que se los rifan a brincos… Pero no llevar ninguna medalla también significa no recibir llamadas de diplomáticos de los

ni tener reuniones ni cartas de recomendación ni posibilidades ni futuro a la vista. Y ser un cero a la izquierda en tierra extranjera es el mejor caldo de cultivo para la nostalgia. Brota del mismo *refugees* que llevaban en la frente y no hay nada más que pasado, nada más que Saigón, nada más que mi casa, nada más que mi madre, nada más que mi padre, la comida, Notre-Dame, el río, la niebla, las puestas de sol…

Y así es como una mañana cualquiera, esa veintena de mujeres, arrastrando penosamente flores, tallo y raíces, van a la recepción de Hope Village tal como les han mandado. Hoy son ellas las que reciben a una *special guest* por primera vez. Ellas, que chapurrean un poco de inglés; ellas, que tienen educación y buenos modales; ellas, que todavía no saben que serán las elegidas; ellas son las que tienen que entrar en el pabellón de estudio. Esperen aquí a la visita, siéntense, por favor. Menos mal, porque si no se habrían caído de culo.

Fuera de la pantalla es más luminosa todavía. Chispas de inteligencia que deberían castigar con la ceguera a quien solo quiera valorarla por el físico. Las últimas películas han sido poco acertadas o un fracaso directamente, casi seguro que ninguna de las veinte elegidas sabe que ha hecho más, después de *Los pájaros* y *Marnie*. Pero ella no lo cambiaría, no dudó en abandonar la carrera. Se le notaba en la cara que quitarse de encima unas garras como aquellas no se podía comparar con nada. Ríete tú de las de los cuervos que casi le sacan un ojo y se la comen viva.

Tippi Hedren prefirió que Alfred Hitchcock no le desgraciara la vida y ahora puede hacer lo que le venga en gana; entretanto, va cayendo algún papelito. Que no son como los de antes, claro está, él ya se ha encargado lo suficiente de vetarla para castigarla por no haberse dejado violar. Pero todo tiene dos lados. Y el reverso de esta carrera truncada por la venganza del todopoderoso Hitch contra la actriz que le plantó cara y lo repelió con un grandioso empujón es el tiempo: tenerlo. Y por eso Tippi Hedren está a punto de abrir un refugio para felinos exóticos, los que se compran los ricos de contrabando y abandonan en cuanto dejan de ser cachorros graciosos. Y por eso Tippi Hedren también se hizo voluntaria de Food for the Hungry y acaba de volver de remolcar survietnamitas

que vagaban por el mar de China en cascarones de nuez. Los *boat people*, los que huyeron en lo primero que encontraron después de quedarse colgados de otros muchos tramos de escala.

Pero hoy esta Hollywood star no ha venido a Hope Village a lamentar ni a lamentarse. Todo aquel sufrimiento lo lleva en secreto, todavía no se puede decir nada del cerdo de Hitchcock. No se harán butifarras con él hasta que se muera, y todavía faltan cinco largos años. Y Hedren no quiere recordarles el rumbo que llevan sus compatriotas, sabe que bastante tienen con su propia tristeza. No, Hedren es una mujer que va a la idea y hace muchas noches que le da vueltas a qué será de esas refugiadas que, por lo visto, viven en el sanatorio de Hope Village como almas en pena. Qué será de esas *mujeres de* que no tienen oficio ni beneficio en los
USA
.

Hedren ha venido a hacerles unas propuestas. Y empieza. Les mandará mecanógrafas y modistas para ver si a alguna se le da bien aprender esos oficios, y profesores de inglés para cuando tengan que defenderse fuera de ahí, y en cuanto puedan leerlo bien, manuales para aprender a conducir, porque si van a parar a Los Ángeles será crucial, más adelante, las clases prácticas que ya ha apalabrado con no sé quién, y también ha pensado que… Y de pronto Tippi Hedren se calla y las mira.

Están las veinte en suspenso, con la boca abierta, sin aliento. *Is everything okay? Are you following me?* De las palabras también, mejor o peor, pero, sobre todo, de lo que no han perdido ripio, lo que han seguido todo el tiempo esos cuarenta ojos, es lo que corona el baile de sus manos: la ovalada, coralina, brillante y majestuosa manicura. La más atrevida le coge una piña de dedos, otras dos los miran con embeleso, y las veinte, en cadena, empiezan a murmurar de admiración. Hedren no tarda ni cinco segundos en entenderlo, dice ¡ya lo tengo!, y sale corriendo a buscar un teléfono.

Tippi Hedren les despeja las dudas en un visto y no visto. Porque venían de los maridos, más que de alguna de las veinte elegidas. Y porque eran unos palos en las ruedas que no se sostenían por ninguna parte. No es problema que vuestros maridos no vean el

potencial, *darlings*, ¡les mandaremos ópticos voluntarios! Dieciocho se rieron discretamente, la más atrevida le puso sonido y la que en Saigón tenía la suya propia dijo que ya era hora de que también ellas se remangaran. Hedren captó la señal: *Good!* Les enseñó a hacer aquello de los equipos de baloncesto antes de salir a la pista, y con esos veintiún pisos de manos se selló la decisión: las formaría para ser manicuristas. *Now, go for it!*

Ya le había dicho que sí por teléfono a la primera. Los sábados, cuenta con ello, ella era madre soltera, sabía que es muy difícil eso de apáñatelas como puedas sin tribu, *women help women, this is the history!*, proclamó Dusty Coots, una de las manicuristas más solicitadas por todos los estudios de Hollywood y escultora de las espléndidas manos de Tippi Hedren. Y fueron ocho semanas. Ocho sábados seguidos, Coots cogía el maletín del instrumental, volaba de Los Ángeles a Sacramento muerta de sueño, llegaba a Hope Village, pedía un café muy cargado y empezaba la sesión.

Revisaba las manos que las veinte elegidas habían hecho de prueba, refrescaban juntas los procedimientos, despintaban, remojaban, recortaban, limaban y volvían a pintar. ¡Vamos, un poco más de precisión en estas cutículas, la superficie de esta uña más lisa, los contornos mejor definidos, este esmalte más impecable! Muy bien, empecemos de nuevo, y ahora ¡mejor todavía! Hasta que no quedaron fallos que rectificar e hicieron una fiesta.

Tippi Hedren estaba en la luna de Valencia, plantada con un cóctel en la mano, cuando la más atrevida se acercó. Tippi, ¿en qué piensas? ¿Sabes que pones una cara como si estuvieras a punto de provocar un tifón? El tifón se llamaba Licencia Profesional. Había que acreditar ese trabajo tan bien hecho, las veinte elegidas tenían que poder afrontar la vida con todas las garantías, ser alumna de Dusty Coots no se podía enmarcar y colgar en la pared.

Les pusieron la excusa de que el plazo de inscripción estaba cerrado, lo sentimos, los grupos están llenos. Pero los retrataba la insistencia en saber de qué bando, es decir, de qué parte del Vietnam eran esas veinte mujeres. E interés por la geografía mundial, poco, unos directores de escuela de belleza que no habrían sabido ni situar Honduras en el mapa. Por muy vehementes que fueran las cartas que les mandaba Tippi Hedren pidiendo plaza, por mucho que resaltara su nombre y el sello de Food for the Hungry en

el centro del encabezamiento, nada. Calabazas desde el primer momento.

Hasta que el matrimonio que regentaba el Citrus Heights Beauty College vio negocio y dijo que sí, que adelante, que bastaría con que se presentaran vestidas de color blanco de los pies a la cabeza. Y también que les pagaran las veinte matrículas por adelantado, a tocateja, naturalmente. Y ya podían empezar.

Y la veinte elegidas subieron al autobús con las blusas, batas, pijamas sanitarios y todas las prendas blancas que encontraron en una tienda de segunda mano de Sacramento. Radiantes, animadas, dispuestas a aprovechar todo lo que se pronunciara en las cuatrocientas horas siguientes de clase en esa academia.

Por la tarde cuando volvían ya no exultaban, estaban agotadas, y siempre había que lavar alguna parte de la ropa blanca con agua y jabón. Pero se cambiaban, comían algo en el comedor y, antes de irse a dormir, volvían al pabellón de estudio y se preguntaban la anatomía de la mano, los componentes de los esmaltes, la aplicación de postizos, el flujo adecuado de un masaje. Los maridos las miraban desde el pabellón de los dormitorios. Mudos.

Se habían cambiado los papeles, y cambiarían más. El ex primer ministro Nguyen Cao Ky había desaparecido al principio y ellos eran los únicos vips que quedaban en Hope Village. Ahora eran ellos los que decían adiós al pie del autobús, los que se quedaban con los niños, los que mataban el aburrimiento como podían y los que decían hola en el comedor cuando ellas volvían tan tarde del beauty college. Las recomendaciones y las llamadas importantísimas habían volado como el ex primer ministro, y esos funcionarios y generales tuvieron que aprender que, en América, *breadwinner*, quien trae el pan a casa, no es una palabra de género masculino.

Al final de las cuatrocientas horas de clase, las veinte blandían ya el Certificado de Licencia Profesional. *a tremendous achievement!*
It's
, les escribirá Tippi Hedren desde África.

El certificado de la proeza que vino a continuación, no, este todavía se lo deben. Tendría que reconocer a *Las emprendedoras que se inventaron un nuevo negocio*, pero apenas son conscientes de ello, los chupatintas que deberían expedírselos y firmárselos.

Encima de que los *nail salons* que se sacaron de la manga las manicuristas survietnamitas en los
USA
mueven nada menos que miles de millones de dólares al año. Ni por esas. El United States Bureau of Labor Statistics las pasaba por alto hasta hace dos días, y su profesión ni siquiera constaba en el North American Industry Classification System. Un gremio inexistente, ni rastro de su actividad ni de su expansión. Ahora ya están censadas y en las estadísticas, qué remedio, con semejante morterada, pero todavía no se considera que todos los locales sean dignos de constar en las listas: los establecimientos pequeños que las autónomas sacan adelante como pueden no figuran, les siguen resbalando.

Tippi Hedren tampoco recibe *royalties* del Treasury Department por derechos de autor. Ni se dice de ella que reavivar a las veinte refugiadas no fue solo una caridad. Fue una subversión de papeles y la emergencia de un sector económico en toda regla. Sin su *special visit*, sin el baile de sus manos, sin la majestuosa manicura que le había hecho Dusty Coots, sin su intuición y sin la obstinación de las veinte elegidas para salir del pozo de Hope Village, a estas alturas no habría un *nail salon* en cada calle de Estados Unidos y de prácticamente todo el mundo.

Y ¿qué pasó para que se extendiera como la pólvora? Las veinte elegidas hacen las maletas de Hope Village y se instalan por toda California. Ven que solo las peluquerías top tiene manicurista, y cara, y se atreven a alquilar un localito donde hacerla para todos los bolsillos. La clientela responde, se corre la voz, la fama de sus manicuras atrae a veinte atrevidas más, y llegan nuevas oleadas de refugees, y para el negocio de las uñas no hace falta una gran inversión ni mucho inglés, y es un éxito, y los éxitos circulan de mano en mano, y lo replican otras veinte, y veinte más se lo cuentan, se escriben, se llaman, se enseñan y se hacen préstamos para abrir sus propios miniestablecimientos, y los maridos se apuntan, y se ponen la bata y empiezan a quitar esmalte, y los más listos a abrir beauty colleges como el que entrenó a las veinte primeras elegidas, y a montar tiendas de material cosmético para abastecer el sector. La red se va dando de sí más y más y hasta hoy, cuando *viet-salon* quiere decir local pequeño de manicura y pedicura abierto doce horas siete días a la semana, sin cita previa,

de los que se sale con unas extremidades de película a muy buen precio.

Nunca sabré si la madre de Nhung de aquella manicura de Aimee's Nail de Los Feliz, Los Ángeles, California, fue a parar a Camp Pendleton con su hija de diez años. O si tuvo la suerte de que la escogieran para trasladarla a Hope Village e incluso llegó a ver el entrenamiento de las veinte elegidas con sus propios ojos. O si fue de las que remaron, remaron y volvieron a remar con las manos y con todas sus fuerzas para que la barquita no se les llenara de agua, y ya llegaba al límite cuando vieron la barriga del barco que acudía a rescatarlas. Nunca sabré cuál fue su camino de exilio o de éxodo, qué codos tuvo que clavar aquellos últimos días en Saigón. Los gritos, los mordiscos o los cuerpos que tuvo que pisar para salir de allí. Pero ahora sí que me lo imagino, que las letras *refugee* de la frente debían de golpearle fuerte el cerebro por dentro.

Y si cierro los ojos y vuelvo a verla en la caja de su *nail salon*, si me paro otra vez en aquella carne enjuta a fuerza de desprendimientos, cambio el final y lo hago diferente. Ahora no pago la manipedi con treinta dólares, me despido de Nhung y me voy. Ahora espero a que sea la hora de cierre, me siento en el suelo y la oigo contar su historia tal como reclaman las historias de Vietnam: con muchas lágrimas.

18

La temperatura en Barcelona es de once grados y… subiendo. Aquí tampoco habrá una Navidad blanca, por más que lo sueñe el hilo musical. A primera hora de la mañana ya está a rebosar. Hoy espera una hora, me dice él lamentándolo un poco. El otro poco es para convencerme: Tranquila, no tanto, tú sienta, ¿vale? Sí, sí, tranquilo, no hay más localizaciones hasta después de las fiestas, hoy no tengo trabajo. Es un decir. Porque al momento guardo el libro de Lucia Berlin y saco el móvil: hoy voy a teclear de lo lindo.

Wenling solo ha podido saludarme fugazmente y con la mitad alta de la cara: está rallando parmesano a destajo. Envasado en los tres colores de Italia, las virutas de epitelio que salen de esos talones embaucarían al más *gourmet*.

Una clienta le dice a la de su lado: ¡Un día hice una pilota para la carn
d'olla…!
Me quedo sin saber si fue catastrófica o de premio, secadores a toda pastilla.

Y ahora empieza lo que podría ser el comienzo de una bronca. Le indican a la que dijo lo de la pilota que pase al lavacabezas y la señora Mundeta replica que nanay con el bastón, que ahora le tocaba a ella. Wenling levanta la cabeza de la ralladura parmesana y ondea la bandera blanca: Sí, señora Mundeta, ella viene antes y ahora vuelve, tú espera poquito, ¿vale? No la convence, chasca la lengua pero no dice nada. No llega la sangre al río, es Navidad.

Esas cosas eran el pan de cada día en la peluquería de mis abuelas. Y sí que estuvieron a punto de llegar a las manos en una ocasión. La puñetera vez. Guardarla, perderla o vulnerarla eran cuestiones de estado. Y aunque la vez fuera sagrada, en aquella peluquería había categorías, que suelen serlo más todavía. Una

señorona que siempre llevaba abrigo largo se marcaba un llegar y besar el santo de lo más descarado. Abrigo largo, alta, de familia *conocida*, lo tenía todo para imponerse. También tenía el don de caer bien, siempre una conversación agradable con todo el mundo. Y todas le perdonaban que se colara. Pero aprendió la mala costumbre una que su marido era policía, secreta en la dictadura, y más papista que el papa, ella, de las de la cantinela que los dos bandos habían hecho el mismo daño. Y esa pobre no tenía ni abrigo ni pedigrí ni ninguna gracia personal. Solo cara dura. Le daba igual que algunas clientas llevaran esperando desde la hora de comer. Cuando llegaba ella tenía que apartarse todo el mundo. Mi abuela, que era el pacifismo personificado, una tarde se levantó y le dio a entender la injusticia del asunto. Y, limitaciones de tener un organismo fascista, la palabra la pilló tan desprevenida que no la pudo tolerar. Fingió que le daba un soponcio, revuelo general, la dueña de la peluquería llorando, cepillos por el suelo, portazo, retirada de saludos. Jugar con la vez en la pelu de Maria dels Àngels, un follón de no te menees.

Suenan las campanillas de *All I want for Christmas is you* y entra Kristin. ¡Hola, guapa! ¿Manicura? Sí, y también pedicura. Espera poquito allí, ¿vale? Esto no hay quien lo pare, ¿es que es el fin del mundo? Y ¿si nos presentáramos en la comida de Navidad con las uñas en blanco? ¿Nos castigarían sin pilota? El año que viene lo compruebo. Si me atrevo, claro.

Haitao como una aparición: alegría con gorrito de Papá Noel cruzando toda la peluquería en patinete, ¡fiiiu! Sale del cuarto del fondo cuando huele que ha llegado su hermana con el turrón Suchard. Se ponen la cara perdida. Qué bien, de vacaciones, ¿eh, niños? Se ríen con toda la boca marrón, satisfechos. Su madre no lo ve igual: Molestan, mejor colegio, ¿tú vigila? Sí, cuido de que no hagan manicuras de chocolate. Son un público agradecido, me ríen la gracia los dos con mucho gusto.

Pasa él primero, solo necesita cortar, ¿vale, guapa? ¡Yo, lo que diga la jefa! Y dejo que Wenling se lleve del brazo al marido de la señora Eulàlia y me lo cuele. *Solo*, dice, ¡si le tiene que arreglar unas uñas de los pies que son cuernos! Nunca las había visto tan gruesas y retorcidas, qué grima, duelen solo de verlas. Y el chillido que ha pegado cuando la pedicurista le ha quitado los calcetines,

pobre hombre, si no sé ni cómo ha tenido valor para venir andando hasta aquí… ¡No lo compadezcas!, la señora Eulàlia me da un toque con el abanico, dos meses llevo diciéndole que venga, ¡dos meses!, y ni de rodillas, ¡es cabezota como él solo! ¡Ay, filla, qué paciencia hay que tener…!, y nivela las dos vueltas de perlas que se ha puesto hoy.

A Haijun le han encargado que enrolle las toallas limpias y las guarde en la estantería. Se lava las manos y se pone a ello sin entusiasmo, hay que reconocerlo. *A vint-i-cinc de desembre, fum, fum, fum…*, tararea para amenizar el enorme trabajo. La señora Eulàlia se le acerca y saca dos sobrecitos del bolsillo, toma, filla, uno para ti y uno para tu hermano, mi tió, que ha cagado antes de tiempo… y le da un pellizco en la mejilla. Palpo los dos libros del bolso, los que he elegido para ellos, los que he pedido que me envolvieran en papel de colores apetitosos. Los que no me atrevía a sacar.

El *Let it snow! Let it snow! Let it snow!*, pelmazo con la nieve que no vamos a tener, y el bullicio ahora ya es de miedo. Haitao aparca el carrito del tinte que le han mandado mover y va a sentarse en el sofá del fondo como si volviera de unos trabajos forzados. ¿Tienes Fortnite?, le pregunta a la clienta que rebusca en la tablet con un dedo desganado. ¡Tía, que el sofá está ocupado!, le dice a Wenling una chica con *piercings* cuando la manda allí. El niño y la clienta de la tablet se juntan más, la chica de los *piercings* puede sentarse, y como no tiene su juego, los tres hacen como que van en la nave espacial que tripula Haitao, que ya se ha repuesto, y de qué manera. ¡Haaalaaa! ¡Haaalaaa!, dice, cuando esquivan un asteroide.

Wenling no para, se marea uno de seguirla. ¡Esta noche acabarás molida!, le dice Kristin. Ellos más, y hace el gesto de estar de pie pasando el secador una y otra vez. Pero tú piensas en todo, niños, clientes, casa. Eso sí… ¡Que te haga un masaje tu marido! Y como los que oyeron a Nicolás Copérnico atreverse a situar al sol en el centro, Wenling le responde desde las profundidades: ¡Uuuuh! ¡Qué dice! ¡Masaje nunca! ¿No? ¡Pues mal, molt malament!, me sumo en plan teatral. Sí, yo mejor cambio, ¿tú conoce maridos buenos? Kristin se queda aturdida con la broma y tengo que responder yo. El mío es bastante bueno, Wenling, la verdad. Ya sé que siempre te lo

digo, pero… Jajaja, pero ¡él ya ocupado, tú suerte! Le pregunto cuánto tiempo hace que están juntos. Doce, niña ya diez… Pues yo, siete. ¡Yo más!, y le suena como si ganar esta competición en realidad fuera perder. Kristin me debe de leer el pensamiento, porque no dice sus años y un día, pero afirma con la cabeza.

Mi tió por adelantado es haber congeniado con la maestra jubilada, la señora Catalina. Siempre le celebraba por lo bajini los idòs que se le escapan, hoy se lo he dicho y ya está. De familia mallorquina, vive en Gràcia desde los tres años y podía haber sido actriz si no fuera. El *sinofuera* de cuando eres mujer. En los años sesenta y ahora. Porque ensayaban en el centro, por la tarde, después de estudiar, el mejor momento del día, lo dice y vuelve a hacer chiribitas. Y con esa afición al teatro, ese vozarrón, esa expresividad y ese pelo ondulado, los papeles principales eran siempre siempre para ella. Fue todas: Medea —*Queridísima mano, queridísima boca*—, Antígona —*¿Qué derecho divino he transgredido?*—, Julieta —*¡Reniega de tu padre y de tu nombre!*—, Marta —*Dicen por ahí, para afrentarme, que yo nunca he tenido padres; que yo he nacido de la tierra, como los sapos que se crían en las charcas*—, doña Inés en Todos los Santos —*Callad, por Dios, ¡oh, don Juan!*—… Pero ningún compañero vivía tan lejos, nadie iba hasta la Travessera de Dalt, una muchacha sola por ahí de noche no podía ser, y mis padres me obligaron a dejarlo. Y se hizo maestra, telón. Y otra carrera truncada. Los telones que habrán caído antes de tiempo… ni nos lo imaginamos.

Ahora la señora Catalina quiere volver a los orígenes, a Palma. Entretanto seguiremos viéndonos aquí, hace dos años que vengo siempre, lo hacen tan bien y son tan amables… y ¡fíjate qué buenas amistades se hacen aquí, idò!

Llamo a Haijun y a Haitao, que se acerquen a la caja mientras él me cobra, y ahora sí, me atrevo: les doy los libros de Navidad. Y ¿qué dice?, les pregunta su padre. Porque no han tardado nada en comerse el título con los ojos, en leer la contracubierta, en comparar los dos libros… ¡Gracias! ¡Gracias!, reaccionan los dos enseguida. Wenling lo ve desde la otra punta y le digo que no, ¡que no es nada, que no se levante! Wenling muy contenta por regalo… y yo también, dice, vergonzoso. Me gustaría dirigirme a él como Dios manda y me doy cuenta de que todavía no puedo. Wenling te llama

Loco, pero seguro que tienes un nombre, ¿no? Y ahora sí que se le descomponen todos los músculos de la cara. Los tensa para no reírse, pero se le deshacen. ¿Yo? Fácil, Yang, ¡como peluquería! ¡Qué boba, no había caído, claro! Pues no sé si estoy de acuerdo… Me mira muy asustado: ¿por qué? Porque ¿quién manda aquí, a ver? ¡Wenling!, responde sin vacilar. Pues ¡tendría que llamarse Peluquería Wenling! Tú razón, y se ríe a mandíbula batiente, ¡Yo jefe falso!

Anda que no hace tiempo que le había cambiado el nombre yo, unilateralmente. Ya me iba de su calle cuando me llamó Max, ¿dónde estás? No dije saliendo de *los chinos*, como lo llamaba yo también al principio ni que estaba con mi amiga china, como se lo cambié poco después ni tampoco la palabra manicura. Hola, pues acabo de salir de donde Wenling. Frené en seco. Hola, ¿sigues ahí? Donde Wenling, iba repitiendo para mí. ¿Hola? Donde Wenling… Ya lo llamo donde Wenling…

Y ahora tengo que atender a la señora Gripi, que entra muy ajetreada: ¡Con tres cajas vengo! Son para Wendy, pero hala, ¡toma! Me encasqueta un polvorón en cada bolsillo del abrigo. Y no me salgas con que no te gustan, si no has probado estos no sabes de qué hablas. Son de Tordesillas, ¡los mejores!, y no porque sea mi tierra, claro está. Le doy dos besos, le declaro mi adhesión incondicional y tengo que irme a toda prisa, me espera Max para ir a comprar los turrones. El extra navideño de Wenling será una *pizza*, hoy no tiene que hacer la cena y los niños se vuelven locos: cuando cierra, yo llamo, hoy nosotros también noche diferente.

El hilo musical cantaba *Baby cold outside*

it's

y es cierto. No hiela, pero hace una rasca que corta el cutis. Benditos repartidores que trabajáis en Nochebuena: ¡gloria a vosotros también!

19

Me gustaba más el Top Christmas Songs. Hoy los gritos son para perder el juicio. Los da ese niño, pobre madre. La conozco, es la de Cal Pep, la frutería, un mango insuperable, siempre en su punto, y el marido lo corta tan bien… Es mi pecado secreto cuando vuelvo de trabajar. La próxima vez que vea un take away en la Boquería, cremallera. Qué feo decir que cada diez tarrinas de fruta asesinan un puesto de toda la vida cuando todavía estás relamiendo el tenedorcito del mango.

Al final la frutera se ha ido. Y no por mí, porque todo eso de la fruta envasada lo he pensado para mis adentros. Ha tenido que levantarse y recoger velas con el pelo mojado y todo. La verdad es que los berridos del niño tenían a toda la peluquería al borde de un ataque de nervios. La chica que hace la pedicura le ha cantado una canción, el marido de Wenling no paraba de distraerlo con los cepillos, pero nada, él como si oyera llover. O lo que es lo mismo: niño cabeza muy dura, dice Yang cuando han salido.

Las fiestas se acaban y las manicuras también. En Navidad era la locura por causar impresión, pero por Reyes, manga ancha. Hoy somos muy pocos. Saco el guion que tengo para corregir y no lo miro. Echo un vistazo a los chismes del *Lecturas* del chico que está a mi lado, a ver qué información primordial para la vida saco de ahí. *Cumplen años: Serrat, 73. Ricky Martin, 45* —caramba—. *Ana Torroja, 57. Edurne, 31*, ¿quién narices es esta?

Una marisabidilla muy veterana le busca las cosquillas al marido de Wenling con los champús. Que sea del bueno, porque algunos lo rellenan con jabón a granel en cuanto nos volvemos… Cómo le ha herido en el honor. Pero Yang le ha contestado solo con cuatro palabras: Tú mira, por favor. Le ha metido el dispensador de L'Oreal

por los ojos para que leyera *fabriqué en France* y le ha enseñado el albarán del último pedido. De acuerdo, de acuerdo, dice arrugando la nariz. Y sigue con la auditoría. Ahora quiere saber si los Reyes pasan también por *allí* de donde sois. No, en China no, responde Wenling. Le he visto la pesadumbre, como si no representar semejante charlotada fuera una tara. Dios bendito… ¡¿Reyes no?! Aunque también ha contribuido mucho que Marisabidilla alargara la sorpresa casi hasta el drama.

Wenling le dice que ponga las manos en remojo por última vez y saca el móvil del bolsillo. Se lo coloca en la pierna, marca y le da al altavoz.

Reconozco la voz de Haijun y las órdenes marciales de Wenling. El típico si ya os habéis levantado, si ya os habéis lavado la cara y si ya habéis hecho la cama de cuando tenías vacaciones y tu madre se ocupaba de que no hicieras el manta hasta la hora de comer. Me jugaría cualquier cosa a que la conversación iba de eso.

Marisabidilla ha debido de deducir algo muy distinto, porque me mira ofendida *como diciendo* que Wenling y su hija hablan en mandarín *para molestar*. ¡No fastidie, señora, que somos catalanes! ¡Si hemos tenido que oír toda la vida que hablamos para tocar las narices! ¿En serio quiere hacer usted ese papelón ahora? Se lo he dicho solo con la cara, pero los cortes de corriente se notan: no ha podido encenderse.

Que Wenling siempre ponga firmes a los niños. Que saluden, que den las gracias, que no molesten, que presenten limpios los deberes. No es muy contemporáneo, pero a mí me resulta de lo más natural: mi hermana y yo nos pasamos la infancia diciendo que no a las galletas. Y allí se quedaban las cajas sin empezar. Las Artiach, las Cuétara, las Trias, las Birba, las que más me dolía desdeñar. En los lados estaban las que iban envueltas en papel brillante, las que seguro que eran de chocolate. ¡Ay, me moría por ellas! Pero a la pregunta de si queríamos merendar solo podíamos responder de una forma, según mi madre: No. ¿Entendido, niñas? No y gracias, las gracias siempre en la boca, desde luego. Y galletas no es más que un ejemplo de todo el entrenamiento.

—Jamás en la vida me pondría ese color que llevas siempre, chica. Parece de… Parece de Gilda. —Hala, ya me la metió. Marisabidilla me la tenía jurada.

—Pues no crea. Me la sé de memoria y después de la bofetada del imbécil de Glenn Ford, sí mujer, cuando Rita Hayworth se tapa la cara con las manos, ¿sabe? Pues en ese momento se le ven y las lleva de un color clarito como el suyo.

—¡Pero bueno! ¿Qué quieres decir, chica?

—Nada, mujer, nada, que la entiendo de sobra, que dicen Gilda por no decir fulana. Pero no pasa nada, no me ofende, al contrario, a mí me gusta mucho este rojo. Es el color de la sangre nuestra de cada mes, de nuestra fuerza, de nuestro poder, ¡es el color de la vida!

Mano de santo, un poco de medicina feminista. Marisabidilla dice madremíadelamorhermoso, con tantos libros, qué desgracia de juventud, y se apoltrona en el sillón. Se sopla las uñas, pasa la página y ¡fiiiis!, un desgarrón furioso recorre todo el *¡Hola!*
Creo que me estoy rehabilitando. Hoy no he disparado la alarma cuando él me ha tocado la mata. Hoy no he hecho mi corte paralelo de siempre. A lo mejor en esta peluquería sí que les echan a los productos algún potingue no autorizado por la
UE
: nos quedamos deliciosamente narcotizados. Si Marisabidilla tuviera razón, no entendería que lo celebrara en vez de denunciarlo.

Pero todavía no estoy ida del todo, todavía estoy un poco aquí y los pillo. Un cliente le da con el codo al de al lado y a los dos se les escapa una risita cuando sale la masajista a llamar al siguiente. Tranquilos, no hagáis esfuerzos, el imaginario colectivo trabaja más deprisa y con más sutileza. En estos momentos la risita esa ya está cargando toda la metralla de clichés. El automatismo que nos hace asociar *mujer oriental* con *sexualidad inminente* viene de lejos y tiene padre. El mismo padre que *Madame* Bovary.

Todavía estábamos los tres inclinados sobre el pozo cuando llegaron los hombres. No sé si mis hermanos se pudieron escapar, cuántos años vivieron ni cómo. Desde dentro del saco yo solo oía los gritos. También me los arrebató para siempre la oscuridad de aquella

noche y de aquel pozo. Padre se había jugado medio rebaño, había perdido el otro medio que no tenía y se tiró al pozo de la vergüenza. Y empujó a madre también, por no hacer solo el camino. Solo pudieron arramblar con los hijos. Era de día cuando los hombres me descargaron ante otro hombre. Me obligaron a ponerme de pie, me dijeron desnúdate, a ver los dientes, y empezaron a darme en las pantorrillas con un palo. Cuanto más lo evitaba, más rápido y más arriba me daban. Cuantos más saltitos daba, más cara de satisfacción ponían. El hombre dijo, de acuerdo, algo haremos con ella, me la quedo, les dio una bolsita y llamó a una mujer. Llévatela, le ordenó, lávala y alecciónala, enseguida la daremos a estrenar. Tenía trece años cuando me dijeron que bailaría para los extranjeros, trece años cuando me obligaron a ser la Kuchuk Hanem que habéis leído en vuestras lenguas y que hoy por primera vez conoceréis por mis palabras. Sabed que Kuchuk Hanem no es un nombre, solo quiere decir *chiquilla*. Y que el primer día lloré todo el tiempo que duró la música de la *danse de l'abeille*
. Lágrimas porque pudiera hacerles tanta gracia obligar a bailar a una niña como si se quitara un bicho de encima para que fuera perdiendo toda la ropa. El ahogo por el peso muerto del primer extranjero, el desgarrón, la sangre, el sudor, el moco agrio que me obligó a tragar. Decían que todos los extranjeros venían a ver nuestros templos antiguos. A lo mejor creían que las personas de mi tierra también eran piedra muerta. No lo éramos, pero tendríamos que volvernos como si. Yo ya tenía el cuerpo de granito cuando apareció el hombre de los dedos manchados de tinta. El que con dos noches de pagar por mí tuvo suficiente para atreverse a escribir quién era. El hombre de los dedos manchados de tinta me robó la voz, me arrancó la piel de persona y me la infló con un aire hecho de mentiras. Escribió de mí que era bailarina y yo os digo que era una esclava que antes de acostarse con los extranjeros tenía que hacerles la función. Escribió de mí que era una máquina que no distinguía entre un hombre y otro y yo os digo que era una niña despedazada. Escribió de mí que me deleitaba con la lujuria y yo os pregunto qué deseo puede despertarse en la carne de alguien a quien se le niega la voluntad. También escribió de mí que yo no era una mujer, sino un mundo, y también os creísteis ese disparate. Por

lo visto el hombre de los dedos manchados de tinta era uno de vuestros mejores en el arte de la fábula. Tenía que serlo, porque todavía hoy miráis a las mujeres de mi tierra y de las de más allá hasta donde nace el sol con los ojos lascivos de su fantasía. Ahora ya sabéis que Gustave Flaubert lo ignoraba todo de mi vida. Y también de mi muerte. No puedo jurar que la plaga viniera con él. Pero podéis estar seguros de que nos la infectaban extranjeros como él. Lo llamaban el mal francés y a los veinte años ya estaba yo toda llena de llagas. No quise esperar a que se me pudriera la carne. Una noche sin luna me escapé y fui a buscar a mi padre y a mi madre. Fui a buscar el pozo. Y ahora vivo en las aguas encantadas que deja la última lluvia caiga donde caiga. Las aguas se desencantarán solo con que turbéis la calma tirando una piedra. Las aguas se abrirán para vosotros solo con que las miréis cuando vuelvan a ser espejo. Y veréis quién soy de verdad, y sabréis mi nombre, y cómo suenan mis palabras, y todo lo que todavía no han dicho. Que no os asuste reescribir la historia estancada de las mujeres de mi tierra y de las de más allá hasta donde nace el sol. Da mucho más miedo dejarla así, con la cabeza hundida, embutida y amoratada, sin alma ni corazón.

Pero estas palabras no quedaron escritas en ninguna parte, se las llevó la última lluvia. Los guionistas del colonialismo eran solo de un bando, eran solo unos: un puñado de europeos calenturientos reprimidos hasta el último botón que soñaron tanto pan por el hambre que pasaban. El más influyente de todos, el padre de *Madame* Bovary. Primero, Gustave Flaubert difundiría con todo detalle en su correspondencia los delirios por encamarse con aquella muchachita egipcia, y después se los endilgaría a la actitud y a las carnes de sus protagonistas: Salomé, Salambó, la Reina de Saba… Y una pluma tan insigne a la fuerza tenía que crear escuela: una constelación de autores que todavía se leen hoy con fruición, reverencia y credibilidad. A partir de ellos, todas las mujeres orientales, ya fueran egipcias o chinas, princesas o pastoras, quedarían cortadas por el mismo patrón sesgado. A partir de Kuchuk Hanem, todas las mujeres orientales se escribirían igual de ilusorias y sexualizadas. Y así para siempre, como si fuera palabra de Dios.

Porque la descolonización de las tierras no conllevó la descolonización de los cerebros. Todavía tenemos la cabeza muy encantada. Siguen emitiéndonos una tarde sí y otra también la película que tan genialmente nos contó el turista sexual Gustave Flaubert. Y por eso parece tan normal que las mujeres asiáticas todavía tengan que soportar que juzguemos sus movimientos y las tengamos por sospechosas de Oriente igual a sexo, de Oriente igual a complacencia, de Oriente igual a sumisión, de Oriente igual a mutismo. Que todavía les comprometamos la dignidad con la bromita pringosa del *final feliz*.

Marisabidilla me ha picado con uno de sus reproches. Y es una tontería, con una pregunta no restituyo su *¡¿Reyes no?!*, pero la hago. Le pregunto a Wenling cuándo celebran el Año Nuevo y me arrepiento al instante. Lo único que voy a poder añadir cuando me diga la fecha es el animal que toca este año, porque eso sí que lo hemos folclorizado y merchandizado y, por lo tanto, aprendido. Pero no sé ni por qué lo celebran cuando lo celebran ni qué manjares deliciosos preparan y se comen ni qué significa para ellos… Ni cuánto les duele estar lejos de casa y de los suyos en una fecha de tal magnitud. Ya es tarde. Guapa, es año del… ¿Se dice pollo?, me pregunta arrugando la frente. El pollo es el hijo, no querrás decir el padre, el gallo, ¿eh? ¡Sí!, me dice con una gran carcajada. La miro y sé que está cavilando. ¿Cómo dice gallo en catalán? Gall, como el gall
d'indi
de Navidad, el que nos hemos comido estos días. Claro, muchas clientas dicen gall
d'indi,
¡yo ahora sé!

No lo veréis por escrito porque sería más largo que una semana sin pan, pero de ahora en adelante hablaré con Wenling al estilo *Digui, digui*. Con todo lo que suelte, palabra por palabra: gallo-gall, pollo-pollastre, y así todo. ¿Que se le puede indigestar? No os preocupéis, sabré ponerle salsa.

Me termina una manicura extraordinaria y me dice gracias, guapa, ahora yo come. Y se va dentro. Ojeada al reloj de pared,

¿tan tarde es? Las cuatro menos cuarto pasadas. Se ha esperado para cogerme.

Yo también visto señores cómo ríen, tú no caso… La masajista se me acerca, el cliente ya ha salido, y me lo quiere explicar. Aquí todos gente normal, no malos, masaje y ya está. Y yo muy contenta porque tiene muchas clientas doctoras, infermeras, chicas de ordenador… Tú no preocupa, yo bien, yo nombre Fen, y me hace una caricia en las cervicales que vale por una hora entera de masaje.

Pago hecha un flan y cuando abro la puerta se cuela Pol. ¡Vengo a ver a Haitao! Y ya sale el otro disparado. Después del choque del abrazo, se dan las manos, saltan, se ríen. Me quedo unos segundos con medio cuerpo fuera y medio dentro, atrapada. Con la cantidad de piedras del pasado que llevamos todavía en los bolsillos, ver a estos dos siempre me descarga. Me vuelven más entusiasta del futuro.

20

Me gustaría entrar. Solo para hacer una visita corta y despedirme. No estoy segura. Aminoro el paso. Adelante. Atrás. Adelante. Pero ya he llegado. Y se me traba la lengua. La muletilla esa tan penosa de empezar todas las frases con *no*. No, ya ves, pasaba por aquí… No, ni manos ni pelo, no tengo tiempo… No, pero un ratito sí… No, quería saber qué tal iba todo…

Cosa rara, me los encuentro mano sobre mano. Debe de ser la hora de la teleserie. Al principio los dos ponen cara de novedad. Pero Wenling lo entiende enseguida: Pasa, guapa, tú sienta, ¡yo contenta tú entra! Y nos ponemos a charlar como… como hacen los amigos.

Están un poco preocupados porque les gustaría tener más clientela, el sueldo de los empleados y el alquiler hay que pagarlos todos los meses sin falta. Y, además, la hipoteca del piso, el colegio de los niños… Tú ya sabe, como todas familias.

El local es de un *señor catalán* que también es el dueño de la frutería de Pep, de la peluquería de su clienta y de la mitad de la calle, me cuenta él. Que no es nada barato, pero de momento van tirando. Y eso sobre todo gracias a la cantidad de horas que tienen abierto. Es la única forma de no perder comba, aunque sea tan sacrificado, muy ¡muy cansado!, a él espalda duele siempre, dice Wenling. Una brizna de desánimo nos sobrevuela y nos hace callar.

¿Tú viaja China?, rompe Yang el amodorramiento. Sí, ella ya cuenta un día, ella viaja a China cuando joven, le recuerda Wenling. Y comprendo que a mí también me gustaría mucho oír pronunciar a menudo los nombres de mi tierra si viviera en la otra punta del mundo. Sacar el tema, aunque no viniera a cuento, como si nada, para que dijeran: Sí, estuve en Barcelona, en Montserrat, en Castellterçol, en Menorca. Y que lo repitieran. Barcelona,

Montserrat, Castellterçol, Menorca. Y con mucho gusto les cuento otra vez mi ruta. Sí, Yang, tenemos un primo que vive en China, y nos hizo de guía en Pequín,
Xi'an,
Pingyao y Shanghái. Claro, lo famoso, dice Wenling riéndose, y redondea este día tan inesperadamente valioso: ¡Tú y yo un día a mi ciudad juntas! Y hoy no se escapa, no: hoy aprendo que Wenling es de Qingtian, provincia de Zhejiang.

Me enseña en el móvil el hit de su ciudad: *las esculturas de piedra*. No me las regaléis, no quiero ninguna en el comedor. Aunque, desde luego, el resultado de trabajarles la piel a estos reconsagrados pedruscos minerales es para quitarse el sombrero. Pasa las imágenes con el dedo. Árboles que se enzarzan con algas y conchas. Un templo colgado en lo alto de un risco. Dos niños gordezuelos empujando un carro. Un tigre majestuoso congelado en pleno salto. Una cesta de fruta que dice cómeme. Hasta Mao se quedó de piedra ante las manos artesanas de los vecinos de Wenling. Y no es ninguna tontería, porque los primeros valientes que se atrevieron a ir un poco más allá, y otro poco más y más todavía lo hicieron para buscar nuevos mercados para estas tallas. Y desde entonces, la gente de Qingtian tiene clarísimo que no se gana nada con esperar a la liebre debajo del árbol: que hay que moverse para ir a buscarla donde sea.

Qingtian: *nueve partes de montaña, media de tierra llana y media de agua*. Cuando una región ha tenido que recitar este cartel de presentación desde tiempos antiguos, mal asunto. Seguro que las pasaban canutas. Seguro que el arroz tenía una casa muy difícil en Qingtian. Cuando no se lo llevaba la inundación monte abajo antes de la cosecha, lo agostaba la sequía. Porque si no lo hacían las nubes, a ver quién se subía allí arriba para regarlo.

Y sopesando en una mano ese puñado tan pobre de granos de la vida, los qingtianeses tuvieron que plantar en la falda de las montañas lo que llegaría a ser su segundo cartel: los boniatos. Porque esas raíces se agarraban a lo que fuera, no eran tan delicadas ni por exceso de agua ni por defecto, nacerían las suficientes para llenarles la tripa. Pero esas raíces tampoco tenían

mucha chicha, los delataba lo poco que podían gastar en arroz en el mercado, y empezaron a decirles de todo por causa de los boniatos. ¡No os caséis con esos pelagatos de Qingtian! ¡Por cada olla de boniato, solo una cucharada de arroz!, inventaban muchos dichos. ¡Los de Qingtian no comen más que boniatos secos hasta que se mueren! ¡Son unos comeboniatos muertos de hambre!

Hartos de vergüenza, los qingtianeses se pararon a mirar las montañas con ojos de clemencia: ¡Si comida no, concedednos algún otro don, señoras! Y las montañas se dejaron rascar y les respondieron: una piedra brillante que se descamaba y en cada capa brotaba un color. Una piedra blanda para el cincel que los convertiría en escultores. Una piedra untuosa a la que los entendidos llamarían pirofilita y que, por fin, daría buena fama a Qingtian.

Palacios y monasterios de todo el imperio acudieron a encargar sellos de piedra de las montañas de Qingtian. Pocos esparcían la tinta con tanto primor, pocos marcaban la firma con tanta precisión. También se apreciaban mucho los budas y los seres mitológicos que esculpían los artesanos de Qingtian, y la gente acomodada de todo el imperio se los compraba con los ojos cerrados. Pero toda esa exclusividad puede desembocar un buen día en cuatro gatos de clientela y cuatro chavos de negocio, y a bostezar de hambre otra vez. Y a finales del siglo XIX y principios del XX llegó ese buen día.

Los qingtianeses habían oído hablar de las ferias y exposiciones de artesanía como la suya que se hacían en las tierras de los bárbaros del este. Desenvolver allí su repertorio podía ser una buena propaganda, tal vez ganaran clientes de otras partes. El espíritu de su región siempre les había ordenado que se espabilaran, que se largaran, que se lanzaran al mar si era preciso. Se pusieron a hacer una colección de esculturas en miniatura, se las cargaron al cuello y se fueron. De Qingtian a Shanghái, de Shanghái a Marsella, y se plantaron en Europa.

Al principio fue todo un éxito, hasta ganaron premios en alguna feria. Y los premios les dieron ánimos para ir de puerto en puerto, de ciudad en ciudad. Primero solo con las figuritas y los sellos de pirofilita, después, con lo que cupiera en una maleta: bisutería, porcelana, té, corbatas, pastillas de jabón…

Pero los premios no fueron suficientes para los ánimos que necesitaban para estar de pie tres cuartas partes del día y dormir hacinados entre media docena de tipos más, después de haber comido solamente unos pocos fideos y un vaso de agua caliente. Porque los ánimos decaían enseguida con las miradas de reojo de los que se paraban a fisgar. Y con las miradas de reojo de los que no se paraban y desde lejos les lanzaban *¡Ching Chong!* Pero esos qingtianeses hacinados entre media docena de tipos más contaban las monedas del día y las calculaban en yuanes. Pensaban en los de casa, en todo el arroz que podrían comprar, y se tragaban las lágrimas. Y al día siguiente, vuelta a empezar, se lavaban la cara y a la calle a vender otra vez, atentos a cualquier negocio.

Desde Rusia hasta Portugal, tris tras, toda Europa. Y después de recorrer todo el continente, la mayoría prefirió quedarse en Francia, algunos en Italia y otros cuantos en los Países Bajos. Pero alguno prefirió bajar un poco más, cerca de África, y atreverse a explorar eso que se llamaba Xibanya y donde todavía no había llegado nadie de Qingtian.

En los años treinta ya eran unos cuantos los que habían elegido Barcelona, Valencia o Madrid para hacer parada y fonda. Y en las cartas contaban a los de casa que si en Xibanya no los tenían en gran consideración, tampoco los señalaban demasiado, que ya era mucho. Y que no era mala tierra ni mucho menos. Y que el clima era muy suave. Y la gente también, cuando se podía llegar a conocerla.

Y hasta hoy, que pasa lo que ha pasado siempre con los que se van de su tierra desde que el mundo es mundo: que van a donde tienen conocidos. De los chinos que se deciden y eligen Xibanya para vivir, todavía hoy ganan los de Qingtian por mayoría. Ahora muchas son qingtianesas. Y no van de un lado a otro con una maleta, ya no. Ellas observan, preguntan, piensan dónde pueden dar en la diana y se remangan para aprenderlo. Y hagan lo que hagan, siempre procuran que su trabajo nos deslumbre tanto o más que las primeras figuritas de pirofilita en ferias y exposiciones. Porque tampoco ellas han hecho todos esos kilómetros y todo ese sacrificio en vano.

¡Pero piedras no come! El marido de Wenling es bastante

aguafiestas, pero sabe lo que hay, y los dos me dicen que no, que allí no se puede vivir. Y que eran boniatos lo que tenía que comer Wenling de pequeña por falta de arroz, la hortaliza que el otro día no pudo arrancar. Y que ahora ya parece que todo el mundo come de todo, pero lo cierto es que cada día hay pocos más ricos y muchos más pobres. Y más rascacielos de lujo, y más montañas desmochadas, se lamenta él, que hace veinte años todo el mundo respetaba la tierra y no había prácticamente ni un semáforo, y ahora a Qingtian la llaman la pequeña Hong Kong por el resplandor tutticolori que llega a haber cuando se hace de noche. Y que la plaga del consumo es tan colosal que la gente mal de la cabeza, todos locos por comprar, que si no estrenas ropa todos los días te miran como si fueras un perdulario, no como aquí. Huy, verás cuando nos conozcas un poco más, ¡aquí también estamos muy tocados del ala! Me enrosco la sien con un dedo y seguimos la broma, pero dura poco, porque ellos quieren terminar el retrato de su China, que, lo que son las cosas, es lo que les sale por comparación con este estado nuestro del bienestar que se sostiene por la quietud porque nos lo están quitando a mordiscos. Pero Wenling y su marido no conocen otro, y, con la certidumbre que solo saben encender los ojos que lo han descubierto por primera vez, inventarían todo lo que a mí me ha venido de fábrica. Aquí hospital y medicamentos para niños, aquí abuelos cobra cada mes y hijos puede estudiar. Aquí, si gente trabaja mucho, gente vive. Aquí vive.

Un solo verbo. Solo, sin especificador, sin complementos, sin atenuantes. Vivir… y los techos de tela que muchos le ponemos para desaprovecharlo, en vez de apurarlo hasta la última conjugación.

Y ahora tengo que decirles que he venido a saludar porque vamos a estar unos días sin vernos, porque me han invitado a explicar documentales en la India, es decir, que no llego al nivel del *señor catalán* que es el dueño de la mitad de Gràcia, pero que también tengo un bolsillo bien forrado. Lo bastante hondo para poder permitirme una semana de vacaciones a mediados de enero, gastármelo y cruzar los cielos para ir a Calcuta. ¡Tú pasa muy bien, guapa!, me desean los dos al mismo tiempo.

21

TS Northeastern. ¿Qué clase de placa es esta? O ¿qué clase de nombre? Porque tiene que ser un nombre. A la peluquera que le lava la cabeza al cliente de al lado se lo leo perfectamente: Taruni.

Planta −1 del Taj Bengoli Hotel de Calcuta. Y es que no voy a describir la *intensidad* de las calles. Cosa que no se debe traducir necesariamente como que servidora es de hielo, porque las impresiones fuertes me las he llevado igual que todos los que habéis estado allí. Pero como fueron tan pocos días, ya se ha escrito y filmado mucha paja y a mí me falta mucho grano por comer, he preferido darle a la tecla *Spa* del ascensor. Traición a Wenling. Porque ahora ya no hacía fichas en ningún otro sitio, pero no me podía perder esta manicura.

Lo cierto es que la chica que me la hace a mí no parece originaria de Calcuta. No puede ser que por no ser de aquí le roben la identidad, ¿no? Aunque el ambiente está tan enrarecido que a saber. Registro la misma mirada esquiva en los ojos de los dos clientes y las tres clientas. La misma tos reseca, escapista, la que no soporta tanta hostilidad, la misma nariz que no está cómoda, las mismas caras embalsamadas. De cabeza al cero en contraste de humanidad, todos. Más vale que cuando salgan de aquí bien acicalados vayan por la vida con un poco más de ánimo, pobrecillos. Difícil concretar procedencias, porque no abrirán la boca en todo el rato, pero no sería ninguna burrada aventurar que entre las Petromonarquías y la Commonwealth colonizan todo el Beauty Salon de este hotelazo de Calcuta. La única representante de un país que no cuenta ni a escala económica ni a escala geoestratégica, por no mentar más que dos indicadores, sería yo.

El silencio es tan grande que no me atrevo a romper el hielo. Tengo la intuición de que aquí nuestro mediterráneamente no sería

bien recibido. Y la manicurista solo me ha dicho hello y enseguida se ha puesto manos a la obra. Pero ahora levanta la vista de mis manos. Me dice sorry, que se le ha olvidado darme a elegir color. Le pregunto si tiene algún rojo.

No será fácil, la mayoría de los esmaltes del muestrario son variedades de fucsia, cada una más estremecedora que la anterior. Y que no sean tornasolados ni con purpurina, poquísimos. Se lo digo. *Oh, yes, guests here like extravagant nails, but not me*… Revuelve unos segundos en el último cajón de la mesita y saca un frasquito. Es anaranjado, y por los grumos, calculo que del periodo predinástico egipcio. *This one!*, salto de entusiasmo. Servirá, aunque esté muy pasado. *Are you sure? Do you want me to ask for more polish? No, no, thanks, I was looking for this color*. Anda, no voy a marearla por una pintura que dentro de cinco días se me habrá mellado. Y aprovecho el hilillo de conversación: *I am visiting Kolkatta just for one week, I am from Barcelona, nice to meet you. Nice to meet you too!* Y una sorpresa tan poco estudiada solo puede significar falta de costumbre: nuestra presentación deja tan pasmados a dos petrosúbditos y a una *commonwealther* que les revienta un tomate en cada mejilla. La sangre, que ya empieza a manar y a distribuir vida. Me alegro por ellos.

Me llamo… Me quedo

KO

con la retahíla de cinco o seis sílabas. Y me la tiene que repetir para que sea capaz de pronunciarla a medias. Escribirla ni de lejos. Cuando salga de la sesión de manicura comprobaré mi nula capacidad para reproducirla. Se entiende que prefiriera que le grabaran solamente

TS

, ¿verdad? La clientela que le preguntaba el nombre, por poca que fuera, la ponía en un aprieto, trabándose tanto. Lo que no fue iniciativa suya es que le endosaran una coordenada por apellido: Del noreste.

TS procede del Himalaya, es de cultura lepcha y su país es Sikkim, un reino antiquísimo metido con calzador entre Nepal, el Tíbet, Bután y la India, que se lo queda en 1975 y lo enmaraña en su pugna con China por el Tíbet. De ahí la coordenada. Se la

colgaron un mal día del año 2014.

Todavía estaba tierno el histórico reconocimiento mutuo de fronteras —de acuerdo, aceptamos que la Región Autónoma del Tíbet es China; pues de acuerdo también, aceptamos que Sikkim es India—. Tierno, como una carretera recién asfaltada, y el presidente chino viajó a la India, una visita de altos vuelos, nadie tenía que salir cubierto de alquitrán. Ninguna salpicadura en la sopa, ninguna cara tirando a tibetana a la vista. Evitar situaciones incómodas es coser y cantar cuando tienes el poder: todas las personas que no tuvieran cara de indio indio, en casita, prohibido ir a trabajar hasta que terminara la crucial visita. Y la forma de controlarlo escrupulosamente consistió en señalarlos como si tuvieran la peste. Por si acaso se les escapaba alguien como

TS

y se presentaba en su lugar de trabajo, en los sótanos del Taj Bengol Hotel. Ella, que ni siquiera era tibetana, un peligrosísimo agente de la antidiplomacia. Sus rasgos podían recordar a alguna autoridad china que apareciera en el hotel que sí, que todavía había tibetanos en el mundo, que no se los ha tragado la tierra, que el Dalái lama, además, está vivo y que, ¡oh, cielos!, está exiliado en esa misma tierra india.

Y todo esto lo sabremos porque desde entonces no le han renovado la placa del uniforme. Dejadez no rima con bajeza, pero se llevan muy bien las dos: trabajo hecho, si alguna vez vuelve algún pez gordo del gobierno chino. Y perpetuada queda la denigración.

Creo que hace falta estar muy mal de los nervios para ejecutar una ofensa como esta. Más o menos tan neurasténico como cuando el maldito Franco iba a Cataluña y encerraban a mi bisabuelo republicano en via Laietana.

TS

creía que yo era italiana o francesa, no sabe nada de nosotros, natural, pero confraterniza con lo que le cuento de la represión en la posguerra.

Y ¿los clientes momia? Se me habían olvidado por completo. Cuando los busco después del relato de

TS

ya no están, solo queda un petrosúbdito. Pegado al espejo, se

toquetea una muela con unas pinzas de las cejas. No sé si nos habrá oído y ha elegido esa maniobra tan retorcida para disimular. O a lo mejor no le interesa para nada la historia de una persona tan lejana y tan inferior y es un auténtico cerdo.

Y yo también tengo que irme ya, han pasado los diez minutos, las uñas deben de estar secas. Take care, le digo sin pensar, y le doy dos besos porque no me atrevo a abrazarla. *Next time, the manicure will be in the place where you belong, but I wish it was here with me!* Y ahora sí que me cuelgo de su cuello.

22

La jefa está de vacaciones. Como no reacciono, esa chica tan joven a la que no conozco me lo tiene que repetir. La jefa, de vacaciones. ¿En sèrio? Y se ríe, en serio, en serio… Me llamo Jin, ¡mucho gusto! Me manda sentar a la mesita de manicuras y empezamos a hablar. Todavía me zumba el *de vacaciones* en la cabeza, pero me distraigo oyéndola y viéndola moverse. Cómo no. Es espabilada como una centella.

Llegó de China a los doce años y fue a parar a Riudellots. ¡Una peste a mierda de cerdo! Lo primero que pensé cuando llegué aquí, cada vez que abrías la ventana, y se tapa la nariz con dos dedos, ¡puaj! Nos partimos de risa. Sobre todo cuando le cuento que a mí me pasa lo mismo cuando voy a Vic. Mis amigos de la Plana no quieren reconocerlo, que qué tonterías digo, pero la pestilencia de los daños colaterales de la somaia siempre me sorprende.

Después de La Selva estuvieron en Barcelona, Madrid, Sevilla, Valencia, Málaga y, al final, las Canarias. Su madre está allí, es la propietaria de un bazar, pero a ella le gusta más Barcelona. Ahora tiene veinte años y está ahorrando para pagar el traspaso de un bar con su novio. Manicuras toda la vida, nada de nada. Está convencida, tiene un plan. Percibo un talante en Jin que me resulta familiar. Me parece que es el derecho a elegir. Cómo se lo reconoce, cómo se lo otorga. Y quiere explicarme con detalle cómo funcionan los traspasos, que luego aquí os pensáis cosas raras y es porque no se entiende que nuestra costumbre es que entre toda la familia te dejen el dinero. Y cuando dice toda la familia se refiere a la familia en sentido amplio, amigos incluidos, todos tienen que arrimar el hombro, todo el mundo tiene que participar en el mecanismo de confianza y crédito que es oxígeno para ellos. Los padres más, claro. Por eso su madre no cierra ni los domingos y no gasta en nada más allá de lo poco que se llevan las tres comidas. Y los padres de él

también, lo guardan todo para que su hijo pueda encaminarse. Y que mientras reúnen el pastizal para el traspaso, ella estudia castellano e inglés, para el futuro, me dice, porque un bar toda la vida tampoco. Lo comprendo, pero me fastidia que el catalán no esté entre sus prioridades. Parece que me ha leído el pensamiento. Me cuenta que solo pudo estudiarlo un año, hasta los trece, porque tuvo que ponerse a trabajar, y con tanto traslado se le ha ido borrando. Pero lo hablaba, y si se quedara en Barcelona le gustaría aprenderlo bien.

Si se quedara… le gustaría… Es evidente que los subjuntivos y los condicionales no nos van a favor. Empiezo a cavilar en las debilidades de nuestra lengua y una voz me las dispersa. ¡Wenling no está!, me dice él al entrar en la peluquería, cargado con bolsas de fruta de Cal Pep y bastante preocupado. Padre cabeza mal, ayer noche billetes y hoy marcha. Ostras, ya decía yo… ¿Vacaciones? ¿Wenling? Tenía que ser una causa de fuerza mayor. Y como Jin ve que no soy una clienta volandera, ahora me dirá la verdad.

Al padre de Wenling le han diagnosticado cáncer, un tumor en la cabeza. No durará más de un mes. Nos quedamos las dos hechas polvo. Ella con mayor motivo. Me cuenta que a su abuelo también le han sentenciado un linfoma y se le humedecen los ojos. Vale que tiene más de ochenta años, pero yo siempre estuve con mis abuelos, son lo más importante de mi vida. Lo dice con una rotundidad… un abuelo que también fue cemento. En mi país mucho cáncer, y en la zona de donde venimos nosotros, la provincia de Zhejiang, más. No hay investigaciones que lo demuestren porque no puede haberlas, porque el gobierno lo oculta, me cuenta como si fuera una película de miedo, pero con esa locura desaforada por abrir fábricas y más fábricas les han infectado las tierras, el aire y los ríos. Y ahora, así están, contando enfermos y muertos como quien cuenta moscas una tarde sofocante de finales de verano. Niños pequeños con cáncer de pulmón en mi pueblo, ¡niños! ¡Muchos! ¿A ti te parece normal? Me coge un dedo y me toca la punta de una uña. Ya puedes irte, con cuidado, ¿vale? Se levanta y me da dos besos: A reveure!

Mañana hace una semana. Un poco poco para las uñas. Pero es más que suficiente para preguntar si Wenling ya ha vuelto y qué tal está su padre. Me recibe él. Hoy lleva el tupé caído, mal asunto.

¡Noooo! ¡Nooooo! ¡Wenling semana que viene! ¡Manicura noooo! No sé si alargar las vocales sirve para ilustrar su ruego, porque es lo que es. El de una persona que ha dicho lo mismo trescientas veces y contigo son trescientas una. Entre desesperado y más que desesperado. Tranquilo, le digo tan repipi, que me coja Jin, que lo hace superbién. Y ahora sí que hasta se agacha. Da unas palmadas y pone cara de necesitar urgentemente el alféizar de una ventana. Para tirarse. ¡Noooo! ¡Noooo! ¡Jin China! ¡Abuelo!

¿Qué? ¡¿Que se le ha muerto el abuelo?! ¡¿A Jin?! ¡¿Ella también se ha ido a China?! Y a cada cabo que ato, a él se le afloja un nudo. ¡Sí! ¡Sí!, grita victorioso. ¿En serio? ¿Abuelo Jin muerto?, lo telegrafío para asegurar la fiabilidad de la conversación al cien por cien, porque sí, a mí también me parece imposible. ¡Sí! ¡Abuelo Jin muerto!, y abre los brazos, aliviado.

Hemos llegado a un punto en el que podría pasar de todo, así que me aventuro: Y ¿el padre de Wenling? ¿También ha muerto? ¡Casi! Y empieza a reírse él, se lo contagia al peluquero artista de jubiladas y hasta yo estallo también. Los nervios tienen que salir tarde o temprano, más vale que espumeen.

Las risas se apagan poco a poco y con los últimos ayes nos calmamos. Qué mala suerte… Lo siento mucho por Jin, pobre chica. Y cuando iba a despedirme y a decir que volvería la semana siguiente: Pelo ya largo, tú sienta, espera poquito. Pues a obedecer tocan. Ah, Sesi ya lo sabe. Me dijo que soy de lo que no hay y le dio el visto bueno profesional. Un vistazo por delante, uno a cada lado de la cabeza y una palabra: Perfecto.

Voy a sacar el libro, antes escaneo. Y me huelo que hoy tampoco recogeré muchas notas. Solo hay una chica y se amodorra mientras el marido de Wenling le plancha las puntas. Cero juego. Y un señor que, nada, cuatro pelos, lo esquilarán en menos que canta un gallo. Pero, ojo, porque quiere que le corten los cuatro pelos con tijeras. Lo pide por favor, pero con unos malos modales… Dice maquinillas de rapar con una repugnancia como si le hubiera amenazado la carótida de muerte con una. La carótida… Menudo desaguisado que debe de ser que te seccionen una arteria tan importante. El Cuatropelos se quedaría tieso si al peluquero artista se le escaparan las tijeras, chas, en el cuello. Más vale que me dedique a la lectura.

En cuanto abro *La hija extranjera*, oigo el jaleo de los niños.

Llegan del colegio como llegábamos todos: desbocados, sudorosos, hambrientos. Y muchos también íbamos directos a una tienda: a las Confecciones Juanita, a los Ultramarinos Malet, a la Sastrería Canal. El cuartel general de mi hermana y yo era una cuchillería. Fíjate, aquí usan las tijeras y allí las vendíamos y las afilábamos… ¿Libro guay?, me pregunta Haijun. ¡Muy guay! Es de una escritora que sabe muchas palabras y cuenta cosas importantes, se llama Najat El Hachmi, ¿te leo un poco? Y está sin respirar casi tres páginas. Bueno, los dos, porque Haitao se ha acercado a husmear y también se ha quedado clavado. Levanto la mirada, a ver si siguen ahí: embelesados. Pienso en cómo sacar provecho de esta fascinación y enseguida me acuerdo del Info K. ¿Sabéis lo que es? Si veis ese programa aprenderéis muchas palabras guais y cada vez entenderéis mejor el catalán, y os gustará más y más, y siempre querréis leer estos libros que traigo y ¡ya no podréis parar! Pero primero Info K: *play*.

Me toca, dejo a los niños con el móvil, pero al momento vuelven a apiñarse a mi lado. Con las prisas, no he apretado el botón del programa entero, solo un clip, y quieren más. ¡Igual, igual! Era un reportaje sobre una escuela de Viladecavalls que recicla comida para hacer compost para el huerto que han montado en el patio. Les hace tanta gracia ver a niños como ellos que me preguntan si algún día saldrán las Hermanas. Me pillan con la guardia baja, porque de acuerdo, sí, ya sé que es un buen peluquero, pero sigo supervisando todos los tijeretazos, y digo sin pensar: Se lo preguntaré, a ver si tienen que ir a grabar a las Hermanas algún día. ¡Oh! ¿Tú conoces? Y ahora sí que me enredo. Sí, trabajo en el área de documentales y ellos en los informativos, en el edificio de al lado. Y ¿tú sales en la tele? A veces… ¡Tú busca, tú busca!, dice Haijun. Haitao lo repite con más fuerza, ¡Sí! ¡Busca, busca!, y con la boca tan llena de chucherías que nos ducha a todos. Se me incrusta un osito en la nuca, proyectiles de regaliz en el espejo, en el brazo de su padre, en el suelo, y le riñe: ¡Tú sucio! ¡Tú lava! La verdad es que le colgaban hasta de la nariz.

Mientras esperamos a que vuelva del baño, Yang me lava la cabeza. Con los ojos cerrados, me doy cuenta de que hoy no sé si me habrá dejado el flequillo torcido o me habrá amputado las patillas, los niños han conseguido que se me olvidara. Me seco con

la toalla y tiran de ella. Va, va, pon, pon. Calculo que ya habrán colgado el último documental. Le digo a Haijun el nombre de la miliciana más famosa sin serlo y ella lo escribe impecablemente en el buscador: Marina Ginestà. Y clica. Creo que no entienden nada, pobrecitos. Es más bien para gente mayor, les digo, para vosotros es mejor el Info K de antes. Pero ahora me ven y vuelven a alborotarse. Congelan la imagen, ¡mira, mira!, dicen al mismo tiempo, y van a enseñárselo a su padre. ¿Quién es? ¿Quién es? ¿Quién es? Él primero deja el champú y sale de detrás del lavacabezas sin ninguna intención de tropezar. Se acerca a mirar el móvil, dice *ella*, y me señala como si nada. Este tío macanudo.

23

—¿Qué? —Y él ya me entiende.

—Padre no muerto.

—¡Hola! —me saluda el niño, y pregunto a Yang si se portan bien.

—Sí, mejor sin madre —me responde el muy tonto.

Haitao enseguida contradice a su padre con unos cuantos nos y unos cuantos manotazos en los brazos y en las piernas: busca el móvil. Él se quita al niño de encima riéndose y acaba cediendo.

—¡Todo el día teléfono con madre! Si padre igual, Wenling vuelve viernes.

—Pues me parece que el viernes no puedo venir, tenemos rodaje… Dale un beso de mi parte, Yang.

—¿Beso? Jajaja, ¡beso es para novios!

Cuánto lo sentiría si un buen día no me los encontrara. No, sentirlo, no. Me parece que lo que haría es dolerme.

24

Ese perfil es suyo. Da el masaje del final de la manicura a una chica que está en un tris de quedarse dormida. Me siento cerca de ella, pero no quiero molestarla. No le digo nada, cuando me mire, que es ahora, porque nunca se le escapa nada. Viene y nos damos las manos.

Me duele ver a Wenling tan pálida, tan agotada. Por el viaje, por el padre que ha dejado allí muriéndose, por la llamada que le anunciará que ya está, por el otro viaje que le espera. Ahora está en el hospital con su mujer, me dice. Y con los diez dedos en la garganta hace el gesto de ahogarse. Primero el tumor le robó el conocimiento y ahora le quita el aire. He dicho que sobraban las palabras. Pues por lo visto no me lo he creído del todo y como cuando me pongo nerviosa se me disparan, saco a relucir al abuelo de Jin.

Qué mala suerte, pobre chica… Sí, pero abuelo de Jin muy mayor. No es que diga que le tocaba, pero se le parece mucho. Patinazo. El padre de Wenling no tiene ni setenta años y, además, me acabo de saltar una ley sagrada: no consueles a nadie con penas de otros. Zanjo el tema como puedo, es decir, hablando más. Le pregunto si quiere que le traiga melatonina para poder descansar. ¿Pastilla?, pregunta. Sí, para antes de dormir. No, gracias, ¡pastilla no!, me dice sacudiéndose la idea de encima con un escalofrío. Tranquila, yo mañana toma más café, gracias, guapa.

Qué distinto andaría el mundo si las palabrotas no fueran siempre por delante. Si lo primero que nos enseñaran de la lengua de los demás fuera a querer y a compadecerse, ¿quién se atrevería a no ser persona?

25

Ahora siempre tengo el mismo dilema. ¿Le pregunto por su padre o no? Estaba en las últimas, o sea que tendría que haber muerto ya. Pero si hubiera muerto, ella no estaría aquí, se habría ido a cumplir con sus obligaciones de hija en un entierro formal. Da igual que en vida fuera o no fuera un buen padre, la tradición exige que le haga una despedida como Dios manda. Porque mejorar, el pobre hombre no mejorará por mucho que me interese. Y otro peso más para la balanza: ¿no la estaremos privando de su derecho a la evasión? Si cada clienta que viene le insiste con el padre, el padre, el padre, la buena intención se vuelve castigo. Seguro que piensa de sobra sin que se lo recordemos: veo que ahora lleva el móvil colgado al cuello en una bolsita de tela. Seguro que es por miedo a perder la llamada. Debe de estar esperándola a todas horas. Se acabó, no le pregunto nada.

Hola, guapa, ¿manos? ¡Sí, manos! ¿Qué tal estás, Wenling? Así así, gracias, tú espera poquito, ¿vale? Me arrellano en el sofá y me doy de narices con David Beckham. Tiene la cara pegada a la puerta de cristal de la entrada. No me había fijado hasta ahora y no sé qué pinta en un cartel de cera para el pelo. El tupé no destaca ni el diez por ciento de lo que le brillan los dientes. ¡Qué blancura tan alienígena! Como si se hubiera puesto las botas de tiza y quisiera convencer de probarla, ¡puaj!, miro a otra parte. La señora de al lado tiene el *Lecturas* abierto por una página que, lo juro, anuncia *lo último en blanqueamiento dental*. Seguro que los Beckham también la reciben en casa todos los jueves, y que también les instruye.

Antes de hacerme la manicura, Wenling reparte unas cuantas instrucciones a los niños. ¡Deberes de chino!, me traduce Haijun con cara de susto. ¿Difícil? ¡Mucho! Van a clase los sábados y entre

semana deben practicar caligrafía, pero siempre protestan cuando tienen que hacerlo. ¡El chino tiene cincuenta mil caracteres! ¡Hala, sí que será difícil, sí! Y enseguida me trae la libreta abierta. Y atención, porque ahora voy a meter la pata hasta el corvejón: voy a preguntar a Haijun si escribe chino con bolígrafo o… con pincel. Sí, habéis leído *pincel*. ¡Jajajajaja! ¡Noooo, con boli! Qué tonta parezco, ¿verdad? Un poco, ¡jajajaja! Y ahora que empezábamos a pasárnoslo bien, Wenling nos quita la baraja. Tú, guapa, manicura, sienta. Y a los niños, algo así como adentro, desfilando, vamos. Ellos estudiar, no solo jugar, me dice descongelando el rictus de hace solo un momento. Culpa mía, perdona. No pasa nada, guapa. Sonríe, coge el algodoncillo y empieza a quitar el esmalte viejo.

Y mientras me lo quita, yo asocio. Y el pensamiento, que siempre va por libre y no calcula los inconvenientes, vuela en dirección a las adopciones. De niñas chinas concretamente. Mi primer jefe hacía un curso de caligrafía china cuando lo conocí. Y juraría que tenía que hacerlo con pincel… Estudiaba la cultura del país de origen de las que serían sus mellizas mientras esperaban a que los avisaran para ir a buscarlas. Aquel mes de julio tuve la suerte de verlas llegar de China. Cómo se aferraban a la madre que tanto habían echado de menos, cómo aprendían a digerir los alimentos nuevos, cómo se les llenaba la cabeza de pelo, cómo descubrían el placer de un baño, cómo iban creciendo, identificándose, riéndose. Yo era muy joven, nunca había visto un remolino de emociones tan vivo desde primera fila y se me quedó grabado.

Pero los ecos de un recuerdo entrañable pueden volverte una bocazas sin una pizca de cacumen. Porque se lo conté como si Wenling pudiera compartir mi sentimiento. Parece mentira. Como si ella no tradujera las palabras Adopción de Niñas Chinas por Política del Hijo Único. Y como si detrás de este aséptico enunciado burocrático no se amontonaran más de treinta años de abusos de los derechos humanos.

Y no era tan difícil, con lo sabia salomona que creo ser. Pero imaginarme la herida que esta *política* abrió en tantos millones de mujeres chinas tenía que haber comportado pararme un momento a recapacitar. Y nunca te paras. Por si acaso, al recapacitar, te dieras cuenta de que la suerte de unos pocos se debe a la desgracia de

unos muchos.

Cuando Wenling no quiso devolverme una respuesta y desvió la mirada mientras le contaba la *experiencia* de haber conocido a dos mellizas chinas adoptadas, no era porque no me entendiera. Pero para explicarme la otra cara de un asunto tan grave necesitaba palabras igual de graves —control político de la reproducción y de la maternidad, intervención estatal en el cuerpo de las mujeres, esterilizaciones masivas, abortos selectivos, infanticidios femeninos, abandonos…— y ni ella tenía las mías ni yo las suyas. De ahí el silencio. Para que dejáramos el tema, para que lo dejara yo. Después de unos minutos de confusión, dijo: para mí esto muy difícil, muy triste… Y me cosí la boca de una puntada.

¿Dónde narices pone *Aprenderás a callar* en los Diez Mandamientos? No sirven ni para eso.

26

Veo que la banda sonora de hoy es una voz metálica. *No tengo ningún gato. La sopa aún está fría. Mi amiga tampoco viene mañana*. El maestro de castellano de Wenling es una aplicación de móvil y acusa una clarísima falta de disposición a la alegría. Con las clientas de uñas en fase de secado y las de pelo controladas, Wenling no pierde ripio. Repite las frases que le dispara el generador hasta que logra la pronunciación. *No tengo ningún gato. La sopa aún está fría. Mi amiga tampoco viene mañana*. No me extraña tanto infortunio, menudo panoli. Qué alivio que sea virtual, no tener que verle la cara de pocos amigos. Muteo el hola. Me siento sin decir nada y finjo que leo. Y un poco me escondo. No puedo evitarlo. Ver cómo discurre las cosas, cómo se organiza, cómo lo soluciona. Si su reino no fuera una peluquería de barrio… Ya lo creo que volaría alto. Wenling solo tiene cuatro paredes y un teléfono, pero ve más allá de sus narices. Será por eso por lo que todas vamos a resguardarnos con ella.

¡Que no soy una aparición, tía, que soy yo! Wenling planta al maestro gafe y se va directa hacia la chica que acaba de entrar. ¡Tú mucho tiempo! Se dan un largo abrazo y el relato no se detiene. Quedo integrada, es decir, me integran. Porque Wenling ya me había interceptado, me ha dicho que me siente y empieza a prepararme las manos pendiente de lo que cuenta. Me llamo Mireia, cómo mola este color rojo, hola, mucho gusto.

Tiene diecinueve años y es clienta de la peluquería desde los quince. Todo lo que ganaba haciendo canguros se lo fundía en cera en la pelu de Wenling. Era la única que no le arrancaba el alma, además de ese enmoquetado tan hirsuto. Hay que decir que Mireia es de la generación que se está quitando de encima el yugo de la

depilación, bravo por ellas, y primero trataba a sus pelos como si no merecieran la extinción, como si solo fueran una parte más del organismo con propósitos y funciones incluso esenciales. Pero ¡joder, mis colegas que se los dejan a la vista no tenían esta mata! Ella no se atrevió, tuvo que buscarse aliada en las estéticas del barrio y pasar por el aro. Y no encontró a nadie con mejores manos que Wenling. Ni con mejor trato. En los sitios más pijos siempre te encuentras con pavas que te miran con cara de asco. Porque Mireia lleva las orejas normativamente horadadas, como la mayoría de las criaturas que todavía se marca solo por llegar al mundo con vulva. Pero cuando los agujeros se hacen un poquito más allá, ay. Es bastante intrigante que los pendientes deslocalizados sigan molestando más a quien no tiene que llevarlos colgados. Mireia lleva tres en cada ceja y dos en la nariz. Y son picudos, de los que no piden perdón por respirar. Aquí no te ponen la puta etiqueta, a ti también te mola venir, ¿no? Y me mira con unos ojos tan preciosos y tan azules… Me alivia verle manchas en el esmalte de los dientes. Sí, he pensado que una cosa compensaba la otra, lo reconozco. Más abominable es que la belleza todavía represente un peligro para las mujeres.

Mireia también lleva tatuajes, veo que se le escapa la cola de uno, con la blusa vaquera remangada. Y que le estallan dos flores de vivos colores en los tobillos, entre los leggins y unas deportivas desbocadas y mal atadas. Ropa cómoda, lógico, la que se busca cuando se acaba de tener un hijo.

¡¿Tú?! ¡¿Tú tiene un niño?! Wenling se quita la mascarilla de un tirón. Ya, tía, soy muy joven, estáis flipando mucho, ¿verdad? Por eso llevaba tanto tiempo sin verla. Le perdió la pista y se perdió la barriga.

Cuando estaba de dos meses y medio se quedó a vivir en el pueblecito de sus abuelos, el de los veranos, en la Costa Dorada. La madre de Mireia es de los vecinos a los que la chusma inmobiliaria ha echado del barrio. De lo malo malo, mejor hipotecarse para apuntalar el pisito de la familia que tragar con el triple de alquiler y comer aire. Ahora, en el pueblecito de la Costa Dorada, pueden acompañar el aire con pan.

Pero hoy Mireia se ha cansado del pueblecito. Se ha hartado de las grietas, de la tendinitis y del dolor de riñones, y ha pedido a su

madre que fuera a la farmacia. Se ha quitado de encima la carga de amamantar sin las dificultades que da a otras muchas pasar noches en blanco. Cuando se tiene un sueldo, tiempo y libros, los diálogos con la conciencia pueden llegar a alargarlo todo mucho. Ella solo ha necesitado tres meses de experiencia maternal, un biberón y leche artificial. Y dicho y hecho. Ha calentado agua, ha deshecho el granulado, ha comprobado la temperatura y le ha enchufado al niño. Gracias, mamá, ¡te quiero! Y con la vuelta de la farmacia ha comprado un billete para venir a Barcelona.

Gràcia cada día es más cutre, pero se echa de menos a las colegas… y también quería ver a esta, y le da un pellizco a Wenling en la mejilla. Gracias, guapa, yo piensa que tú hace… Tú ya tiene niño, vale, pero tú ahora más cabeza. ¿Qué pasa con universidad?
Se financiaba la depilación aguantando a los niños de los vecinos, pero lo que más le gustaba del mundo se lo pagaba despachando legumbres cocidas los sábados en la plaza. Aquellas cazuelas pesaban un huevo, pero ¡la mañana pasaba volando! Y Mireia pudo comprarse un ordenador. Sí, tía, la carrera se ha ido a la mierda, los profes también se quedaron hechos polvo… No fastidies, Mireia, y ahora la ingeniería informática, ¿qué? Tenía la nota, hostia, la tenía. Y en vez de concentrarse en los fundamentos matemáticos, la programación y la estructura de los computadores, ha tenido que aprender los tratamientos para el cólico, para las erupciones y para la otitis. Estoy hablando solo de lo chungo, pobre niño… A veces, cuando me mira mucho rato, me da pena. Y nos lo enseña en el móvil. Los mismos ojos azules, cara de pan, la frente preocupada. Si creo que lo quiero, joder…, pero cuando me agobio, cuando pienso qué hostias voy a hacer… me da mucha rabia haber sido una gilipollas, joder… Pero es que fliparíais con la de pavos que sudan de ponerse condón… tengo amigas que han follado a pelo por no quedar mal, para que las dejaran en paz en el insti, para terminar con el puto tema. Pero bueno, lo mío no fue por el condón, joder… No me mires así, Wenling, yo a ti no te puedo engañar. A la peña le digo que no llevaba goma, pero no. Yo no follé. Yo lo que no pude fue quitarme de encima a un pavo, que no es lo mismo.

Era de madrugada, ya no quedaban ni la luna ni los camareros del chiringuito. Iban por la playa, de retirada, hablando de todo y de

nada. Las greñas al viento le golpeaban la cara. A Mireia le hizo gracia el sabor a salobridad y le dijo que lo probara. No que se desabrochara los pantalones. Al principio no se asustó, estará de broma, yo no quiero follar con este pavo. Era del pueblo de al lado, amigo de uno de la pandilla de toda la vida, y le dijo que parase creyendo que naturalmente pararía. ¡¿Qué haces?! ¡Te acabo de decir que no! ¡Que me dejes, joder! Pues no la dejó. Y con toda la fuerza de la bajeza la tiró a la arena. Dio igual que Mireia lo arañara, le escupiera, le gritara y lo coceara a vida o muerte. Ya la había reducido. La aplastó, se hurgó en la entrepierna, y no le importó tener que luchar contra ella todavía un buen rato más. Hasta que remató el atentado.
Y como en esos pueblos todo el mundo se conoce, pues me callé como una gilipollas. Y ni policía ni nada. Ni me acuerdo de cómo me levanté y llegué a casa. Solo sé que lo veía todo borroso, que me quemaba el cuerpo, que me explotaba la cabeza. ¡Estuve una semana encerrada en mi habitación! Nunca me había rayado tanto, ¡estaba acabada! Y ahora vais a flipar: el pavo me llamaba al móvil, ¡quería verme! ¡Se creía que estábamos juntos, el muy subnormal! No soportaba más el puto samsung y al final se lo conté todo a mi madre, antes no podía, joder, no podía decirlo en voz alta. Y mi madre solo lloraba. Pero al día siguiente me dijo: ¡Pocos pendientes puntiagudos, Mireia! Uno ahí abajo le habría hecho picadillo el capullo, ¡le habría dejado un colgajo pelado goteando orina día y noche! Y fue a buscarlo a su pueblo. Lo agarró por la camiseta y lo llevó a rastras por la calle diciéndole de todo, Y ¡mi madre solo mide un metro y medio! Pues lo dejó hecho un cromo. No volvió a llamar nunca más. La putada más putada de todas ya la sabéis, porque no me atreví a abortar, no me salió del puto corazón. Y no lo podré olvidar en mi puta vida.

Desde luego que no. Porque, aunque no vuelvan a verse ni a dirigirse la palabra, el pavo que violó a Mireia una noche de verano en un pueblecito de la Costa Dorada no se esfumará. El pavo seguirá viviendo en el pueblecito de al lado y saldrá a la calle como siempre. Y será más popular que nunca, y hasta parecerá una buena persona. Castells, fiesta mayor, arroces, el gran recapte, siempre el primero. Un pavo en el que confiarán sus padres, sus amigos, su

pareja, sus compañeros de trabajo y sus vecinos. Un violador al que respetarán. Quizá los primeros años todavía se acuerde alguien de que hubo algo raro en aquella relación con la chica de Barcelona que tuvo un hijo sola. Porque lo llamarán *relación*. Pero poco a poco el rumor perderá vigencia hasta que no quede nada, cuando lo vean pasar preocupado por alguna solidaridad que organizar. Y será tan modélico que un día lo nombrarán candidato del partido que siempre ha cortado el bacalao en su pueblo. Y será alcalde, porque lo que hace falta es juventud sana, ¡como tú! Y ese alcalde recién estrenado dará su primer discurso. Y elegirá el tema de la violencia machista. Y hablará del plan que hemos implementado para terminar con esta lacra de la sociedad, del compromiso personal que asumo para luchar por ello. El pavo ese, el violador, se comprometerá. Pondremos en marcha un servicio de veinticuatro horas para actuar ante cualquier agresión sexual. Y se subirá a la parra. Os puedo asegurar que seremos implacables con los que campen impunemente por nuestras calles, con los enfermos que violan y matan a las mujeres. Sí, dirá *enfermos*. Él, el pavo, el violador. Y mientras lea el discurso, la hoja irá perdiendo cuerpo y se le pegará a los dedos. Por la adrenalina, por las ínfulas del poder, por la inyección de justicia. Y por la humedad. Porque aquella tarde, en aquel otro pueblecito de la Costa Dorada, se levantarán rachas de viento cargadas de salobridad. La salobridad. Lo único que aquella noche tenía que haber probado él, el pavo, el violador, el alcalde.

Soplamos el té, que quema como un demonio, es lo único que se oye. Antes de llegar a aquella madrugada en la playa, Wenling ha visto venir la tormenta y nos ha llevado dentro. Ha sido la primera que ha podido moverse, la primera que ha podido dar la orden a las piernas y a las manos: la orden de poner remedio, calma, refugio, mimo y respeto. Y todo eso, en una sola acción, en las casas chinas quiere decir té. Hoy, variedad verde resucitamuertos.

Estamos las tres cabizbajas, no sabemos cómo despegar el abatimiento del suelo. Y si no fuera porque tenemos que sujetar el vaso, también nos colgarían los brazos. Pero ahora Mireia levanta la cabeza y me mira asustada: ¡Joder, qué malo! Exagera el mohín y se vuelve hacia Wenling. No te ofendas, tía, pero esto, sin azúcar, ¡no

hay quien lo trague! Y Wenling se mosquea. ¡¿Tú qué dice?! ¡Tú no sabe! Un té verde resucitamuertos y buscabroncas. ¡Que no sé tomar té, dice, sí, hombre! ¡Esto es peor que las hierbas que me daba mi abuela para el dolor de ovarios! Te has equivocado, Wenling, ¡esto es una pócima, tía! Y las dos dejan la taza en la mesa, retiran las sillas y se enfrentan. También se tronchan de risa. Hacen como si se empujaran, como si se dieran algún manotazo, juegan. Hasta que llega lo que buscaban. Hasta que se abrazan.

Yo me largo de la cocina, esta escena solo puede ser suya. Echo un vistazo a la peluquería y me siento. Soplo el té, que todavía quema, y le hago los honores que tanto se merece.

27

¡Tú mucho leer! Se me aparece un duende por detrás de los relatos de Joyce Carol Oates y me los quita de las manos. Es difícil ver a Wenling ligera de carga, animada, sin las riendas en las manos para arrear al día. Ojalá le dure mucho. Para contribuir, hoy tampoco le voy a preguntar por su padre. Y a ti ¿qué te gusta leer? Se me acerca al oído: yo, libros muerte… Y se pone roja como una amapola.

Le doy vueltas a lo que ha dicho y no puedo hacerlo más fuera del tiesto. Anuncio en voz alta lo que ella me ha confiado en voz baja y, para rematar, lo repito dos veces. ¿Libros muerte? ¿Libros muerte? Por suerte contamos con el Santo Cristo de las Pantallas. Enseguida me enseña el móvil: *Novela negra*, y entonces bajo de la higuera. ¡Aaaah! ¡Novela negra! ¡Ahora lo entiendo!

Y ahora entiendo que le dé vergüenza. Siempre hay algún motivo para sentirse inadecuada. Han fabricado tantos que siempre aparece alguno puntualmente para incomodarte, deseoso de pasarte por las narices lo embarazoso de aquel lo-que-sea que no iba por ti. Cuando no es porque te gusta el automovilismo, es porque los niños te importan un comino. Cuando no es porque te distrae más pescar que hacer *patchwork*, es porque lo romanticón te da arcadas y solo vas al cine si despedazan a oficinistas. Y siempre pinchando con la preguntita, la suspicacia, las justificaciones. De verdad, a la mierda, hombre, ¡dejad nuestras aficiones en paz!

Y ¿qué estás leyendo, Wenling? ¡Yo no puede! Desde que vive aquí no ha abierto ni un libro ni uno solo, confiesa. Los motivos se dan la mano unos a otros hasta que la rodean y la acorralan. Un trabajo de nueve a nueve de lunes a sábado, dos hijos pequeños, un marido, una casa, ni un solo rato para ella sola, pocos libros en mandarín a mano… No hace falta añadir nada más. Y se encoge de

hombros: Tú suerte, con libros cabeza siempre piensa cosa nueva, siempre aprende, yo solo trabajo. Y me devuelve el libro.

Tengo que ir al lavabo antes de que me empiece la manicura. Un segundo, Wenling, y me levanto. Tú bebe mucha agua… Muy cierto. Habrá que abordar la cuestión del agua un día de estos. Sopesar el balance de beneficios contra el de perjuicios, como, por ejemplo, el tiempo que se pierde en liberarla. Quizá descubriéramos la debilidad del fundamento que justifica la manía general y normativa de beber agua sin tener sed.

Entro en la trastienda y me encuentro al niño. La libreta de los deberes de chino está abierta encima del escritorio, pero prefiere romperse la cabeza con el cubo de Rubik. ¡Mira!, me dice satisfecho. Cada color en su casa, ¡sí señor, Haitao! Le reconozco que se me da fatal, que no he podido hacerlo entero, y no se lo cree. No me consideraba tan torpe, y eso siempre halaga. Y también ciega, porque no veo el charco y lo piso a conciencia. La cisterna se va y un maldito gota a gota se ha adueñado de todo el baño. Me entretengo lo mínimo, procuro que el agua no se extienda más, paso un poco de papel y salgo tan deprisa que choco con un señor mayor que también ha debido de creerse el cuento de la hidratación. ¡Ojo, que está mojado! ¡Ah, gracias por avisar, maja!

Wenling me esculpe las uñas y la destreza de sus manos me deja boquiabierta. Y no sé de qué me extraño: es del superávit. No puede darle más cancha a la inteligencia para que corra y se le tiene que ir por la punta de los dedos.

¿Tú quiere más cortas? Sí, que crecen en dos días, rebaja, rebaja sin miedo. Hace bailar la lima otra vez y oigo una voz de fondo que llega hasta el mostrador de cobrar.

¡Agua! ¡Agua!, grita el sereno. Que es el señor mayor del cuarto de baño. Después de amplificar el titular, ahora le da toda clase de explicaciones al marido de Wenling. Porque resulta que se ha ido sin tirar de la cadena. Para evitar males mayores, para no empeorar la situación, dice él. Está muy avergonzado, pobre hombre. Noi, em sap greu, no hi ha res pitjor que deixar allò groc a
l'excusat…
Digo que ¡me sabe mal dejar lo amarillo en el excusadooo!, le repite con los decibelios de un festival Sónar. El marido de Wenling pone cara de estar mirando un jeroglífico. La verdad es que entender el

significado de *lo amarillo en el excusado* es de curso avanzado, me ha costado incluso a mí. Pero, como siempre, él no se inquieta, le da la vuelta y lo acompaña a la calle con unos golpecitos en la espalda, tranquilo, tranquilo, entra de nuevo y se va a investigar el alcance del enigma.

28

Ajá, sí. Han pasado más días de los que creía y aprovecho la visita a Wenling para rebajarme la pelambrera, que empezaba a descolocarse. Ajá, exacto. Yang me siega la nuca, ejercicio delicado, no puedo volverme. Ajá, ok. Y no puedo ver quién articula esos asentimientos telefónicos tan afligidos. Ajá, de acuerdo. No le sonarían así ni a uno que estuviera eligiendo su propia caja. De todo, sí, tengo de todo. Y ahora empieza a oler a chamusquina. Sí, sí, hablo el inglés. Hablo el inglés a la perfección, recalca la voz con total seriedad. ¿Ha dicho *el inglés*? A lo mejor soy yo, que veo unas cosas en vez de otras, pero me jugaría pasta a que no se trata de un encargo para traducir a Shakespeare, por muy catedralicia y en verso que sea su obra. Y ahora que la pasan al secador, la voz pierde la noción del peligro y el control del volumen se despeña detrás. Ahora mis sospechas se verán confirmadas y mis oídos, acorralados. Porque no habrá margen para el equívoco ni para la escapatoria. No estaba eligiendo la caja, no, aunque también le están tomando las medidas.

¿Curvas? Sí, typical Spanish. ¿Pecho? También, sí, claro. El crápula del otro lado debe de querer la piel a centímetros y la voz tiene que pararle los pies. No, no, yo no pierdo el tiempo en engañar a nadie ni con el físico ni con nada. Yang está tan absorto en la búsqueda de la excelencia rebajadora que empiezo un esbozo desesperado de conversación y como si oyera llover. Lo que se ve en la foto es lo que hay, dice la voz con una gravedad plúmbea. Y ahora sí que me quiero morir. O que entren los niños al galope, o que las tijeras, a mí sí, me mordieran la carótida, o que la señora Gripi provocara otra inundación bíblica, taoísta, talmúdica, budista y alcoránica, ¡lo que sea con tal de parar esa conversación inmediatamente! Pero nadie responde a mi ruego. Y lo que veía venir, viene. Sí, sí, me adapto a los gustos. Y máxima discreción,

claro. Traje de ejecutiva, sí. Durante el congreso, total disponibilidad, sí, total disponibilidad, repite. Ajá, ciao.

Y gracias al cielo cuelga por fin. Pero se le resbala el móvil y tiene que venir a recogerlo al lado de mis pies, qué mala pata. Levanta la cabeza y le pongo cara a la voz. Las dos nos la ponemos. Se da cuenta de que no está rodeada solamente de personas nacidas en China ni de la tercera edad con el oído en el taller de reparaciones, y se lleva un susto cósmico. Lo único que se me ocurre para aligerarlo es forzar un bostezo, cerrar los ojos y convencerla de que vuelvo a adormilarme. ¡Eh, grito por dentro, que he estado todo el tiempo en la luna! ¡Eh, que no he oído nada de nada! ¡Eh, que este nudo que se me ha puesto en las tripas no tiene nada que ver contigo! Demasiados gritos en una cabeza que finge que duerme. No, no me sale nada bien. Por una rendija del ojo veo que se levanta de golpe, con una mano coge el bolso y la cazadora, y con la otra hurga en el monedero. Le indica a Wenling con un gesto que se quede con la vuelta y sale por la puerta con un *gracias por todo* que suena definitivo.

Chica siempre seria, siempre prisa, un día un hombre empuja en la calle y ella entra aquí, ella pasa muy mal… Seguro que hace tiempo que Wenling ha atado los cabos que hoy he recogido yo y tampoco digiere la escena. Era demoledor, oír cómo se protegía la dignidad. Cómo le temblaba el escudo cuando lo blandía después de cada respuesta.

Hemos hecho la manicura sin decirnos nada. Nos pesaba la suerte de una defensa que nosotras no tenemos que enarbolar. Ahora espera poquito, guapa, yo más trabajo. Wenling me da un pellizco suave en el brazo, se va dentro y ¿se supone que tengo que quedarme quieta y relajada, esperando a que se me sequen las uñas? Las tripas también tienen memoria. En cuanto da media vuelta saco el móvil de la mochila. Y procurando no estropear el esmalte, tecleo. Casi se me escapa un ajá a mí también.

Porque, ¡ajá!, faltan tres días para la gracia que nos ha concedido la divina, tecnológica y mundial providencia sin hilos. Tres días para el blanqueo masivo de feriantes que exigirán medidas, idiomas, discreción, trajes de ejecutiva y total disponibilidad. Tres días para hacernos creer que solo les pondrán

las grapas encima a los *smartphones*. Y que conste que no es manía sectorial: los que llevan colgada la corbata del ramo inmobiliario, del médico, del constructor, del turístico, del alimentario, del automovilístico o del papirofléxico son tan candidatos a depredadores como los de la telefonía móvil. Un clic en Feria de Barcelona y la lista está completa. Y, claro, los de mi gremio también. Una búsqueda de *festivales de cine* y la lista ya sería de nivel planetario. Puteros y harveys weinsteins en todos los papeles, en todas las categorías, en todos los premios. La meca de los depredadores, el cine.

Veo que el trabajo que esperaba a Wenling no es una clienta. Está revisando las existencias de colores. Apunta todos los que le quedan y los que tiene que volver a pedir. Una recua de números que llena dos páginas enteras. No la molestaré, voy para allá, a ver si podemos hablar un ratito. Hola, Wenling, ¿qué haces? ¡¿Manicura no seca?!, le extraña. Todavía no, finjo, como si ella no controlara exactamente los minutos que tarda en secarse. Da igual, ahora ya me he sentado a su lado y me soplo las uñas, por si el gesto puede proporcionarme un poco de credibilidad. Y en el mostrador de los esmaltes de purpurina marca Thuya me atasco con las letritas de una dirección: Sant Gervasi de Cassoles, 68.

Seguro que tampoco os habríais imaginado que los pintaúñas de una casa que de puertas afuera quiere parecer tan poco gervasina hubieran nacido en el mismo barrio que Mercè Rodoreda. Y yo pregunto: ¿qué daño creerían que les haría llamarse, por ejemplo, Toia, y que los compradores potenciales dedujeran el origen catalanesco? A ver si no será por la bobada esa que siempre sacan a relucir las grandes empresas catalanas cuando les haces esta pregunta: la internacionalización. Se les debió de ocurrir eso de Thuya para congraciarse con los dioses que la gobiernan, que cuando no son francófonos son anglófonos.

Y no se acaban aquí los inesperados vínculos que se pueden llegar a establecer entre el primer jardín de Rodoreda y la manicura. Sant Gervasi de Cassoles también es la calle de mi doctora, y fue ella la que me dijo que tuviera cuidado. Tan quisquillosa con la comida, me avisó, pero no te das cuenta de que la piel y las uñas también son bocas, por mucho trabajo de campo

que tengas que hacer. Debajo de *Sant Gervasi de Cassoles, 68* llevan el sello de *made in…*
EU
, respondí, como si fuera la garantía del siglo. Fingí que en materia de riesgos químicos yo era una paleta. O que soy de las que se creen europeamente protegidas, que no sé qué será más zoquetada. Y que hacía tiempo que había descubierto los esmaltes bio y que me los compraba, una colección completa. Me las había pintado con todas las marcas, las high cost y las low. Cuando lo más importante era la composición del producto que me teñiría las uñas una semana, lo tenía en cuenta. Cuando Wenling no había aparecido en mi vida, perdía el sueño con estas bobadas. Ahora me dejo intoxicar las extremidades voluntariamente con formaldehídos, toluenos, alcanfor, ftalatos y colofonia porque no me atrevo a llevar mis pintaúñas de extractos naturales donde Wenling. Me da miedo quedar como Marisabidilla cuando la víspera de Reyes levantó el falso testimonio de los champús.

Wenling no para de abrir cajas y cajitas. El último soplido a las uñas y para ya de incordiarla, anda, me largo en cuanto parezca que ahora ya sí la manicura está más seca que un bacalao. Pero lo intento por última vez.

Ni me mira cuando me contesta que rojos y rosas claros en verano, oscuros en invierno. No sé qué me esperaba, con una pregunta tan imbécil. No hay que fiarse nunca de las que se hacen por dar conversación, porque te dejan con el plumero al aire. El interlocutor piensa: tú la haces por hacerla, pues yo contesto por contestarla, empate. No es el caso exactamente. La excusa de qué colores tienen más salida acariciaba la esperanza de iniciar una conversación que nos llevara a cosas más nuestras, menos profesionales. Error. Y cada vez la meto más a menudo. Se me olvida que yo aquí vengo a mi aire y que ella aquí está para ganarse el pan. Que yo elijo el día y la hora. Que entro y salgo. Que siempre gano. Que no puede haber empate.

29

Hoy no quería hacer el trayecto de siempre. Había pensado cruzar el barrio y entrar un momento en la plaza, hace una tarde de pescado al horno. Pero a lo mejor no es buen día para quitar escamas. El marido de Wenling me desvía el pensamiento, me ha visto saliendo del metro. Está en el café de enfrente tomándose el último sorbo del cortado. Diría que esa mano suya, más que saludarme, me convoca. Me acerco. Cruza, cruzo y, cuando nos encontramos, el telegrama: Padre Wenling muerto. ¡Ostras, cuánto lo siento! Él dice que sí y se llena de humo una mejilla antes de soltarlo. Y ¿ella cómo está? Llora… Lo dice riéndose y me sorprende. Aunque enseguida veo que es por pura aceptación: cuando uno está triste, pues llora, claro, y punto. Será por las convenciones de duelo tan postizas que aprendemos por repetición. Al final interiorizamos un solo glosario de estilo pregunta-respuesta y una sola cara de Viernes Santo, y cuando alguien reacciona con naturalidad, nos descoloca.

Seguimos plantados uno enfrente del otro. Ha pasado lo que sabíamos que iba a pasar desde hace semanas, el padre de Wenling ha muerto, fin, ¿no habíamos dicho que hoy iría a la pescadería? Pues los pies no se me despegan. Wenling está a miles de kilómetros y en este cachín de conversación ha sido como si estuviera a mi lado. Podría resultar extraño, pero no. El cosquilleo que puede llegar a producirte la fraternidad se reconoce al instante y es agradable. Busco algo que decir para justificar mi presencia y lo primero que me saldría es el originalísimo *cualquier cosa que necesite, aquí estamos*. Yo también he mamado convenciones postizas. Pero dudo. Porque si la analizamos literalmente, sin las vendas de sobreentendidos que ponemos los que compartimos cultura de nacimiento, me doy cuenta de que, en el contexto de un

duelo, el concepto de ofrecerse por si al otro le hace falta algo es una idea huera. Cuando se dice, no se piensa en una lista física de encargos. Pero tampoco se admite que hacer compañía entre en el catálogo de necesidades básicas. Hay que ser hábil para interponer acciones que sirvan de cortina entre nuestros afectos, porque somos unos chapuzas acompañando a los vivos que deja un muerto.

Y embrollada entre lo que decimos y lo que en realidad queremos decir, no conté con mi interlocutor. ¡Yo todo el día en calle no puede!, me dice con mucho aspaviento, para dejar bien clara la broma. ¡Yo trabaja! Y con una risita, apaga la colilla, la tira a la papelera y me dice: Tú pasa dentro, tú pelo ya largo.

Mentira, no hace ni diez días que me lo cortó. Ya ves lo fácil que era encontrar la bisagra… Mi *cualquier cosa que necesites* y su *pues vamos a hablar un poco* han empuñado unas tijeras para coincidir. Y empieza en menos de nada. Mientras me ajusta el velcro del peinador me cuenta que siempre le ha dolido el estómago. Lo miro de reojo y pienso que podría sopesarlo con una sola mano, es puro nervio. Que trabajar a este ritmo lo ha obligado a alimentarse a deshora y con embudo, cuando no ha tenido que saltarse todas las comidas. Que la mayoría de los días no puede sentarse a la mesa como las personas hasta la noche, cuando llega a casa. Yo diez o más cabezas cada día, yo no puede parar. Si cliente entra y tú dice espera, cliente vuela, y ¡cliente no puede volar! Y hoy, un día más bien flojo, que podía haber comido como está mandado, después llamada Wenling, estómago protesta, y le ha cerrado la caja para el resto del día.

Le confieso que yo también sé cómo pellizca una barriga cerrada a cal y canto. Que a los veintiún años no me entraban ni los purés, adelgacé diez kilos y tuve que ir al médico. Que un cirujano me amenazó con un *lifting de intestinos* y que una doctora opinó que el mejor remedio eran unos buenos ansiolíticos, porque *a esta edad vienen bien para todo*. Solo me entiende la mitad de las ironías, pero se asombra como si las hubiera entendido todas y me dice pobrecita dos veces. Al final todo bien, curada, le digo para quitar hierro al asunto, es que a los veintiuno reventé, trabajaba en tres sitios a la vez y me pasaba el día como un trompo, de un lado a otro. Y además llevaba una vida que no quería. Pero eso me lo callo. Y mientras lo devuelvo al tintero pienso que a Wenling sí se

lo habría contado.

Y ahora él hace lo mismo que ella y me enseña una traducción en el móvil: *las barcas de pesca*. Yang nació en Taizhou, en la costa de la provincia de Zhejiang, a un par de horas en autobús de la ciudad de Wenling. En cuanto descartó la idea de poder dedicar la vida a lo mismo que toda la cadena de antepasados —pescadores— y de antepasadas —descargadoras, seleccionadoras de pescado y zurcidoras de redes— tuvo que irse a Qingtian a aprender otro oficio. ¡Yo trabaja un día en el mar y pasa tres en el suelo para estar bien! Que se quedaba como un guiñapo, vaya, con la carucha que pone para ilustrármelo. También me ilustra el daño que se hacía zurciendo y no lo creo del todo, con lo artistazo que es con cuatro pelos entre manos. Pero le dejo hablar. Y dice que por gentileza del mar se hizo peluquero y conoció a Wenling. ¡Yo suerte, después todo bueno!, proclama con esa risa que siempre se le come los ojos. Me cuenta muy ufano que todos los de casa están vivos, y recita la lista por orden de aparición en la Tierra. Abuelo ochenta y ocho, abuela ochenta y cinco, padre sesenta y tres, madre sesenta y uno. Todos muy fuerte, y todos habla mismo momento, ¡mi casa mucho ruido!, y representa el guirigay moviendo los brazos como si fueran bengalas. Porque en teoría tenía que cortarme el pelo, pero hace un buen rato que me tiene con media cabeza pelada y la otra media sin tocar. Hoy puede ser el día de la esquilada fatal, da lo mismo, asumo el riesgo de buen grado.

Reconozco esa olla de grillos y le digo que su familia haría juego con la mía, que los míos tampoco se callan ni debajo del agua. Y no sé si es porque se ha imaginado a sus pescadores charlando dentro del mar vestidos y todo, pero se troncha de risa con la frase hecha. ¡Igual, igual, mi familia habla siempre! Pues no sé de dónde has salido tú… le digo para picarlo, porque te mareas en el mar y eres muy poco hablador. ¡Jajaja, sí yo también encuentra en basura! ¡Como ella!

Haijun acaba de asomarse por la puerta. Solo la cabeza, le dice una frase a su padre, a mí me saluda y vuelve a irse. Yo digo pasa por peluquería cuando acaba piano, así yo ve. El pase de revista ha durado un suspiro, pero diría que se ha espigado. Ha pegado un estirón, está más alta, digo mirándole el par de cabezas que está a punto de sacarle. Y es la primera vez que le veo un atisbo de mal

genio. ¡Haijun no come para así guapa! ¡¿Qué?! ¡Si tiene diez años! ¡Yo sé, yo sé!, dice preocupado, yo digo ahora come para crece, pero ella mira móvil chicas mayores y ¡ella también quiere guapa! Guapa, es decir, delgada. Y ellos dos no son los únicos que lo entienden así. Nuestra civilización está a un paso de conseguir que también desaparezca la diversidad corporal de las mujeres y nos lo hemos tragado todos. Salgo pelada casi como un recluta y me gusta bastante. También salgo con la boca hecha agua de pescado: el rumor de las barcas de pesca me baila de fondo, ojalá encuentre algo todavía.

En el camino a la plaza, aunque podría ser en cualquier tramo de la ciudad, no hace falta desojarse para certificar la embestida constante contra la libertad de cuerpo, el ataque que también ha rebotado en Haijun. Los carteles que lo perpetran siguen siendo amos y señores del espacio público, sin restricciones de ninguna clase, como si no estropearan la vida igual que el tabaco o los licores. Y lo mismo da que las personas que nos ponen por modelo tengan renombre o sean del montón. De poco le sirve el suyo a Kate Moss: dos décadas después del primer anuncio todavía tiene que soportar que la fotografíen encogida y marcando todas las costillas como si la acabaran de mondar.

Cuatro pasos más allá, la gran *maison* francesa Chanel quiere vender lápices de labios a costa de pintarrajear la cara a una niña que no tiene ni trece años. De cerca no hay manera de verle la boca zampable que las mentes pedófilas de los publicitarios han buscado con ardor entre centenares de *books* de fotos. Lo único que se ve es a una niña que ya está apañada. Porque es una niña de las que deberá *tener cuidado*. Tener cuidado es el verbo *must* de la moda. Hay muchísimas niñas tiradas en el suelo entre desfile y desfile… teniendo cuidado. Tienen cuidado con un zumo de color zanahoria, y digo de color porque no se podría jurar que de la hortaliza quede ninguna otra sustancia, porque las calorías vegetales también se computan. Tienen cuidado con el único plato del día, o se lo beben, o se lo comen, como se prefiera. Lo que no admite variaciones es su aspecto: entre la piel y los huesos. Si no fuera porque este mundo es muy astuto, maneja todo el dinero y lo hace de perlas para causar deslumbramiento en primer lugar, me llevaría a Haijun al próximo 080 y sería su antiguía en la Barcelona Fashion Week.

Y llego a la plaza, ¡tregua! Tropiezo por todas partes con mujeres de la A a la Z. Amas de narices particulares, de labios vivientes y de lorzas libres que garantizan una reserva de personas auténticas. Empezando por mi pescadera, Prudi, exuberante desde el pelo hasta el cuchillo que blande.

Siempre hay una cola de miedo. Hoy he tenido suerte, solo dos clientas delante de mí. Una señora mayor que ya se va, una *preferencial*: he visto a Prudi guiñarle un ojo cuando le daba gratis el *paquetito para el gato* —o las cuatro bacaladillas semanales que tendría que pintarse al óleo si Prudi no fuera una mujer de principios. La otra, una chica que arrastra a un chavalín de tres años y lleva otro en la barriga. Es extranjera y no sabe qué elegir.

Pues resulta que, en este puesto, la etiqueta *pesca de bajura* no es *marketing*, y quien busca el surtido normativo lo tiene un poco crudo. Aquí han desescamado de sus privilegios a los representantes del heteropatriarcado del pescado, que vendrían a ser los boquerones, los rapes, los lenguados y los salmones. Lo malo es que no hay forma de traducir espetón, brótola, lampuga o lanjova al inglés. Y la pobre chica no saca nada en limpio ni con el iphone. Prudi empieza a sudar de tanto esforzarse en explicarle que no se preocupe, que este pescado es azul, aquel, blanco y el otro tiene un saborcillo a gamba que a los niños les encanta. Pero no está convencida. Y no para de pedir que le enseñe del derecho y del revés todo ese banco de peces invisibilizados en la mayoría de los puestos. Por eso hasta yo acabo fijándome. Y haciéndome cargo de la situación. Si me hubiera alimentado con frutos de otro mar, el espetón también me parecería un pez largote sin chicha ni limoná, la lampuga, una cabezuda monstruosa, y la brótola, una contrahecha a medio hacer. Y, claro, no me fiaría. Pero ahora la chica extranjera tiene que resolverse, el niño de fuera le tira de la falda y el de dentro estira un brazo. Tiene que sucumbir al desconocido. Apunta al azar con el dedo índice y por fin señala al agraciado. ¡Una buena lanjova!, anuncia Prudi aliviada, y aunque tenga que entendérselas con muchas espinas, se la va a dejar limpia como la patena y con dos lomos simétricos de concurso.

Yo no voy a soltar todavía a la chica de la lanjova, voy a darle un

par de vueltas más. Le cambio el acento guiri por uno de los que se consideran de emigrante. Le pongo la etiqueta al tono de la piel. Le desprogramo el background cultural europeo. Le retiro el pasaporte de ciudadana del reino de Dinamarca. Le quito todas las tarjetas de crédito y me quedo con su iphone. La barriga se la dejo tal cual. De esta forma quizá me haga una idea menos borrosa de Wenling aquel 15 de mayo de 2006. El día en que puso los pies en Barcelona. El día del que se acordará cuando muera.

30

Aeropuerto del Prat. El de antes de la Terminal 1, el que daba la bienvenida a Barcelona con los colores de Joan Miró. Del vuelo procedente de Frankfurt, fijémonos en aquella chica de allí, la del abrigo tres cuartos de color crema. No viene solo de Frankfurt. Si deshacemos su camino encontramos Shanghái, antes y en tren, Wenzhou, y un poco antes y en autocar, Qingtian, provincia de Zhejiang, sudeste de la República Popular de la China. El cómputo total de horas de viaje pasa de un día completo.

No la perdamos de vista. Va sola y está muy atenta, no parece que haya tramontado medio mundo. Con la mano izquierda arrastra una maleta con ruedas, mediana, de color burdeos. Con la derecha aprieta un trocito de papel. Y las que lo han pasado adivinarían que está embarazada de seis meses y medio exactos. Enseña el papelito como mínimo a tres personas antes de dirigirse al primer nombre: RENFE, que también es la primera trampa. Ya ha cruzado la pasarela y ha llegado a la estación, pero ahora tendría que comprar un billete.

La chica del tres cuartos crema indica el uno con el dedo, abre la cartera y se la ofrece entera al cobrador de la taquilla. No es mal recurso, y respira. Lástima que el cobrador sea un pasmarote. El pasmarote chasca la lengua y mira a los lados, a ver si hay testigos que certifiquen que estirarle veinte euros del billetero para cobrarle un viaje equivale, como poco, a dejarse sacar un riñón y parte del otro. No encuentra claque y tiene que modular un *joder* por lo bajini. Pero puede sacar provecho al darle la vuelta de un billete tan grande. ¡A ver si nos acostumbramos a llevar monedas! Por hoy pasa… *chinita*.

Los excursionistas que esperaban en el andén rascando Beatles en una guitarra de antes de la guerra la ayudan a subir la maleta.

También le escenifican que la avisarán cuando esté a punto de llegar al segundo nombre: SANTS. Y ya tenemos en el tren a la chica del tres cuartos crema. Todavía está en tensión, con el puño derecho cerrado, pero un señor mayor le cede el sitio y puede descargar algunos voltios.

Los excursionistas no debían de tener *let me down*
Don't
en el repertorio: han desaparecido. Si pudiera abandonar la maleta e irse a buscarlos por los vagones, la chica del tres cuartos crema vería que solo podría ir detrás de una guitarra hecha polvo. Todo el mundo le parece igual desde que ha puesto los pies en el Extremo Occidente. Son calcados unos a otros, narigudos con avaricia.

En Sants se pasa de largo. Pero ella no se sobresalta, no puede. Nuestra lengua no le dice absolutamente nada, ni escrita ni hablada. Solo tiene una palabra clara en la cabeza y ya hace mucho rato que los altavoces han dejado de decir *Barcelona*.

El tren llega a passeig de Gràcia y el afán por apearse es general. La chica del tres cuartos crema lo interpreta como señal inequívoca de un final y decide seguir la corriente. Y ahora llega el momento de los *driblings* de hombros, de mochilas, de cochecitos, de brazos, de bolsos y de pies. No es posible detenerse, lo primero es salir de ese submundo. Salir ella, la maleta y la barriga, porque ahora sí que empieza a quejarse. La vaharada de hollín, sobaco, hierro y gallina mojada casi la tumba cuando ve las escaleras mecánicas. Sube, y cada peldaño que gana al aire libre es un tono más en la cara. No sabe dónde está ni cómo va a llegar a donde tiene que ir, pero hay prioridades. Saca un frasquito del tres cuartos y se da unos toques en las sienes, debajo de la nariz, en las muñecas. Aspira la esencia perfumada de hierbas y busca a un alma que la encamine hacia el tercer nombre. A lo mejor esa señora tan bien peinada. La para y le enseña el papel.

Huy, está medio borrado… La señora se lo acerca un poco más. RENFE, SANTS, SAGRADA FAMÍLIA… ¡Huy, no vas bien! La chica del tres cuartos entiende que no ha elegido a la mejor paseante. Huy, yo ahora tengo prisa, pregúntaselo a otro, guapa. Da media vuelta y, a pesar de estar de espaldas, se la oye rezongar. Todos los japoneses a la Sagrada Familia, dichoso Gaudí, ¡como si no hubiera nada más en el mundo!

Un muchacho ha visto la escena, guarda el ipod y se le acerca. ¿Tienes pasta? Porque así, tan cargada… mejor coges un taxi para ir a la Sagrada Familia, vaya, yo que tú… Pasta, guita, ¿money? La chica del tres cuartos crema no lo entiende por mucho que aguce el oído. Y el chico se saca un billete del bolsillo. Ella comprende que toda ayuda tiene un precio y le responde enseñándole la cartera. No, no, pasta para mí no, ¡para el taxi! Ella insiste, él también, sin éxito. El chico se va derrotado, ella quiere detenerlo, le da un tirón en la nuca y solo consigue volver a marearse. Asienta el culo en la maleta, no sabe qué hacer. Los ojos le imponen una pausa.

Ahora se fijará en Barcelona, por primera vez.

Barcelona, dice en voz baja, *Barcelona*… Un nombre que tenía que serlo casi todo. Pero no le dicen nada esas calles con tanto esqueleto de hormigón y solo unos pocos árboles desabrigados. Tampoco ha visto el mar por ninguna parte. Ni el cielo está tan limpio. Ni es mucho más azul. Ni el sol brilla como el oro. Ni las personas son tan cordiales. Ni tan refinadas, sobre todo las que se agachan para recoger cacas de perro…

El chico de antes le entrecorta la suma de decepciones. ¡Eh, oye! ¡Aquí, aquí!, oye que la llama desde el otro lado del paseo. Aunque no ve claro el propósito, la chica del tres cuartos arrastra la maleta hacia allí. Ahora ya está en el ajo y le da todo un poco igual. Y se atreve a subir al taxi que le ha parado el chico. Porque se supone que sabrá leer la última indicación y que la llevará a la dirección en la que la esperan, donde encontrará el cable de ayuda que han dicho que le echarán. No le quedan fuerzas ni para atemorizarse, por suerte. Y Barcelona irá pasando por el cristal tan borrosa, indolente y deshecha como ella en este momento.

Lo he recreado de veinte maneras diferentes, veinte veces lo he tachado. No me ha servido de nada maquinar que la atracaban, o que la empujaban al suelo, o que se perdía en la noche. Por más giros de guion que pusiera, nada. Algunos terrores son difíciles de relatar porque no se consideran tales. A algunos terrores los han privado de fotogramas, de épica, de grandeza. Algunos terrores no se pueden dibujar si no se tiene mucha inventiva. Y eso es lo que ha pasado, que por algo descarté la especialidad de un tal

J. A.

Bayona. No he sido capaz de imaginarme el tsunami de aquel día suyo: no he sido capaz de asimilar en letras lo que Wenling me hizo entender sin ellas.

Después de que dijera *15 de mayo de 2006* le pregunté qué había pasado, por qué lo tenía tan grabado. Cerró los ojos, apretó la boca y se tapó los oídos. Ahora tú. Me tocó los párpados con el dedo, me mandó callar y, con una mano por cada lado, me dejó con el ruido de caracola que hace el vacío. Contó uno, dos, tres, cuatro segundos y me destapó los oídos: Tú sola en Barcelona así. No pasa nada, ¡pasa todo!

31

Esto es el interruptor, esto el generador, esto el conductor y, mira: ¡electricidad! El niño viene a deslumbrarme con su creación. ¡Ahí va, qué circuito tan chulo has hecho, Haitao! ¡Tu madre va a flipar cuando se lo enseñes! Ya lo ha visto… Retira la obra maestra y se va muy ufano a buscar más fama. Wenling ya… Yang no me deja ni terminar de escribir el pensamiento y su primer Dios os guarde es: Wenling ya ha vuelto, viene quince minutos. Me pilla desprevenida y me lo ve en la cara. Y menos mal que no me ve la cabeza por dentro.

Nombres, adjetivos, artículos, adverbios e interjecciones giran violentamente para alinearse en la combinación ganadora. Para darle un pésame que no suene a madera. Y de momento no se me ocurre, ninguna ristra de palabras está limpia de convenciones postizas. Para que se me pasen los nervios me arranco todos los pelos blancos que se dejan y controlo la puerta por el espejo. Por si entra Wenling. Y como ya no sé qué hacer para disimular la inquietud, cambio de escenario. Entro al lavabo. El agua ya no se va. La tapa de la cisterna está en su sitio y no queda ni rastro del charco. Y hoy, que el excusado no hace el loco, es cuando me encuentro allí lo amarillo. Y doy un portazo sin querer. Y un poco más y lo estropeo todo.

Están de espalda. Madre e hija en el cuartito que hay antes de llegar a la cocina. Si estaba aquí dentro… Wenling le deshace la trenza y le separa los mechones con el peine de los dedos. Se los pasa una vez, y otra, y otra. Es una proeza no quedarse atrapado. La cabeza de Haijun, que con tanto gusto recibe la caricia. El cuerpo de Wenling consagrado a la repetición del movimiento. Su esponjosidad. La noche del día de la fortaleza que siempre defiende. La melodía sin sonido que generan… Me quedaría. Pero desaparezco de puntillas. Sería un delito interrumpir un pas à deux

como este.

También me lo parece un poco que no puedan alargarlo hasta que el corazón les diga basta. Dentro de nada sonará la alarma, los quince minutos que dijo Yang están a punto de expirar. Que no sea por mí.

Descuelgo la chaqueta del perchero y cuando voy a cargarme la mochila y a escabullirme, una mano me tira de ella. ¡Wenling viene ahora!, me dice Yang en el tono de quien se adelanta a enfadarse antes de que te enfades tú. Y digo lo que dice él: Tranquilo, tranquilo, no quiero molestarla, vuelvo otro día. Pero no lo tranquilizo nada e insiste. No, Wenling ya sale, tú no chaqueta, me manda con el pincel de los reflejos. Y quién no va a sentarse.

Encontraría material de sobra para apuntar y aprovechar el rato, pero no tengo la cabeza para nada. Se me alborota el corazón, todavía no sé qué voy a decirle y ya está aquí: Wenling cruza la peluquería. Me la tapa la montaña que trae de toallas limpias para colocar, pero le veo el cambio de todos modos.

Es abusivo lo que llega a anular un peto de trabajo, aunque el suyo se parezca tanto al de un caballero de las galaxias. Es la primera vez que puedo mirarla sin la intermediación del clasismo confeccionado, y ya lo creo que afecta. La camiseta blanquísima, los vaqueros de ese azul de altamar que tanto me gusta, los botines camello de media caña, los pendientes con la perlita colgando por debajo del lóbulo. Cuanto más la repaso, más razonable me parece exigir la abolición de los uniformes que no sean técnicamente imprescindibles para trabajar. ¿Acaso no hay una diferencia abismal entre presentarse en la vida de una manera o de otra? Y no, las batas de médico no juegan en esta liga, hay uniformes y uniformes. Las batas de médico tienen el prestigio tan entretejido desde el origen que cuesta mucho descosérselo el día en que no se lo merecen. ¡Wenling, guapa! Me apresuro a saludarla, me ha visto y viene hacia mí.

Tanto cuento y solo he tenido que ponerme de pie. Un solo movimiento. Se me han abierto los brazos al instante, y al instante me abraza Wenling y me da las gracias. Y ya está. Respirando cada una en el hombro de la otra nos hemos entendido todos los lo siento y todos los lo lamento. Que, bien pensado, no hacían ninguna falta. Damos por sentado que es el cerebro el que tiene que mandar estas

cuestiones, pero a lo mejor no era mala idea dejar que se encargaran los órganos rasos.

Él y yo ahora más tranquilo, me ha dicho, pasándome la mano por la mejilla cuando nos desenganchamos. No come, no bebe, ya no puede… Corazón duele, pero mejor para todos cuando médico dice no vive más. Su esposa muchos días hospital… Y también nos sincronizamos para sentarnos, muy cerca, porque lo que me quiere contar Wenling está hecho de tacto más que de sonidos.

Que es curioso que no se note el cansancio de tantas horas de avión, que le parece que la sostiene una especie de corriente. Que tiene tantas cosas en la cabeza a la vez que el cuerpo tampoco puede parar. Que le gustaría tener un día para ella sola, para sopesarlo todo, para ordenarlo. Aunque solo fuera un día. Que menos mal que su amiga-hermana Xiaolu la ha acompañado día y noche. Que en este viaje a China ha pasado más malos tragos familiares de los que se esperaba y que ahora ya no me los puede contar. Anhelar un día cuando no se puede disponer ni de un poquito de tiempo: acaban de entrar y reclaman pedicuras la señora Gripi y su melliza, ¡que ya estamos aquí, Wendy! Y nuestra conversación se queda con la palabra en la boca.

Aprovecho el huracán que desencadenan para largarme. Yang aclara el pelo a un chico que lo lleva con muchos colores, no me ve. Ella siempre lo ve todo. Yo debe una manicura, me señala los dedos tan descoloridos que llevo y me guiña un ojo. Me comprometo a volver esta misma semana y le mando un beso con la mano.

Y ay esas dos verdades. Se le han escapado en el último momento, mientras se abrochaba el peto que ya la volvería a entelar otra vez. Ha dicho la primera con una sombra de vergüenza: Mi papá bueno así así. La segunda, con la rotundidad de una ley universal: Pero yo triste porque ahora ya no tiene nadie.

Buena o mala, la cara que Wenling acaba de enterrar le tuvo que valer por dos. Porque fue la única. La única a la que podía interrogar, echar de menos y temer. Buena o mala, también era la que daba a conocer al mundo que ella no había salido de debajo de una hoja de col. Y tendrá que guardarse bien la cara de su padre. Porque también será la única que la sorprenderá cuando se la encuentre en el espejo cada vez más a menudo. Y la única que un día vislumbrará en los niños cuando los dos hagan aquel gesto suyo.

Y lo mismo con la voz. Solo podía contar con la de su padre para alimentar el runrún que da la nostalgia de las raíces. Cuando yo piensa China, yo siempre llama a mi papá, siempre. Ahora ya no puede.

Desde hoy, a Wenling no le queda ni poder añorar.

32

Tú pasa dentro, merienda. Yang quiere hacerme cómplice de cómo descuartiza un melón. Debe de ser la hora de que lleguen los niños. Reparte los dados en platitos y me da uno. Tú coge, es Bollo, ¡siempre buenos! Me quedo patidifusa. ¡Bravo!, ovación en pie para el que tuvo la estrafalaria idea de crear un eslogan para vender melones. Aquel *Melones Bollo, ¡estos son los buenos!*, más simple imposible ni pizca de sofisticación, y el hueco de convencimiento que se ha llegado a hacer entre clientela que ni se esperaban.

Bravo, bra vo, bra. Mientras miro en el espejo cómo me esquila Yang, voy apagando el aplauso por la hazaña melonera. ¿Por qué…? ¿Por qué me parece tan increíble que también él conozca la misma clase de melones que siempre escoje mi padre? A ver si resulta que soy de las que creen esa memez de que *los chinos se lo compran todo entre ellos*. A ver si resulta que tanto entrar y salir de la peluquería, tanta observación y tanto trabajo de campo, y no sé ver la gran diferencia que marca no tener que vivir aislado en un gueto. A ver si resulta que no he captado lo fundamental: que para saber lo que comen los anfitriones de tu nueva ciudad antes tienes que conocer a algún ejemplar de anfitrión. Tienes que saber cómo es su cara, intercambiar los buenos días al levantar la persiana, el paquete que traen a deshora, el cortado de después de comer, el hace frío, hace calor a la hora de cerrar o —y volvemos a donde empezamos— tienes que tener cerca un Pep frutero al que puedas preguntar qué melón me llevo para que te pueda informar de las propiedades inigualables de los Bollo. El abecé del buen vecino de toda la vida y parece la sopa de ajo, cuando los del portal de al lado no son clavaditos a nosotros.

Me haría gracia ver a los niños, pero no llegan. Y Wenling tiene mucho que hacer con el inventario de los tintes del pelo. Me tengo

que comer las ganas de preguntarle por el duelo, es hora de irse. ¿Me cobras, Yang? Pero Yang tiene una permanente entre manos. Wenling planta los tubos de Wella, de Schwarzkofp y de
L'Oréal,
y viene detrás de mí. Por lo que se refiere a la crematística, ellos también son así: no se fían.

Seguro que os acordáis de aquella tienda de ultramarinos con una fila de seis dependientes en la que la única persona que tenía la llave del cajón era el ama. Lloviera, nevara, fuera Navidad, Moridad, o hubiera una cantidad de gente de miedo, quien tocaba los dineros era ella y solo ella. Pues donde Wenling lo mismo. Solo cobra la familia. Cuando están los niños, de cabeza a la caja.

Lo tengo justo en moneda suelta, ¿lo quieres, Wenling? Sí, guapa, ¡yo ya no puede contar!, me dice con una lenguaza de foto finish. ¡Y que lo digas! Hoy vas a soñar con números y más números, ¡qué trabajazo! Hoy yo muy ocupada, un día pasea juntas tranquilas, ¿vale? ¡Hecho!, y entrelazamos las palmas.

Cuando estoy a punto de cerrar la cartera y guardarme, eufórica, este pequeño paso de amistad —grande para mí, para la humanidad ya veremos—, un cliente rompe el encanto. ¿Para pedicura?, pregunta entre dientes y enfadado. Enfadadísimo. Sí, un momento, espera poquito, por favor, le dice Wenling ofreciéndole el banco. El cliente es un jubilado más alto que una torre que no responde ni da un paso más para entrar en la peluquería. El instinto, discreto, me da un pellizco: me dice que me entretenga. Y meto la cabeza en la mochila. Revuelvo con afición, como si buscara a saber qué, como si no pudiera irme sin ello. Por si las moscas. Que resultará ser un tábano de los gordos.

¿Quién me lo va a hacer?, grita el jubilado. ¡La pedicura!, ladra más fuerte todavía, ¡¿Que quién me la va a hacer?! Wenling está pálida como una muerta. Pedicura hace siempre ella… Casi temblando, se refiere a Fen, que se ha quedado petrificada en el fondo. ¡Pues más vale que no me corte los dedos! Tensa como un arco, dudo. Y ¿si solo es un cascarrabias inofensivo? Y ¿si cree que hace gracia? Y ¿si es mejor no hacerle caso? Le doy ventaja para una frase más.

¡Como a mi mujer! ¡Le hizo tan mal que tuvimos que ir al hospital! ¡Al hospital por su culpa! ¡Una denuncia tendríamos que

poner! Le he dejado decir cuatro y el pánico de Wenling me pregunta qué más puede pasar. Entro en acción.

—¡Alto! ¡Aquí! —Está tan ofuscado que ni se le ha ocurrido que pudiera haber alguien más en el mundo—. ¡Oiga! ¡Aquí, aquí! —Vuelve la cabeza y por fin me ve—. ¡Hola! Perdone, es que me interesa, yo también me hago la pedicura con esa chica: ¿qué decía usted?

El efecto es devastador. La mutación, integral. La soberbia y el desprecio le quedan colgando, uno a cada lado, agarrados al nacimiento de cada ceja. Las orejas se le han echado hacia atrás, tocando los hombros, incluso ha mermado un palmo de altura. Y el habla también. Ni rastro de los ladridos del principio, ni siquiera de la primera lengua que usó.

—Aaaaa… aaaa… a veure… A mi mujer se le clavaba la uña del dedo gordo, vino aquí y a los dos días se le hinchó el uñero, y en el hospital dijeron que ¡estaba infectado y todo! —procura justificarse, pero ya no es el mismo que entró por la puerta. Miro a Wenling de reojo: los cinco sentidos consagrados a la representación.

—¿Dice usted que su señora tenía un panadizo cuando esa chica de ahí, la pedicurista, le hizo los pies?

—¡Desde luego! ¡Hacía tiempo que el dedo gordo le hacía el tonto!

—Pues perdone que se lo diga, pero ha entrado usted quejándose de cosas graves y resulta que de eso nada.

—Y lo que le ha dolido, qué, ¿eh? —Sigue en sus trece, el tío este, no se rinde—. ¡Mi mujer no quiere ni oír hablar de esta peluquería!

—Entonces ¿por qué vuelve usted, si dice que hacen tantas carnicerías?

—¡Ay, nena! ¿Es que no sabes que el podólogo es muy caro?

—Pero ¡esto no es la consulta del podólogo, señor mío! ¡Aquí hay que venir con las uñas en condiciones! El trabajo de estas chicas consiste en cortar, limar, quitar los pellejos y pintar; es un centro de estética. Si ustedes necesitan tratamiento, rásquense el bolsillo y no vengan después a dar la bronca con tan malos modales…

—¿Dices que soy un maleducado y que quiero duros a cuatro pesetas? ¡Qué descaro, nena! ¡Qué falta de educación!

—Mire, con todo el respeto, eso es exactamente lo que le digo. ¿Se ha oído usted? ¿Sabe el daño que pueden hacer esas acusaciones a un negocio como este? —Y las palabras, las manos y las piernas ya se le ponen a buscar la luz de salida.

—No pretendía faltarles, nena… A lo mejor me he encendido un poco más de la cuenta, a lo mejor sí… Bueeeno…, pues espero a que me toque. —El jubilado se dirige otra vez a Wenling, que también se había convertido en estatua—. Y nada, que me sabe mal lo de antes, chica… Un… ¡un malentendido! Ahora ya está…

No se'n
parli més! —Se sienta en el banco, coge una revista e intenta que se lo trague la tierra.

A Wenling se le han puesto los ojos vidriosos y en silencio va repitiendo gracias-gracias-gracias. Lo ha entendido todo. No necesitan traducción, los abusos de poder son inequívocos. Y esto lo era, aunque ahora el jubilado déspota puede que nos inspire un poco de compasión. Pero volvamos a la escena del principio, antes de que se pusiera la piel de cordero descarriado. Volvamos al momento en que creía que dominaría como si fuera el amo del mundo, que se desfogaría sin que nadie le parase los pies, nadie a quien reconociera como un igual: nadie a quien tuviera que respetar. Pues teníamos a un hombre mayor, blanco, autóctono y cliente afrentando y desacreditando a una mujer joven, de otro continente y que hace un trabajo *femenino*, ergo muy poco considerado socialmente. Un −10 en contraste de humanidad, como mínimo. Que no tendría bastante ni con todos los puntos del *Test del Yo-no-soy-clasista-pero* y habría que sumarle los del *Test del Yo-no-soy-machista-pero* y los del *Test del Yo-no-soy-racista-pero*. De arriba abajo, enteritos.

¿Cuántos días y cuántas noches hacen falta para asimilar una tortilla de impotencia como esta? La que ahora me mira y me dice adiós es una Wenling que vuelve del frente. Espontáneamente le hago una mueca de burla al jubilado déspota. Por si con un esbozo de carcajada puede empezar a deshacer el disgusto. Arrugo la nariz como esas personas que le ponen cara de asco a todo, como si estuvieran siempre oliendo a pedo. Normalmente, no falla. Me ríe la mueca solamente así así, como diría ella.

El tío debe de estar mirándonos. Porque se reintegra por encima

de la revista y asoma la cabeza. A pasarlo bien, nena, me dice con un hilo de voz, lo siento… Y ahora ¿qué le contestas, eh? Pues que hasta la vista y que se mejore su mujer… y arreando.

33

Oye, mira, ¡lee a Tolstoi, a ver si te enteras! En plena calle, un chico a otro. Se lo suelta, le desclava el índice del hombro y sale pitando. Ojalá fuera siempre esa la forma de mandar a la mierda, las librerías lo celebrarían por todo lo alto. Y pensando en si las segundas del ultimátum serían por *Guerra y paz* o por *Ana Karenina*, encuentro los pasos de aquella niña.

Los conozco. Los aprendías en clase de *jazz*, los perfeccionabas en casa y se te escapaban por la calle. Yo también me pasaba el día bailando. Ella lleva los cascos enchufados al móvil, yo, al *walkman*. No hay tantos gramos de diferencia. Debe de tener once o doce años, lo que ahora clasificamos de preadolescente y mi abuela llamaría pollita. Demasiado de laboratorio la una y demasiado de corral la otra, tendríamos que buscar algo intermedio. Entretanto, yo las llamo niñas, de las que llevan la misma pinta que nosotras: vaqueros desteñidos, zapatillas de tenista, chándal con dos rayas blancas, cazadora de *break dance*. Suerte que las hombreras no han superado la selección natural, celebremos que Haijun no tenga que llevarlas. Porque era ella la niña que intentaba sacar el intríngulis de una coreografía. Cuántos días sin verla… La alcanzo.

—¡Eh, Haijun! No te reconocía de espalda.

—¡Pantalones nuevos!

—¡Te quedan que ni pintados! ¿Sabes que cuando yo era jovencita iba como tú?

—¿Sí? ¿Igual igual?

—Bueno, no. Te faltarían las hombreras.

—¿Hombrequé?

—Iba a decir que nada de hombre, pero en realidad sí, porque estos accesorios tan ridículos que nos hacen la vida incómoda siempre los diseñan unos tíos que nunca se los tendrán que poner.

Que cuando yo era joven, nos poníamos unos trozos de espuma aquí arriba, sujetos con las tiras del sostén, y teníamos que estar recolocándolos todo el día, así, pendientes de que no se escurrieran mangas abajo. ¡Eso eran las dichosas hombreras!

—¡Qué palo! Y ¿por qué?

—Por nada, Haijun, por la *moda*, para que pareciera que teníamos los hombros más anchos, ya ves. Una tontería como otra cualquiera que me alegro de que haya pasado a la historia.

—Mira, ¿a que es guay? —Haijun vuelve a quedarse embelesada. Tres chicas puestas en fila cantan y bailan sincronizadas mirando a cámara en un plató sin fin, la misma fórmula que el videoclip de *Single Ladies* de Beyoncé—. Son de China, son como yo. —La misma fórmula y seguro que el mismo poder que dio a tantas niñas afrodescendientes. Porque Haijun tampoco se ve en ninguna popstar. También le deben de costar muy caros los espejos—. ¿Te gusta? Son como yo, son amarillas.

—¿Amarilla? Pero ¡¿qué dices?! —Alargo la extrañeza porque la frase siguiente no sabe por dónde salir—. Hummm… Haijun, ¿y de qué color dirías que soy yo? Porque blanca, no mucho… —Me remango y acerco el brazo al suyo.

—¡Oh! ¡Igualitas! —grita.

—¡Otras, sí! Tenemos el mismo tono, idéntico. Ya lo ves, eso de ser de un color es muy relativo.

—Pues me llaman amarilla.

—¿Quién, los compañeros de clase?

—Sí, algunos.

—Ya, siempre hay gente repelente. Oye, tú eres una chica sana, lista y buena persona, y eso es lo importante; si se es rubio o moreno, o… O se tiene nariz de patata o los ojos de color lila, ¡da igual!

No la convence, un *vale* resignado le encoge los hombros. A mí tampoco, es lo único que se me ha ocurrido, no sé lo suficiente. Y no sé lo suficiente porque nunca he tenido que preocuparme ni mucho ni poco de ir a buscar a la biblioteca *ideología del racismo, supremacismo biológico, racismo científico, darwinismo social*… Antes de este amarilla-puñetazo, nada, cuarenta años de vida y tan campante. Pienso y vuelvo a pensar, y se me ocurre que a lo mejor todavía puedo apañar un recurso. Como mínimo acompañarla un

poco, en este mal trago que es que en clase te espere un adjetivo expresamente fabricado para ti.

—¿Puedo contarte una cosa, Haijun? —Nos sentamos en el banco que hay enfrente de la peluquería—. En el cole me llamaron inválida una temporada, ¿sabes lo que significa?

—Sí… —dice impresionada, y me busca la explicación por todo el cuerpo.

—No, ahora ya ha pasado, pero cuando era pequeña tuve que llevar un aparato desde la barbilla hasta la cadera, con hierros, un rollo… Pues un niño empezó a llamármelo y enseguida se sumaron unos cuantos más, inválida por aquí, inválida por allí, como un disco rayado. Al principio me sentó fatal y me puse triste, no sabía qué hacer, pero un día me levanté muy decidida, me fui directa al que se lo había inventado y le sacudí un bofetón que le saltaron las gafas por el aire.

—¿Síííí? ¡Hala, qué guay!

—¿Guay? —Y ahora soy la que se sorprende, menudo ejemplo que le he dado—. Bueno, a ver… Pegar a la gente no es la mejor manera de resolver las cosas, me riñó todo el mundo, mi madre la primera, y resulta que el niño era el hijo del director y se montó un follón… Te lo he contado solo para que… —no le puedo decir *para que sepas que tarde o temprano a los imbéciles te los quitas de en medio*, eso fue en mi caso, a ella siempre le puede salir otro imbécil—… para que te rieras, Haijun. —Y le revuelvo el pelo.

—Cuando dicen amarilla, me río. Y así lo dejan. —Y se me cae la venda. No se puede pasar por ahí.

—¿Sabes una cosa, Haijun? Que a lo mejor no es mala idea que le sueltes un guantazo al que vuelva a decírtelo. Con la mano abierta, así, ¡plaf! Pero antes se lo cuentas a la maestra. Si no lo sabe, no le puede reñir. Quedamos en que se lo dirás enseguida, ¿vale?

—Sí, pero yo bien, yo contenta… El colegio es lo que más me gusta de vivir aquí. En China algunos niños… —Y termina la frase rebanándose el cuello con el dedo.

—¿Cómo? ¿Estás diciendo que…? —Tampoco soy capaz de decirlo en voz alta.

—Sí, saltan.

—¿Por la ventana? ¿Desde la azotea de casa?

—Sí, no pueden más.

—¿Niños pequeños?

—Como yo… En China colegio no juegos, no excursión, solo deberes, ¡muchos! No duermes, siempre miedo… Yo nunca estudiar tan poco y aquí superbuenas notas, y ya hemos ido a Port Aventura, al Montseny, a la nieve, a La Pedrera, al teatro… —y cuando se le terminan los cinco de una mano me mira y me dice—: Y todo, ¡todo me encanta!

No podrán frenarla. Por muchas personas y palabras infames que haya en este mundo, no, no podrán.

34

Era después de comer y donde Wenling había cuatro cabezas y unos pies. Que no suman necesariamente cinco clientas. Y ríete tú de Marisabidilla, no es fácil encontrar un silencio con tanta mala vibra, hay que poner mucho convencimiento. Lo bueno es que dudo que me las vuelva a encontrar. Eran clientas volanderas, eso seguro. Las fijas de donde Wenling nos tomamos con gusto cada paso del ritual. Lo difícil sería no saborearlo, con lo delicioso que es que te remienden y te condimenten. Estas cinco, nada, insípidas como ellas solas. Ninguna pasaba el contraste de humanidad. Cada guapa-otro-pie-dentro, guapa-vuelve-cabeza-poquito, guapa-pasa-a-lavar era zarandear a un oso pardo en plena hibernación. No respondían ni con un triste monosílabo. Un panorama para relamerse. Guardé la última traducción de Alice Munro y encendí el móvil.

A lo mejor hasta me esperaban. Porque en cuanto hice clic en *Notas*, una liquidó el mutis como sigue:

—¿Los niños son españoles? ¿Nacieron aquí? O ¿son chinos? —Wenling congela la pedicura y se le sobresalta la mirada como si hubiera sonado un timbre. De esos que siempre traen la multa con la que no contabas, nunca el paquete que te mueres por abrir—. ¡¿Son españoles o no?! —Lo que hasta ahora era una cabeza muda se impacienta.

—Sí… nace aquí… los dos…

—¡Ah! —La clienta se quita el peinador y se lo endosa al peluquero artista de jubiladas, se mira en el espejo sin querer verse, y va a la caja—. ¿Alguien viene a cobrar o no?

Yang está trabajando un pelo muy rizado, el secador está muy fuerte, no la oye. Wenling no puede ir, tiene otra vez esos pies entre manos. Llama a Haitao y a Haijun para que salgan.

Le toca a él. Medio plátano en la boca, arrastrando los pies,

cruza la peluquería perdiendo por el camino la actitud de rabieta y llega al mostrador de cobrar. La clienta le da un billete y cuando Haitao lo coge:

—¡Los niños no trabajan! ¡Aquí está prohibido! —Y se lo quita. Haitao la mira acojonado, pero por lo visto era una broma, y la clienta le devuelve el billete—. ¿Ya te pagan bien, niño?

—No —dice él con cara de pillín.

—Pues estamos apañados. —Y saca del bolsillo una moneda de dos euros, ¡chas!, encima del mostrador—. ¡Toma!

Cacheo antes de que desaparezca. Ochenta cumplidos, autóctona, piel de las manos tirante de haber tocado mucha agua con lejía, bata en vez de vestido, zapatillas en vez de zapatos… No sería un disparate pensar que trabajaba antes de los catorce. En la lechería del barrio, en la charcutería de sus tíos, en la confitería los domingos. O cosiendo muñequitas flamencas a tanto alzado en casa de la vecina del rellano. Quién sabe si en trabajos más pesados. Y seguro que son los que le han adelgazado tanto la memoria y engordado tanto el desdén… El perfil se queda inacabado porque ahora son los pies sin vida que apañaba Wenling los que mutan en clienta malaleche.

—¡Los chinos son como hormigas!

Recojo los trocitos de significado por si se me ha escapado alguno, y no. *No tienen alma, solo sirven para trabajar, todas nos parecen iguales y las podemos aplastar sin ningún remordimiento, total, hay tantas*. Las hormigas no han sido unos súbditos del reino animal elegidos al azar, qué va. Y tampoco es fortuito que la segunda lo haya dicho después de oír a la primera atacante: las injurias necesitan el trampolín de la complicidad para atreverse a saltar.

Miro a Wenling, a Yang, a Haijun, a Haitao, a Fen, al peluquero artista de jubiladas. Todos el mismo interrogante clavado, todos el mismo encogimiento por lo mucho que duele. Yo no he dicho ni hecho nada todavía.

—¡Los chinos son como los negros!

¿Hace falta otra agresión más, después de una frase tan xenófobamente bien formulada? Vuelvo a mirarlos y ahora sí, ¡allá voy!

¿Sí? ¿Voy? Es que… es que debe de ser solo un poco más joven

que mi abuela. Es que estaremos hasta mañana para que lo entienda. Es que con el jubilado déspota se trataba de un caso concreto, de una injusticia demostrable, de una defensa legítima, me resultó más fácil. Es que replicar a estas dos afrentas significaría una teorización ingente, una enmienda a la totalidad de su *pensamiento*, de su *educación*, de su *cultura*… Y todavía encontraría más excusas, más. Y todas con el mismo origen: el racismo nuestro de cada día. El que nos da hoy el Señor, el que nos dio el Señor ayer y el que nos dará mañana si Dios quiere y no lo remediamos.

También me lo he zampado en los canelones de San Esteban. Y en el brownie de los cuarenta años de la compañera de sonido. Y en el aperitivo de los productores. Y en el arroz de los primos. Y en el gintónic de las amigas. Y siempre con gusto y ganas. Y el racismo vendría a ser como el ajo: escandaloso, indigesto y lo notas si no lo tomas a menudo. Si lo desayunas, lo comes, lo meriendas, lo cenas y te atiborras de él hasta en el resopón, ni siquiera te das cuenta de que pasa a la sangre. Y como dentro se amontona todo, pues no lo detectas, y entonces crees que no lo eres, que ya no existe, que los racistas, muertos y enterrados, que kaput. Hasta que un día te das cuenta de que sí, de que existe. Y de que sí lo eres. Porque ahora las indirectas, las bromitas, los motes feos y las ofensas que marcamos a los demás en la piel empiezan a escocerte. Y no te gusta nada. No te gusta nada ser de la tribu de los agresores. Pero sigues siendo incapaz de atacar a un igual. No le partes la cara como se la habrías partido a cualquier otro porque primero tendrías que partírtela a ti misma. Porque sí, yo también debí de reírme como todos aquel día, en aquella celebración. O solté una más gorda todavía. O me callé.

Tú hoy no dice nada… Ya, perdona, es que no puedo olvidarme de las clientas tan odiosas de hoy. Han dicho unas cosas… Lo siento mucho. Aquí como ellas, poco, y ya fuera… Y miramos a las tres carcamales que quedan todavía. Y que aún podrían actuar. A dos ya las están rociando de laca, la otra se ata el pañuelo al cuello, todas están a punto de ahuecar. Guapa, yo piensa: ¿por qué arregla pelo, por qué arregla pies y no arregla corazón?

Ella hace caso a su amiga-hermana Xiaolu, coge el hatillo, se abre camino, viene a Europa, a Barcelona, tiene a la niña ella sola y trabaja cuatro años de esteticista para la dueña de la peluquería de los alrededores de Sagrada Familia que le echa el primer cable, el primer contrato. Él llega un año después y pasa tres en una barbería de los alrededores de Arc de Triomf. Entretanto tienen el niño. Cuatro y tres años que pasan matándose doce horas al día, seis días a la semana para ahorrar y buscar un local en traspaso. Recorren toda Barcelona para tener su peluquería, para no depender del humor de nadie, para seguir pencando doce horas al día, seis días a la semana e ir por el objetivo grande, el que los ayuda a levantarse por la mañana sin acordarse del agotamiento del día anterior: el piso en condiciones que les permita traer a los niños de China. Tramitar la reagrupación, como llaman a este derecho en términos administrativos. Lo que en términos humanos se traduciría por volver a ser una familia. O serlo íntegramente, porque Haijun e Haitao no pudieron ser hermanos de bajo el mismo techo hasta que llegaron a Barcelona. Deslomarse todas las horas del mundo quiso decir dejar a dos niños de meses en casa de los abuelos, una en Qingtian y el otro en Taizhou. Y ahora que parecía que con seguir pencando había suficiente, que ya estaban juntos los cuatro, que ya lo tenían todo, ahora esos corazones estropeados, carcomidos y muertos.

¿Quién querría quedarse a descansar para siempre en una tierra con tan mala entraña? Ni chop suey de abuelos ni embustes escabechados, ellos también saben de sobra que tendrán que volver a China a morir, como han hecho siempre sus compatriotas. No es plato de gusto terminar los días con tanto desaire encima. Incluso es posible que ellos se vayan antes, en cuanto los niños levanten el vuelo.

Yang me lo canta claro y dolido. Yo no habla bien castellano, yo no puede aprender catalán, yo todo el día habla con secador y con tijeras, pero yo conoce chicos que nace aquí y habla catalán y castellano perfecto como tú, y gente no trata como tú, gente trata como clientas a nosotros hoy. ¿Por qué? Porque cara es de chino, y cara no puede cambiar. Nosotros aquí nunca igual que tú.

35

En Vic, en Banyoles, en Santa Coloma de Gramenet, en Cambrils, en Manresa… En todas partes escenas primas carnales de esta que Haijun y Haitao tendrán que comerse haciendo de tripas corazón.

—Hablas catalán muy bien, ¿de dónde sales?

—De aquí.

—Que dónde naciste, quiero decir.

—¡Ah! En el hospital de Sant Pau.

—Que de dónde eres…

—Del barrio de Gràcia.

—¡Que de dónde procedes, joder!

—Se lo acabo de decir.

—¡Tu país de verdad, cagüentodo!

36

A la señora Gripi le hacen la pedicura, su melliza está en el secador, la señora Mundeta deja actuar la permanente; la señora Eulàlia, el color, y la señora Catalina espera. Es ella la que, con un *swing* de melena ondulada, ha sacado a relucir el tema de *La consulta del especialista* de *Semana*.

Enciende la mecha un articulito de nada, un cuarto de página, si llega. Ahora bien, con el mismo don que esos veranos tan resecos que no necesitan ni la mediación de un solo pirómano que atrape a un conejo y le prenda fuego a la cola para que abrase el bosque entero. La zarza ardiente es un titular que dice así: *Orgasmos en la tercera edad, el buen sexo que las mujeres nunca tuvieron*. Atentos, seguro que hoy sacamos algo de información primordial para la vida.

La primera partícula de reacción viene de la señora Gripi. ¡Bah!, acompañada de una proclama que la precipitación podría llevarnos a calificar de negacionista: ¡Todo esto no son más que paparruchas! Pero su hermana melliza sabe que cuando se altera es que hay buen material. Lo sabemos todas, Wenling y Haijun las primeras. Desde el día en que se desahogó de la canallada nacionalcatólica, el día de *las Hermanas son unas hijas de puta*. La melliza de la señora Gripi levanta la visera del secador y replica:

—Habla por ti, chata… La que no ha catado más hombre que el primero, ¡chitón!

—¡Será posible! Pues ni falta que me hizo y ¡a mucha honra! —le suelta, pero no ofendida de verdad.

—Bueno, bueno, no os subáis a la parra, queridas, que lo he leído para todas porque me ha hecho gracia, y, además, me parece que tiene mucha razón…

Y después del segundo anzuelo que deja caer la señora Catalina,

la señora Eulàlia se agarra a los brazos de la silla y, con un par de empujones, rueda hasta el núcleo de la peluquería.

—Pues, aprovechando que estamos solas… —¡Ras!, abre el abanico—. Os lo voy a decir bien claro: lo que ha leído la señora Catalina es tan verdad como que me llamo Eulàlia. ¡Sí, filla, sí! Puede que eso de los orgasmos no esté generalizado, pero lo otro del sexo que nunca tuvieron, ¡ya lo creo! ¿Acaso no íbamos todas al matrimonio como el ganado que se huele que le ha llegado la hora? Pero ¡si ni siquiera sabíamos que lo teníamos ni para qué servía el agujero de la entrepierna! ¡Si nunca habíamos visto el colgajo de un hombre! ¡Si muchas hasta nos poníamos enfermas! Por la emoción de la boda, decían. ¡Y un cuerno! Era el miedo, ¡el terror de la primera noche!

—¡Dele al abanico, Eulàlia, que se me va a ahogar! Dele y siga, mujer.

—Iba diciendo la maldita primera noche. Pues nosotros nos fuimos a recorrer Andalucía, mi marido ganaba bastante y pudimos pasar diez días. Bueno, pues el segundo me puse a treinta y nueve de fiebre, cuando estábamos en Granada. Y, aunque él solo piensa en lo suyo, me vio tan fatal que me dijo: Eulàlia, te juro que no te tocaré ni un pelo hasta que volvamos a casa, ahora aprovechemos el viaje. Al día siguiente me levanté fresca como una rosa y fuimos a la Alhambra, y a mí me pareció el palacio más precioso que había sobre la tierra. Pero todo tiene su final, y en casa seguía doliéndome igual y haciéndome la misma maldita gracia, por no hablar de la decepción… Filla, ¿tanta montaña para eso? ¿Para aprender a saber cuándo tenía que ser, quedarse quietecita y que él hiciera lo suyo hasta degollar al pato? Y, sabéis una cosa, aquel rato me lo pasaba pensando en la lista de la compra, porque con los niños pequeños iba siempre con la lengua fuera, y aprovechaba: mejor compra dos cuartos más de pollo, medio kilo de carne magra para los macarrones del sábado, doscientos gramos de jamón de York, doscientos de catalana, y cuando veía que seguía dándole, pensaba, ¡venga, chico, termina ya, que si no se me va a olvidar y no podré apuntarlo!

—¡Ay, que me voy a desternillar sin ganas, Eulàlia, que me la imagino y…!

—Ahora da risa, pero ya me diréis si no es triste verse a una

misma como un trozo de carne en el que descarga otro. Más tarde me enteré por unas conocidas de que las mujeres no estábamos solo para hacer de fregadero. Algunas, que ya tenían hijos mayores y habían pedido que se lo explicaran a escondidas, tenían el valor de decir a su marido que bajara hasta abajo, a ver si encontraba el botón de las alegrías. Alto, eso le ha pasado a cuatro, contadas con los dedos de una mano, porque había que andarse con mucho cuidado para no caer en el peligro de parecer una mujer… de la vida, por si acaso le tomabas el gusto. Hasta hace poco yo no me atreví a decirle que buscara el botón, pero se ha hecho viejo y de cada diez veces, me lo encuentra una, y a medias. ¿Qué, filletes? ¿Acaso no es una gran verdad eso que dice la revista?

La pregunta no dura viva ni dos segundos.

—¡Y que usted lo diga! —A la señora Mundeta se le encabritan los recuerdos y se le empañan los ojos. Pero estrangula el bastón y dice—: Aunque todo eso me sigue pareciendo de color de rosa, porque a las que el marido nos llegaba como una cuba, ¿qué? A mí me lo cobraba muy caro si le decía que no… Pero es que apestaba a vino y no podía con ello, no podía… Y entonces me zurraba y se me tiraba encima de todos modos. Y yo, mientras duraba, ni listas ni listos, solo me hartaba de llorar. Y creo que me ayudaba un poco, porque cuando terminaba iba al lavadero a limpiarme y pensaba, anda, Mundeta, ya has llorado bastante, ahora bórralo, que si no lo piensas, no ha ganado del todo. Pero solo se borra a medias… Hace treinta y cinco años que murió y no se lo he perdonado. —La señora Mundeta se mira la pierna que le quedó perezosa de una paliza, se quita el peso de las gafas y se seca los ojos—. No he faltado a misa ni un domingo y no pienso faltar mientras el bastón me sostenga, pero perdonarlo, nunca, por mucho que lo predique el señor rector. ¡Qué sabrá él del suplicio de las mujeres…! Del suplicio que es que el de la casa te eche las zarpas encima y que nadie te pueda librar.

—¡Una mierda van a saber los curas! Señora Mundeta, que ahora usted me va a hacer llorar. Y ya que estamos… Pues a mí, a la que me tuvo estrenada y me hizo dos críos, ¡se largó! Yo no tuve que aguantar a un cerdo de la calaña de su marido, eso sí, pero animal a la fuerza te tienes que volver también tú, que yo de jovencita era una persona bien cariñosa… ¡Cállate, boba, que te veo con el rabillo del ojo! No hagan caso de las muecas de mi melliza.

Yo, todo lo que tenía dentro me lo he tenido que tragar. Porque dije que nunca más un hombre y nunca más un hombre, pero siempre te amarga la espinita de no tener quien te quiera y quien te achuche. Con maña, ¡claro está!, que a mi marido le entraban las prisas y ¡hala!, de un zarpazo te la metía sin preguntar. Yo, lo que es disfrutar de… eso, ¡en la vida! Y ya me voy a morir sin.

—Mire, señora Gripi, eso no se puede decir nunca… —La señora Catalina sabe interpretar que, con todo lo que se ha dicho, es el momento de la fantasía—. Queridas, claro que nos estafaron, idò, ¡pero nuestro botón no caduca! ¡Podemos seguir buscándole el gusto hasta el último día de nuestra vida!

Y lo mismo da si llegan a activarlo alguna vez. Comparado con haber podido quitarse tantas postillas de dentro, lo mismo da. Por eso la luz que se les adivina ahora en los ojos no está hecha de morbo. Las chispas que filtran los agravios más antiguos vienen de profundidades completamente distintas.

Eso sí, la tragedia que no se llegó a escribir no termina aquí. Ni con ellas. La tragedia que no se llegó a escribir encontraría escenas de violaciones legitimadas detrás de cada pared de cada casa, de cada familia, de cada pueblo, de cada mundo, de cada tiempo. Y no tendría fin. Y llámale Zhejiang, llámale el Moianès, los ejemplos y variaciones de la muerte en vida de las mujeres son legión en cada palmo de eso que tenemos las agallas de llamar *humanidad*.

37

¡Hija tercera, haz esto! ¡Hija tercera, trae lo otro! Así le mandaban desde que nació. ¿Para qué darle rango de persona si para las órdenes basta con un grito? Ahora tiene diez, once años —la madre, la única que se lo podría decir con certeza, ya no está—, y pasará a ser de otra voz. Una voz que le recortará el aire con otro grito: ¡Tú!

Si supiera lo que le espera a partir de hoy… Se escondería en aquella cueva que solo conoce ella. O se iría por los montes hasta que se le deshicieran las piernas. Pero diez kilos de boniatos y medio saco de arroz no parecen malos augurios. Para una despensa tan desolada como la suya, siempre son fiesta mayor. Los descarga un pipiolo colorado de cara que no le cobra nada a su padre porque la paga es ella. Y adiós muy buenas.

A tres días a pie desde casa la espera un pueblecito al que llaman Kuishi, cuatro paredes de piedra, una suegra, un fogón, una escoba, media caña con dos cubos en cada punta para cargar agua, tierra que escarbar, animales pequeños que cuidar y martirios que ni sabe que existen. Ya puede quitarse la piel de hija tercera, acaban de desterrarla.

El padre no ha esperado a que cumpliera los catorce para casarla. El padre ha preferido ahorrarse los años —¿tres, cuatro?— que tendría que mantenerla todavía, y la dote y el banquete que habría tenido que pagar por una boda normal. Y se ha deshecho de la hija de la forma más provechosa para él y más gravosa para ella: como novia niña de un matrimonio menor. Una esclavitud con todas las letras que el polvo de la tradición y de tanta miseria les impide leer con estos ojos. Y así es como, al día siguiente de ver desfilar a una novia niña hacia el abismo, todos vida normal. Y vuelta a empezar, que tal día hará un año.

Han pasado los tres días. Despeñaderos, piedras, sebes, pinchos… Todo lo que se le ha clavado por el camino se le ha

quedado marcado en las plantas de los pies, de recuerdo. En menos de una semana esas mismas señales le ennegrecerán tantas partes del cuerpo como requiera el trabajo que venga después del ¡Tú!

Quien más utiliza el nuevo grito no es el pipiolo colorado de cara que a su debido tiempo será su marido. Es la suegra. Ahora que ya la tiene aquí. No se dormía ni un día sin pedir una nuera, por favor una nuera. No la va a desaprovechar ahora. Traer hijos al mundo le ha debilitado los pulmones, no se va a ablandar porque la nuera resulte ser una niña que en vez de huesos todavía tiene cartílagos. La suegra también lleva el polvo de la tradición y de tanta miseria pegado a la nuca, debajo de ese moño que la agarra por el pelo.

Los primeros tiempos la atraviesan sin siquiera verles ni el color. En cuanto el hoy le cierra los ojos, despunta el mañana. No hay tregua ni conversación ni acogimiento ni explicaciones. Ni más descanso que el momento de engullir dos cuencos al día. Siempre de pie, al lado del fuego, cuando ya les ha servido la mesa a todos y ya están eructando.

Hacia los catorce años, la noche ya no pasará de largo como el día. Hacia los catorce, el pipiolo colorado de cara empieza a embestirla. Él sí que ha visto y contado los años perfectamente. Y ya hace más de tres desde la compra. Calcular también era un seguro. Muchos habían aprendido que si no procuraban enfriar la espera y la violaban en cuanto llegaba, se les iba al otro barrio al primer parto. La maquinaria del nacimiento no estaba madura, todo era un derroche de sangre y de carne y ¡hala!, una novia niña más para enterrar. Y muchas veces el recién nacido también. No convenía perder cuero y correas.

Pero tener por marido al más calculador de la gama no significaba librarse de la Noche. La primera, habría jurado que eran las manos de la Muerte, la que tiraban de ella, una por cada lado, para partirla por la mitad. Y no debían de ser de la Muerte, o se fueron de vacío. Porque seguía viva cuando el pipiolo colorado de cara desmontó y rodó hasta su yacija.

Primero se concentró en una mano, a ver si la notaba. Y poco a poco se la acercó a la cara. Hizo un cuenco con ella y comprobó que sí, que le salía aire por la nariz. Después pasó revista a las piernas. Se las tocó. Sí, seguían unidas al mismo sitio de siempre, también.

La otra mano, los dos brazos, los pies… Parecía que todo estaba en su sitio, ¡y entero!

Y se le ocurrió una alianza. Si la Noche se comprometía a destrozarle solo las entrañas, a quemarle solo la piel y a magullarle solo el cuerpo, pero la protegía de las manos definitivas de la Muerte cada vez que la atacara, ella haría todo lo que le mandase.

La Noche procedía de la primera polvareda, como el Sol, pero a él le habían dado título de rey. Lo único que tenía que hacer era brillar. Y la Noche no era oscura por casualidad. Con los ojos cerrados, ¿qué mortal podía saber quién hacía todo el trabajo en realidad? La Noche no daba abasto. Debía velar por todas las maravillas del mundo, por todas. Y era agotador. Quizá hubiera llegado el momento de contar con algún refuerzo… La desesperación también cría ilusión, puede hacerlo de buen grado, pensó la Noche. Y la Noche aceptó: dispuso ayudantía a cambio de vida.

En primer lugar me quedo con tu sueño, nunca más volverás a cerrar los ojos. Porque tendrás que venir conmigo y ayudarme a custodiar los tesoros de la Tierra. Y te advierto que no se acaban nunca, que te quedarás baldada. Si te parece bien, las manos de la Muerte no volverán a acercarse a ti. De acuerdo, dijo ella, ¿por dónde empezamos? La Noche ordenó que los primeros tesoros fueran los de Zhejiang, y acordaron que después de la puesta se la llevaría por el firmamento. Volando.

Y a volar se ha dicho. Se convertía en algodón, salía de ese cuerpo magullado y lo dejaba tumbado en la camita de bambú. Exactamente como si estuviera allí cuando el pipiolo colorado de cara fuera a desgarrarla. Y qué bien se le daba elevarse al primer impulso. Pero siempre se entretenía unos segundos de más. Porque se miraba desde arriba. La frente febril, el pelo pegajoso, los puños dos rocas. Eran suyos. Era ella. Entonces, la Noche tenía que retroceder. ¡Chst! Un pacto es un pacto, le decía, y le secaba los ojos de un soplido. ¡Arriba y fuera, Luli!

Y fue detrás de la Noche como aprendió tantas cosas. Que tenía un nombre, Luli. Que significaba *jazmín perlado de rocío*. Que el insomnio podía ser una contrapartida justa. Que el camino no siempre es solo tropezones, fatigas y pies sucios. Que también hay prodigios. Que abundaban en su tierra, y que eran de los que no se

pagan ni con todas las estrellas del cielo en el bolsillo.

¿Maravillas de agua, de bosque o de piedra? La Noche siempre le hacía la misma pregunta cuando ya rozaban las nubes. Ella volvía un poco la cabeza, repicaba con los dedos en la mejilla y elegía. Y empezaban la jornada: ¡arriba y fuera, Luli!

Sobrevolaron el Pueblo de los Nueve Ríos y revisaron todos los puentes tocándolos con la punta del pie. Repasaron las cimas, las rocas y las cascadas de la Montaña Yadang hasta cerciorarse de que tenían intactas las Tres Perfecciones. Treparon a la luna para observar cómo se miraba en los tres espejos del Lago del Oeste, por si alguno se había desportillado. Entraron en la Gran Cueva de las Hadas Shaolin para cincelar los pilares de jade. Metieron la cabeza en el Lago de la Mil Islas después de contarlas todas y se saciaron de su agua de azúcar. Acompañaron al río Qiantang a estrellar su poderosa ola. Revisaron los quinientos escalones de Yongkang, el Pabellón de la Orquídea de arriba abajo, el Templo del Retiro del Alma… Cada hora nocturna, una maravilla asegurada, lista para la contemplación de los mortales.

Y fue con la belleza de la Noche en los ojos como pudo tragar toda la fealdad. Porque todos los días la encendía el Sol con el primer bostezo, la llenaba de luz y la convertía en dueña de todas las formas. Era imposible no ver la fealdad en todas partes. En la mueca de su suegra, en las mejillas coloradas de su marido, en los chasquidos de la casa, en los sacos que había que trajinar, en el harapo que la vestía. Pero ella invocaba una palabra y ponía la mano: Luli. Y al momento notaba la fragante llovizna de gotitas y de flores. Desde que llevaba puesta la capa de jazmín perlado de rocío, que le parecía que la fealdad no la ensuciaba. Y que ya no podía herirla más. No había empezado nada bien con la Noche. Y al final también la había salvado de las manos del Día.

Así podría contarse una vida como la de la abuela de Wenling. Pero, como habría exigido una función para ella sola con todas las de la ley, seguramente habría preferido no empezar. En cuanto le hubiera tocado desembuchar a ella, la habría abandonado la voz, entrenada como estaba para tener vetada la tribuna. Aunque tampoco habría desaprovechado la ocasión por completo. Esas almas le habían confiado unas cuitas muy semejantes a las suyas, podría decirse que

eran como hermanas. Y por eso la abuela de Wenling no habría dicho nada, pero las habría mirado de una en una. Muy a fondo. Con mucha atención. A la señora Gripi, anhelo a cambio de anhelo. A su melliza, franqueza a cambio de franqueza. A la señora Eulàlia, temblor a cambio de temblor. A la señora Mundeta, herida a cambio de herida, y a la señora Catalina, gratitud a cambio de gratitud.

La abuela de Wenling no las pudo acompañar aquella tarde de desagravios en la peluquería. Hacía nueve años que se la había llevado la Noche a hacer ronda de maravillas para siempre. Pero mis conciudadanas de peluquería predilectas ya estaban en la calle a punto de separarse, cada mochuelo a su olivo, cuando de repente el aire cambió. ¿No huele a…? ¿Vosotras no lo oléis también? ¡Sí, claro que sí! ¡¿A qué va a oler, si no?! ¿En esta época y en esta calle? Parece mentira, pero… ¿no es jazmín?

38

Wenling ha encontrado la manera sutil de averiguar si tengo prisa. Cuando ve que ya me he repeinado los cuatro pelos y apago el secador, y viene y me pregunta ¿Tú trabaja ahora?, quiere decir que si puedo entretenerme un poco. Al principio no me daba cuenta. Me fiaba de la literalidad y de mi capacidad comunicativa, y respondía, por ejemplo: ¡no, vengo de trabajar! O: sí, más tarde; ¡ahora voy para allí! Qué desproporción entre la intención y el resultado, era una quimera que pudiera aclararse. Wenling decía vale, guapa, y se guardaba otra vez lo que fuera que tuviera para mí. Ahora ya me he caído de la higuera. ¿Tú trabaja ahora? ¡Nooo!, contesto yo llueva o nieve. ¡Estoy libre!, le digo siempre. Y dicho y hecho. Se va dentro y vuelve con un sobre que me enseña. Un sobre de La Caixa.

Si alguna vez os echan, la cosa es como sigue:

Muy señores nuestros:

Por la presente les comunicamos nuestra decisión de proceder a la resolución de las relaciones contractuales que mantienen en la Entidad.

[…]

No obstante, respecto a los depósitos vinculados a productos con cuotas pendientes de pago, les informamos que estos se mantendrán, quedando su operativa limitada al abono del importe necesario para atender el pago de las mismas.

[…]

Sin otro particular,

Atentamente

SUBDIRECTOR GENERAL DE SERVICIOS BANCARIOS

Doy por sentado que se entiende que como clientes de una hipoteca sí que les parecen bien. Los desahucian de la cuenta en la que tenían las mismas domiciliaciones que cualquiera, me recita

Wenling perpleja: colegio, piano Haijun, básquet Haitao, agua, luz, alquiler peluquería… ¡Lo normal! Y se va poniendo nerviosa. ¡Paga todo siempre! ¡No debe nada! ¡Yo no entiende! No entiende los motivos que hay detrás, porque en cuanto abrió la carta se fue donde Pep el frutero para que se la tradujera. Todavía no existe un diccionario humano-bancario/bancario-humano con aplicación para móvil. Y la entiende tan bien que no lo puede entender. ¡Yo pregunta Caixa por qué y no dice! ¡Yo no sabe qué hace mal, yo no sabe qué pasa!

Marco el número de atención al cliente y esto, amiga mía, esto no es el hospital de Sant Pau. En este caso puedo meterme mi voz de autóctona por donde me quepa. Ya sabía, como sabemos todos, que su estrategia de terror psicológico consiste en deshacernos los nervios. El colmo es que todavía se puedan superar. Porque ahora ya ni siquiera alivian con musiquita el suplicio de llamar a atención al cliente. No nos merecemos ni *Para Elisa* de Beethoven, que ya es ser desgraciado. Cuando por fin puedo hablar con un ser vivo he tenido que pasar por marcar cuatro veces siguiendo las órdenes de una lata vacía que

entonaba
cada
palabra
como
si
las
vomitara
de
un
bombo
de
lotería.

Y, por lo que se deduce de la respuesta, tampoco hay gran diferencia entre lata vacía y ser vivo. Me despacha como quien oye llover: *Estas consultas se valoran cuando se recibe el que debe mandar al buzón que aparece en el extremo inferior izquierdo de la carta, ¿alguna otra información?*
e-mail

Y yo también me quedo con un palmo de narices… Gracias, guapa, tú tranquila, tú no más cosa. Wenling no quiere que la acompañe a la sucursal que los ha facturado tan suciamente, ¡Anda, vamos! No, gracias. Tampoco quiere mandar una queja por escrito a la oficina *antirrumores* que he descubierto en el ayuntamiento y que los atendería. Ni insistiendo mucho, muchísimo; nada. No, gracias. En el
BBVA
que hay al lado de su casa les han abierto una cuenta al instante y sin ningún reparo. Chica
BBVA
muy simpática, no entiende por qué Caixa hace esto, dice nosotros tiene todo bien. Wenling no quiere llamar la atención, no quiere hacer ruido, no quiere despertar a la bestia, quiere protegerse, ir tirando.

Su *todo bien* no duró ni el momento de cobrar. Antes de un año les hicieron la misma jugarreta en el
BBVA
: bloqueo de cuentas a todos los clientes de nombre asiático que constaban en su base de datos. Porque habían detectado blanqueo de dinero en las cuentas de personas de origen chino, adujeron. Como si defraudar tuviera algo que ver con la onomástica antropológica. Una ojeada distraída a los *papeles de Panamá* nos demuestra que no, que la conexión entre los apellidos Messi, Borbón, Almodóvar, Strauss-Kahn, Berlusconi o Al Assad no nace de la tierra. Nace de la jeta que les va creciendo a los ricos por debajo de la piel y que, por mucho que lo oculten, al final los emparenta por razón de latrocinio. Para más inri, el día en que el
BBVA
les congeló los movimientos era el cumpleaños de Wenling. Me dijo, ¿te gusta el regalo? Se le ocurrió esta gracia cuando ya estábamos en la oficina del
BBVA
, cuando ya me había indignado y me había desgañitado bastante y esperábamos que su asesora la resarciera de una situación que a la pobre chica, vale la pena que conste en acta, también le parecía

inexplicable e injusta. Wenling no estaba de broma cuando me llamó muy alterada porque no podía pagar los sueldos ni la luz ni los autónomos ni el alquiler de la peluquería por culpa del bloqueo. Cuando me telefoneó hacía una semana que no dormía. Clientela enfadada porque no podía usar el datáfono, quedar mal con la inmobiliaria, peligro de multa por impago de la cuota de autónomos, de un corte de corriente, de más recibos devueltos… Una semana con el escalofrío de la indefensión en todos los músculos. Caminaba tan encogida que ni la veía cuando nos abrazamos en el portal de la sucursal. Coge aire, anda, respira, Wenling, ¡verás como salimos de aquí con todo arreglado! El eso espero me lo callé. Sentada en el borde de la silla de escay, móvil en mano, me resumió la situación con una palabra que me puso la cara a cien grados: *discriminación*. Que desde que su padre murió ya no pone ni la triste transferencia anual que le ponía, que ya no manda ni un céntimo a China, que todos los movimientos que hace no salen de Barcelona, que tenerla en el mismo saco que a los defraudadores es una ofensa, que ella puede presentar las cuentas a cualquier inspección, que lo tiene todo al día con el gestor, toda la documentación en orden, todos los impuestos pagados, que pude demostrar que lo ha ganado trabajando después de que unas amigas de la infancia le prestaran dinero para redondear los ahorros y poder pagar el traspaso de la peluquería. Que a partir de ese momento, ninguna ayuda más de nadie, ¡nunca! Que a partir de ese momento, ¡todo con mis manos y con mi cabeza! ¡Todo!
¿Que cómo terminó la cosa? Una semana entera dándole largas, Wenling llamaba hasta dos veces al día para preguntar, pero nada, que te lo estamos mirando. Había bastado con un único chaparrón de los míos. Que no influyera que la asesora del banco me reconociera como la de los documentales. Y que no influyera también que le pidiera todos los detalles del bloqueo para informar al ejército de periodistas que tengo tan a mano. Estaba blanca como la pared cuando me dijo que ya estaba solucionado. Los ojos fijos en el ordenador, mira, me acaba de llegar la circular que me autoriza a deshacer el entuerto. Y lo dijo, sí: Ahora mismo, qué *casualidad*.

¿Son imaginables las consecuencias de un bloqueo bancario a personas con plena competencia lingüística en catalán o castellano, una red social fuerte, asesoramiento legal garantizado, posibilidades

de tribuna pública y derecho a voto? Si los bloqueados, humillados, calumniados y damnificados se hubieran apellidado García, Molina, Gil o Vila, en vez de Liu, Xiang, Hung o Chen, ¿qué, eh? Exacto. A mí también me llega la indignación, la furia, el estrépito de escaparates, el pestazo de cajero automático chamuscado, el escándalo, los titulares, la crisis de gobierno, la rectificación de las entidades bancarias. Y todo en menos de veinticuatro horas.

Salimos del
BBVA
con las cuentas reabiertas y, como era muy pronto para agarrar una curda, Wenling me dijo que entrara a tomar té. Guapa, yo piensa… ¿No quiere nuestro dinero porque echa nosotros fuera? Si me hubieran metido un escarabajo por la camiseta no se me habría descoyuntado tanto el cuerpo. ¡Qué dices! ¡No! ¡Nada de eso, Wenling! ¿Seguro? ¡No tiene nada que ver! ¿Seguro? ¡Seguro! ¡Nosotros tiene todo bien con papeles! ¡Por eso! Y ¿por qué hace esto a nosotros? Porque… ¡porque son unos sinvergüenzas! Y… ¡unos ladrones! Y… porque al final, ¡los bancos siempre van en contra de las personas!

Arengas, mandangas, cuentos, nada tenía sentido para Wenling. Le conté de la estafa de las preferentes a mi abuelo, los desahucios, las cláusulas suelo, las comisiones, los saqueos, el rescate… Pero Wenling ya sabe que el mundo es de los desalmados, no le bastaba una lista de quejas tan habitual, tan universal. Ella veía otra sombra. Y como yo no la captaba, lo intentó otra vez: Yo con problema de bancos no duerme, no puede… Guapa, yo no sé qué pasa, esto es cosa muy antigua, pero yo quiere mis niños todo catalán… ¡yo vida ya aquí! Si Caixa y BBVA siempre quiere dinero y ahora no: ¿es porque nosotros echa para China si Cataluña aparte?

Conviene puntualizar que esta conversación tuvo lugar unas semanas después de nuestro Después de Cristo: Después del Referéndum del 1 de octubre de 2017. Wenling, Yang y todo el personal de la peluquería también vieron los porrazos, también sintieron el miedo. Gracias, señores banqueros, gracias por contribuir a que tuvieran que sentirlo por partida doble. Porque la ecuación se resolvía sola: ¿Las cosas se ponen feas? Pues a ver si de rebote vamos a tener que hacer las maletas, no puede querer decir

nada bueno que nos echen en cara nuestro dinero.

El hervidor ya silbaba y eso me dio unos segundos de margen. Para encontrar algo que decir que no fuera demasiado mentira. Wenling hundió las hojas verde oscuro y sacó dos tazas de la estantería, nos sentamos. Está todo muy revuelto, no me extraña que te asustes… Pero nadie os echará, Wenling, aquí las cosas no funcionan así, estáis en vuestra casa, aquí estáis protegidos, créeme, tienes que creerme… Wenling suspiró y tomó un sorbito de té. Yo también. En el reguerito que me escaldó la garganta nadaba un *te lo prometo*.

39

En California nunca se había conocido una obra semejante. Estamos a mediados del siglo XIX y una gesta tan hercúlea solo se podía soñar. Demasiado canijos, no podrán con su alma, y fíate de ellos… *No Chinks!* Los contratistas no los quieren, pero son tan pocos los jornaleros que se apuntan al reclutamiento que no tienen ni para empezar, aunque sean tan altos, fornidos, irlandeses, católicos y blancos como ellos. Y con la enormidad de brazos que se necesitan, se tienen que fastidiar. No les queda más remedio que aceptarlos. Y aquellos chinos de Sacramento son los primeros.

La fiebre del oro ya había deslumbrado a muchos valientes de China, veinte años atrás, y no lo habían hecho nada mal, al contrario. De familias arroceras, traían de Asia la sabiduría para drenar la tierra, desviar riachuelos y pescar hasta el último grano precioso que brillara al sol. Los chinos llenaron los cofres del U. S. Department of Treasury a base de bien. Además, se les daba mejor que a nadie labrar tierras rebeldes e injertar en ellas variedades más alimenticias y resistentes. Y a base de bien también llenaron la tripa a muchos colonizadores europeos. Pero nada, ninguna de sus habilidades les sirvió de nada. Los Wayne, los Fonda, los Stewart, los Peppard y los Peck eructaban después de comer y dejaban a oscuras el reconocimiento de los que doraron la conquista del Oeste tanto o más que ellos.

Y arrugando el morro contratan a los cincuenta primeros. Les dan picos y palas, les dicen que empiecen, y los capataces se quedan con la boca abierta. ¡Oye, a ver si vamos a hacer realidad esta locura! Y corren a buscar más peones para su ejército. ¡Más! ¡Más! ¡Todos! No tienen suficiente con los chinos que hay en California y se van de cabeza a su tierra, a la provincia de Guangdong. Naves ya

tienen, de cuando secuestraban personas en África y se las llevaban para esclavizarlas. Ahora se lo han prohibido, habrá que amortizarlas. Y los hijos de Guangdong que cargan en los barcos son millares. Son millares los que prefieren probar una suerte amarga a seguir comiendo guerra y hambre. Y los que se embarquen serán principalmente labradores, pero también habrá herreros, carpinteros, cocineros, médicos… Y todos volverán la cabeza para ver el pueblo por última vez, contendrán el aullido y se dejarán borrar por la niebla mar adentro.

Son hombres, jóvenes la mayoría, y tienen dos manos como todo el mundo, aunque al verlos trabajar en la magna operación nadie lo diría. Porque parecería que se necesitan ocho o diez, para quitar la nieve de las sierras, para no notar lo que quema el desierto, para burlar el lago de sal, para escarbar en el barro, para echar abajo bosques enteros, para cruzar riscos, para dinamitar la piedra, para levantar paredes, para cavar, para picar, para atornillar… Para coserle a la tierra indígena una cicatriz que gritaría para siempre.

Ellos, los menospreciados *chinks*, son el noventa por ciento de las mulas de carga que entre 1864 y 1869 construirán el primer ferrocarril transcontinental de Estados Unidos. Son ellos los que, poniendo traviesas de una en una, lo llevarán desde el oeste hasta hacerle tocar las dos puntas a la gran nación. Son ellos los que, sin herramientas mecanizadas, solo con sus veinte dedos, le moldearán los relieves y le regalarán la nueva era: ¡Toma, América, ya puedes montar en el tren de la Edad Moderna! ¡Ya puedes poner en marcha el capitalismo a toda máquina!

Se lo regalarán, sí. La Central Pacific Railroad paga por el sudor y la sangre de los peones chinos menos de la mitad que por la de los irlandeses. Una auténtica proeza a precio de saldo, no pudo haber mayor satisfacción. Además resultó que los chinos no enfermaban tanto. El arroz con verdura que cocían los ayudaba a funcionar con más ligereza que a los que solo sabían atiborrarse de patatas. El agua hervida que bebían ahogaba las bacterias y los protegía de las diarreas continuas. Y tampoco tenían que recuperarse de las noches de licor porque ni lo olían. Pocas desconfianzas han existido que tengan por respuesta tanta eficiencia, tanta resistencia y tanta fiabilidad. *If it is ever built it will be the work of giants*, había dicho el general William

T.
Sherman. Bien, ahora que les hemos construido el ferrocarril, no es necesario que nos traten de gigantes, pero quizá ahora lleguen las buenas palabras y las añoradas gracias; esas ilusiones se hacían los peones chinos.

Pero aquel 10 de mayo de 1869 en Utah, en la cima de la colina, aquel día en que se unieron vías y se estrecharon manos para la Historia, aquel día ya sospecharon que para ellos sería un júbilo sin alegría. Los obreros chinos no salen en la célebre fotografía porque los capitostes de la Central Pacific y de la Union Pacific no quieren verlos en la ceremonia oficial. Ya no les hacen falta sus veinte dedos, su sudor, su sangre, su determinación ni su caletre para enlazar las dos líneas con el último clavo. Es de oro, y ni siquiera lo clavan de verdad. Lo cambian por uno de hierro tan pronto como el gobernador de California da por concluida la farsa de levantar el pico y asestar el golpe triunfal.

Y lo mismo que con el clavo de oro, con todo lo demás: aquel 10 de mayo de 1869 es también el día en que empiezan las mentiras. Barrerlos de los festejos también significa barrer su contribución de la memoria pública. Así pues, el transcontinental de la parte del Pacífico lo habrán hecho unos fantasmas: ¿obreros chinos?, ¿qué obreros chinos? Bah, chinos… ¡cuatro *chinks*! Queda preparado el terreno para que su esfuerzo y sus mil doscientos muertos por el ferrocarril tengan su medalla al final. Se retrasará trece años, y será una ley.

Apurado el oro y enlazado el ferrocarril, la recesión empieza a cabalgar por la Costa Oeste. El trabajo escasea; la soldada baja. Los obreros blancos empiezan a echar cuentas, a organizarse: ¿Queréis seguir engordando la revolución industrial y apuntalando el life style de la clase media? Pues ¡pagad sueldos decentes! Y se plantan. Los patronos responden buscando al tercero, el que siempre recibe cuando dos se pelean. A los *chinks* se les prohíbe afiliarse a los sindicatos, ¿verdad? Repóquer: ¡ellos reventarán la huelga! Sin la unión que hace la fuerza, los obreros chinos que buscaban una forma de ganarse el pan aceptan trabajar a cambio del precio bajo que les dicen. *No llamar la atención, no hacer ruido, no despertar a la bestia, protegerse, ir tirando*. Los patronos vuelven a tener la producción de lana, de cigarrillos y de botas en marcha, y los

obreros blancos, un contrincante mucho más débil. Con qué rapidez se aprestan a señalarlos. Primero empiezan por llamarlos *¡Esquiroles!* Poco después *¡Ladrones! ¡Bárbaros! ¡Enemigos!* Pero lo que triunfa más entre los jornaleros blancos es *¡Ratas!* Los patronos no caben en sí de gozo. Han encontrado el chivo expiatorio y han distraído al personal; en cuanto se desahoguen, no tardarán en venir con el rabo entre las piernas buscando trabajo. ¿Hay algo más sensacional? Nada como inflamar el supremacismo y los prejuicios colectivamente.

Y los chinos americanos descubrirán que lo de «We the People…» del preámbulo de la sagrada Constitución de los Estados Unidos de América, ese encabezamiento que debería amparar a todo el mundo, no es para ellos. Los chinos americanos no entran en ese *nosotros el pueblo* porque ya no se los considera personas, ahora serán una *cuestión*: The Chinese Question, o carta blanca para poder hacerles de todo. Se convocan reuniones para manifestar *your opinion on The Chinese Question*. Los periódicos anuncian *Great Anti-Chinese Mass Meeting*. Se empapelan las calles con carteles: *Chinese? No! No! No!* Los caricaturizan peor que al ogro: un solo diente, las uñas largas, el rictus malicioso… repulsión de un solo plumazo. *Shall we have Chinese? No!*, gritan desde las tarimas. *The Chinese must go!*, responde el público. *The Chinese are a source of danger to American civilization*, se afirma en un debate político. Y de las palabras a incendiar casas y tiendas solo hay una pobre cerilla. Y les queman las pocas cosas que tienen, les tiran del pelo, los apedrean, les dan palizas, los linchan… Los matan y nadie paga la condena. «Lo llaman exclusión, pero no es exclusión, es exterminio», dejará escrito Chan Kiu Sing, intérprete de la policía de Los Ángeles.

Porque la medalla que les debían por el ferrocarril es la ley que bautizarán con estas mismas palabras: *Chinese Exclusion Act*, Ley de Exclusión de los Chinos. Pasa el trámite del Congreso en 1882, la firma el presidente Chester
A.
Arthur, «Si la emigración china se concentra en las ciudades y amenaza el orden público o si, limitada a localidades pequeñas, lesiona los intereses del pueblo norteamericano, sin duda el

gobierno de Estados Unidos debe tomar medidas para evitar estas aglomeraciones de chinos», y va directa al cuadro de honor de la Historia Universal de la Vergüenza. La Ley de Exclusión de los Chinos niega la condición de ciudadanos a los que viven en América y decreta que no se permitirá la entrada de ninguno más, cataloga por primera vez de *raza* a todo un pueblo y lo veta. Los Estados Unidos de América, pioneros hasta la médula, se adelantan cincuenta años a las leyes alemanas antisemitas. Adolf Hitler elogiará públicamente el racismo institucional americano, será su maestro, lo reproducirá, lo ampliará y lo llevará hasta… hasta la Shoah.

Pero si cerrar el paso a la inmunda escoria china, *responsable de desmoralizar a nuestro pueblo, de llevar la degradación y el deshonor a nuestro trabajo y de desbaratar la integridad de la composición racial americana*, hubiera significado perder a los comerciantes chinos más estratégicos, a los diplomáticos chinos más favorables y a los estudiantes chinos más lumbreras, mal negocio. No se podía renunciar a los *good chinamen*, a los que eran dignos de América. Ningún problema. Se aprueban unas exenciones a medida para que ellos sí puedan entrar y salir libremente y asunto resuelto.

A partir de 1882 se consideraría ilegales a los chinos rasos hasta que demostraran lo contrario: no llevar los documentos era caer en el pozo de la deportación. Y también había una diferencia abismal entre llevar doblados en el bolsillo los documentos de exento y los de excluido. Con el portazo legislativo, los chinos americanos *excluidos* se quedaron con la mitad del corazón dentro de América y la otra mitad fuera: no se movían por miedo a no poder volver y no estaban autorizados a traer de China a sus padres, hermanos, mujeres ni hijos. Y al declarar ilegal el matrimonio entre chinos y americanas, la Ley de Exclusión de los Chinos se apuntó de paso otra condena, el sitio a los afectos: la soltería. Y como no bastaba con la tristeza que siempre se pega a la soledad como una lapa, también tenían que soportar retahílas de insultos. Las modélicas familias americanas, padre, madre, niña, niño, se apartaban de ellos como si tuvieran la peste. Mucho cuidado con esos tipejos a los que nadie quiere, porque ¡por algún motivo será! No querían saber nada del verdadero motivo y se quedaban con el suyo: ratas adictas al

opio, ratas comeperros, ratas indecentes, ratas depravadas, ratas peligrosas…

«Estamos aislados, dispersos y segregados. Intentamos hacer algo. Algo que solo necesite agua, jabón y una plancha. —Escribirá un lavandero—. Lavando y planchando la ropa de nuestros clientes pensamos en nuestros seres queridos. Y nos duele, pero nos ayuda a seguir un día tras otro, un mes tras otro. Como estamos prohibidos, nos hemos convertido en una curiosidad. Nos estudian. Escriben sobre nosotros. Nos hacen fotografías. Siguen viéndonos como extranjeros perpetuos. ¿Es que todavía no somos todos iguales bajo la capa del cielo?».

No eran cortos de entendimiento, no. Esos chinos americanos se lamentaban de los mismos males que Shylock, el de Shakespeare. Pero enseguida tenían que secarse las lágrimas y sorberse los mocos: los esperaba una enorme colada. Al batallar con los tres kilos y medio que pesaba la plancha de hierro, de pie veinte horas al día, seis días a la semana, después de sudar la gota gorda para lavar bien la ropa en unos cuchitriles sin ventilación, lo llamaron *Eight-Pound Livelihood*. Y encontraron la forma de ganarse la vida. Ningún americano se quejaba de que con eso les quitaran el trabajo, y con cuatro chavos de préstamo tenían suficiente para abrir pequeñas lavanderías. No llamaban la atención, no hacían ruido, no despertaban a la bestia, se protegían, iban tirando.

Los habían privado de la ciudadanía y, por lo tanto, también de contratos de trabajo. Y como no había muchachas chinas a las que endilgar el muerto, aquella comunidad de solteros salvó el pellejo gracias a cargarse ellos con los *trabajillos de mujeres*. Los chinos americanos demostrarían a los más recalcitrantes que limpiar las cascarrias ajenas no viene de fábrica con ser mujer, que solo es cosa de peldaños: cuanto más abajo te digan que mereces estar en la escalera de la vida, más posibilidades tienes para ser de los que tienen que enjabonar, frotar, aclarar, escurrir y planchar.

Los chinos americanos constatarían además otra verdad: que el racismo y el clasismo tienen memoria solo para lo que les conviene. Porque daba igual el asco que se les profesara a los *chinks*, daba igual que no los quisieran en sus calles. Los americanos se olvidaban de los aspavientos cada vez que abrían un paquete de ropa blanquísima, lisa, calentita y fragante. Ni se acordaban de que

esas manos que tan repugnantes les parecían y que no querían ver ni en pintura fueran las mismas que todas las semanas les mimaban las prendas que después se pondrían más cerca de la piel que ninguna otra.

Se ganaba más enfundándose guantes blancos y sirviendo fuentes a los ricos, incluso el doble. Pero establecerse por cuenta propia, el *self-employment* a la fuerza, tenía una ventaja: no aguantar amos. Con la dignidad tan recortada, día que ganaban sin órdenes ni insultos, día que notaban que la recuperaban un poco. Además, servir en casa de los americanos comportaba la sobrepaga de perder el nombre. Tener que cambiarlo por Charlie Chinaman, invariablemente. La categoría *criado chino* volvía a las personas incontables e idénticas. No hacía distingos ni por la fisonomía ni por la edad ni por la altura ni por el deje ni por el carácter: todos eran Charlie Chinaman. Como si los uniformes no los llenara un alma por dentro. Como si anduvieran solos.

A algunos se les daban bien los guisos y prefirieron quemar los días entre fogones, en vez de entre sábanas, pañuelos y calzoncillos sucios y acartonados. Y así fue como los restaurantes fueron la segunda pata que sostuvo a los chinos de América. En la provincia de Guangdong no se habían comido nunca unos platos tan escasos, tan elementales, tan fritos, tan pobres de pescado y tan faltos de especias. Pero los americanos eran toscos de paladar y se chupaban los dedos, desde el pequeño hasta el gordo, y apoquinaban. Y en cuanto le pillaron el tranquillo a sus gustos empezaron los inventos: el chop suey, el plato que podían hacer con todo lo que tuvieran del día, picadito pero suficientemente grande para que la desconfiada clientela pudiera identificar verduras comunes y carne *reglamentaria* —ni perro ni rata—, se hizo el rey. Podían hacer chop suey de todo, porque se lo zampaban todo. El pollo del General Tso también causó sensación. Si alguna vez hubiera existido el General Tso, seguro que habría escupido con una mueca de asco esa carne barnizada en salsa dulce. En América no tardó en llegar a ser plato nacional.

Americanizar una cocina antiquísima, compleja y rica como la china también quería decir infantilizarla, y les dolía, desde luego, pero una afrenta más daba igual. Los sacrilegios que salteaban todos los días en el wok se les olvidaban en cuanto entraban en la

tiendecita para mandar la mensualidad a la familia. Ese rato era media vida. Porque quien dice tiendecita dice farmacia-estafeta de correos-salón de té-banco-club social… Todo. ¿Qué habría sido de todos esos solteros de ojos cansados de tanto escarnio y de tanta pena? Sin un rincón amigo que los confortara, en el que poder hablar un rato, habrían llegado a creer que solo habían venido al mundo para deslomarse. Esas tiendecitas les demostraban que ellos también habían nacido con dimensiones, sentidos, afectos y pasiones, que se enfriaban y se calentaban con el mismo invierno y el mismo verano que un americano, que si los pinchaban también les salía sangre y que, si les hacían cosquillas, también se reían.

Los solteros viejos tuvieron que ir muriéndose solos y los jóvenes tuvieron que ir envejeciendo solos hasta que empezó la Segunda Guerra Mundial. 1943 es el año en el que se celebra una enemistad común: Japón. Estados Unidos y China fingen que se quieren un poco para aliarse y defenderse, y el presidente Franklin
D.
Roosevelt pide al Congreso que derogue la Ley de Exclusión de los Chinos: «Las naciones, igual que los individuos, se equivocan. Debemos ser suficientemente grandes para reconocer nuestros errores del pasado y corregirlos». Aunque la enmienda da risa, más que otra cosa. Sí, América abre las puertas a los chinos, pero a razón de ciento cinco personas al año como máximo.

El presidente Lyndon Johnson no firmará la Ley de Inmigración y Nacionalidad hasta que el aliento de las protestas por los derechos civiles le caliente la nuca: «La antigua era antiamericana en el sentido más elevado de la palabra, porque no era fiel a la fe que trajo a millares de personas a estas costas antes incluso de que fuéramos un país». En aquel 1965 se deroga la discriminación institucional: las personas que habían venido de China ya no serán unas proscritas y podrán entrar en el país tantas como lo deseen. Y cómo se les nota el cambio en la cara. Y en el andar. Ahora los chinos americanos no irán solos como lechuzas, amedrentados, siempre arrimados a las paredes. Ahora irán escoltados por una hueste de familia que da gusto verla. Y se les oirá la voz por primera vez, se los verá mover la mano para indicar *niños, cuidado con el tranvía*, se les adivinará el esbozo de una risa… Bah, gestos. Sí, gestos típicamente identificables en personas convencidas de

serlo de pleno derecho a todas las horas del día y ante las niñas de todos los ojos.

Sin embargo, la historia que empezó con un cedazo de granitos de oro y un pico y una pala no tiene el *happy end* que algunos esperan en el cine. Los chinos americanos ya no serán ilegales hasta que se demuestre lo contrario y podrán vivir sin tanto sabotaje, pero seguirán sentenciados. A no encontrar compatriotas americanos que les alquilen o les vendan un piso extramuros, para empezar. A tener que hacinarse en unos barrios cuyo nombre advierte por sí solo que eso no es América del todo, que lo que pisas ahora es *Chinatown*. El urbanista que diseña los guetos siempre es el mismo: el racismo. Y dará igual que las nuevas generaciones sepan el himno, que se pongan firmes, la mano en el pecho, y que lo canten con todas y cada una de las estrellas. Dará igual que estudien, que sobresalgan, que exporten su talento *made in USA* al mundo. Todo dará igual porque los dibujos que adornaban los carteles de *Chinese? No! No! No!* seguirán pegados en el cerebro de los americanos *americanos*. Las contribuciones de los chinos, no; pero sus caricaturas sí que pasarán el *casting* del relato histórico. La radio y el cine los elevarán a estereotipos nacionales y con la televisión ya será definitivo: los envasará como cultura popular y los diseminará por todos los confines de la tierra a los que vayan a parar chinos. Y los primeros y malvados fumanchúes con la cara embetunada de color amarillo se transformarán en misteriosos vendedores de Gremlins, después en esforzados porteadores, luego en frikis informáticos, en karatecas danzarines, en risueños cocineros veinticuatro horas… Papeles de poco más que un extra con frase. Y repleta de erres, para obligarlos a fingir que se siguen atascando y que nosotros seguimos encontrándolo la mar de gracioso.

Los que son el hazmerreír de los gags no se carcajean. Y todavía hoy, en el siglo XXI, en todos los confines de la tierra, aguantan el aullido, el escarnio y la pena e, igual que Wenling, buscan protección en el *blues* de aquellos primeros hermanos que fueron a América: *No llamar la atención, no hacer ruido, no despertar a la bestia, protegerse, ir tirando*.

40

Estos padre e hijo, astillas del mismo palo. Larguiruchos y con la misma cara de desconcierto por haber aterrizado en este mundo. El padre no tiene ninguna prisa, toma gustosamente que Yang le remate el tupé, hablan, se ríen. El chaval, en cambio, no ha parado, no sabe cómo combatir el aburrimiento. Primera discrepancia que presentan. El chico se acerca a Haitao a curiosear en su juego y Haitao se cambia de sitio protegiendo la tablet como el Reino Unido niega la piedra de Rosetta a Egipto. Me imagino que necesita cierta intimidad para reducir a polvo a sus monstruos. Y también me imagino que hay que estar muy aburrido para ir a buscar distracción en una grandullona como yo, pobre chaval. ¡Qué mochila tan chula! Ah, *merci*, com et dius? Me llamo… Em dic Han. ¡Hola, Han, mucho gusto! Y con un apretón de manos rompemos el hielo. Me cuenta que tiene nueve años, que está enamorado de todos los animales y que mañana irán al Museu Blau. El pago por este rato en la peluquería. Porque Yang y su padre siguen hablando sin parar y se enrollan tanto porque los dos son de…, bueno, de un sitio de China. ¿De Taizhou, la ciudad en la que hay tantos pescadores? Y ahora sí que su expresión de desconcierto es por algo. ¡Síií! ¿Cómo lo sabes? Porque me lo contó Yang. ¡En mi clase nadie sabe lo que es Taizhou! Y ¿por qué no les llevas fotos un día y se lo enseñas? A lo mejor les parece tan guay como a mí. ¡Vale! Y lo dejo con un plan y unas cosquillas para desprecintar.

Más hijos, más progenitores. Progenitoras. Hay quien considera a los hijos el rastro revelador de una misma, y hay quien los percibe como una extensión que huye y campa a sus anchas. Dos cosmogonías. Mireia y Kristin, por ejemplo, diría que son cada una de una cuerda. Acaban de entrar, con menos de un minuto de diferencia.

Wenling redibuja las cejas a un chico mientras me pone las

manos en remojo. Desde su puesto, las saluda con un gesto que también quiere decir ahora no os puedo atender, y unta el bastoncito en el engañoso caramelo que fabrica la cera. Veo que a las dos se les desinfla la alegría cuando retroceden hacia el banco de la entrada. ¡Vale, te espero!, dicen las dos a la vez. Y, aunque se sabe que la sospecha de que los niños ajenos crecen más deprisa es un hecho contrastado, parece mentira que el de Mireia ya ande y que la de Kristin ya hable como un libro abierto. No le costó nada, y tiene cuerda para rato… Lo observa todo y después lo quiere contar. Joder, qué potra… El mío no dice nada, se ríe y sale disparado, a su bola. ¡No, Èric, amore! ¿Tú le pusiste correa? ¡Ven aquí, anda! Como las de perro pero para niños, creo que voy a comprar una… Es que no me hizo falta, Lila siempre me ha ayudado, bueno, que siempre se ha portado muy bien… Hoy me corto el pelo, ¡desde luego!

Kristin saca un cuento de la tote bag para la niña y se levanta. Elegante y distinguida como siempre, y zombi. ¡Cuido yo a la niña! Pero Kristin ya no oye a Mireia, va directa a Yang, como si no hubiera nada más urgente en toda la Vía Láctea. Se coge un puñado de puntas y le dice al oído: ¡Fuera! ¿Cómo tú dice? ¡¿Tú pelo corto como ella?! Ella soy yo y finjo que estoy adormilada por el efecto balsámico del agua. Pero Kristin me busca con la mirada para guiñarme un ojo, y me lo guiña. Ella es más atrevida, no, yo solo por debajo de la oreja, ¿vale, Yang? Vale. Tú hoy persona diferente… Primero pasa a lavar. Desdobla una toalla y la mira de hito en hito. ¿Tú corta seguro? ¡Sí, sí! Kristin se desploma en el lavacabezas, suelta en él la cascada de pelo y cierra los ojos.

El fin de semana no había estado mal, al contrario, por fin habían podido ir a la Cerdaña después de muchos planes frustrados en el último momento. Hacía un frío perfecto, lucía el sol ni una brumilla que contradijera al cielo. Habían cargado las mochilas y habían subido al Estany de Malniu. En las fotos solo se veían dientes, un día que recordarían. Después de comer, una buena siesta, café, compra para la semana en el súper de Puigcerdà y, por la noche, Lila en casa de los vecinos para poder salir solos a cenar. Carpaccios, ahumados, reducciones, un rosado que era el último grito. Un brindis. Y al volver, al volver esa mirada vacía que la

convierte en el enemigo.

Gritos y empujones por una nadería cualquiera, desde recién casados. Agarrarla por la garganta, el día en que la niña cumplió seis meses. Agarrarla por la garganta y asfixiarla, cuando iba a hacer dos años. Pero sangre viva, descarada y tan difícil de cortar, nunca. Hasta aquella madrugada en el apartamento de madera tan bonito de la Cerdaña. Suelos, paredes, alfombras, cojines, todo rojo, todo pringoso. Quién sabe cuántas horas estuvieron limpiando. Su marido, con las dos manos; Kristin, solo con una. Con la otra se sujetaba el algodón empapado en agua oxigenada. Porque esta vez le había abierto la cabeza. Contra la puerta.

¡Ay… ay…! Gemidos más dolorosos de oír que un gran grito. Tengo… tenía… una… una verruguita, Yang… todavía llevo los puntos, perdona, no te lo había dicho. Tranquila, tranquila, yo lava más suave. No podemos saber cómo es de gruesa la cremallera que se ha encontrado Yang entre los dedos, pero se ha quedado de una pieza. Frunce el ceño, gradúa el agua, comprueba que esté tibia con la palma de la mano y le aclara el pelo, que ahora es de cristal. Le envuelve la cabeza con temor, y esta vez la pregunta no es en broma: ¿Tú hoy corta seguro?

Vas a tener la niña y tendrá alguien a quien querer, ilusiones que se hacía Kristin. Y tuvo que marchitar el poder. Se despidió para siempre de llevar el casco puesto, de las habitaciones dobles con bañera, de las mesitas del rincón, de retozar en la playa con la luna llena a favor. Se despidió, le dio las gracias, se deshizo del abrazo con la cara de un náufrago y se pasó una semana entera escribiendo y borrando el mismo whatsapp. Escribiendo y borrando. Escribiendo y borrando. Escribiendo y borrando.

Lila no solo aprendió a hablar antes de tiempo. Era un comino y ya sabía subirse para llegar a los pañuelos de papel. Le frotaba las piernas con el paquete y le decía, mami, mami, ¡canción! Le tiraba de la falda cuando la veía perdida en medio del comedor y le decía, mami, mami, ¡calle! Llamaba a la puerta del cuarto de baño cuando tardaba demasiado y decía: mami, mami, ¡juego! Y además, la cantidad de representaciones que llegaba a hacer para los dos. En la cocina de casa, en el coche, en el apartamento de la Cerdaña. Las ideaba siempre que veía que las bocas y las palabras ya empezaban a enturbiarse. Lila llevaba la luz de otro planeta. Y un gran haz de

luz necesita espacio para correr, no míseras miguitas de grieta por las que apenas puede colarse. ¡Desde luego!

Wenling termina con las cejas del chico y sopesa la situación. Haijun ya ha llegado, pues orden de que cuide a los pequeños. A mí me da un pellizquito en la mejilla y me endilga a la aprendiza de manicurista. Se encargará de Kristin en cuanto Yang termine con ella, y se lleva a Mireia al cuarto. Me ve. ¡Eh, hola! ¡Cuánto tiempo! ¿Qué tal estás? Ya ves, con más *piercings*, igual de peluda, pero menos idiota: ¡voy a la uni! Da media vuelta sonriendo y acapara a Wenling entera con un solo brazo. Solo medias piernas, tía, que ya no salgo a nadar, y lo dice con un azul tan limpio en los ojos que se le borran las manchas del esmalte de los dientes.

El tren o el mar, había que elegir. Había visto muchas veces a la gente mayor que a las nueve de la mañana ya vuelve de nadar, y se había reído. Pues Mireia hizo lo mismo. Se levantaba cada día con las primeras luces. Su madre ya no tenía más piel donde pellizcarse, toda la vida suspirando porque no se le pegaran las sábanas: no hay mejor despertador que la furia. Se plantaba en el paseo en cuatro zancadas, disparaba las zapatillas con los pies y echaba a correr con los brazos abiertos para que se la tragaran las olas. Mireia siempre salía a la superficie resoplando la victoria. Después nadaba, nadaba y nadaba hasta que el corazón le decía basta, y entonces, se dejaba columpiar. ¿Quién quiere palmeras? Los bloques de pisos que se licuaban con cada vaivén llegaron a parecerle el no va más de la fotogenia. Gris, blanco, azul. Gris, blanco, azul. Gris, blanco, azul. Mireia necesitaba la paz de una guerra. Y hay que reconocer que el contrincante era bastante razonable: el agua le permitía tirarse de cabeza sin dejarla KO. No volvió a mirar los horarios ni las vías nunca más.

Y con tanto combate en el mar, Mireia vio que se le reblandecían las palabrotas. Que cogía al niño en brazos sin hacerse de rogar, que lo llamaba amore, que le hacía cosquillas con los labios en los brazos, que ponía caras raras para que se riera. Y de repente vio también que se matriculaba en la carrera. En el fondo nunca se había desdicho de la Ingeniería Informática. No le hacía ninguna gracia volver sola a ciertas horas, era la única desventaja. Y siempre tenía que estar atenta a las rastas, a las crestas y a los

piercings. Como la policía, pero al revés: ella los buscaba para ponerse a su altura. Siempre eran los mismos en los puntos lila y en las manis antifa de aquellos andurriales, respiraba si reconocía a alguien que iba por el mismo camino que ella. Ya sabía cómo las gastaban los violadores con americana de alcalde.

¡Joder, Kristin, estás espectacular! Mireia y Wenling ya salen de la depilación. ¡Sí, tú muy guapa! ¿Lo decís en serio? ¿He hecho bien en cortármelo? Kristin tiene que tragarse tantas cosas con embudo que el remolino la ahoga y empieza a hipar. Que-que… no me
ve-vea
la
ne-na…
Y Wenling va enseguida a mirar si todavía están con Haijun. Sí, y quietecitos, pintando papeles en el suelo. Se ponen una a cada lado de Kristin y escuchan lo que tiene que decir.

Al salir del hospital, de coserse la brecha, fue a ver a la abogada, esta vez sí. Y ya tiene piso, pisito. De momento tiene que vivir cerca de él, pero lo prefiere, para no cambiar a Lila de colegio. Más adelante ya veremos, ahora salir de allí. Madre mía, me oigo decirlo y no me lo creo, pero ya está, ya he dado el paso. Y se abrazan las tres juntando cabezas, brazos y manos.

Hasta que Yang mete baza por cuenta de su especialidad: ¡Eh, cabeza no toca! ¡Pelo mucho trabajo!, y las empieza a separar con la intención de que los sollozos pongan cara de indignación o de risa, eso es lo de menos. Wenling le contesta con unos manotazos de trapo, fuera, loco; Mireia le suelta pírate, pavo, y Kristin respira un gracias sin sonido y le alarga la mano. Y cuando Yang se va, reanudan el hilo.

Piso, denuncia, divorcio, ¡todo! ¡Que ni se te acerque, joder! ¡Que no podemos regalarles la vida, tía! Yo lo he visto claro por las hostias que me he llevado, ¿a que sí, Wenling? Mireia está a tope con los exámenes. Ahora solo se saludan con el mar desde la arena, cuando lleva a Èric a dar el paseíto de cada tarde: ¡el que llegue primero al palo de la bandera le gana unas cosquillas al otro! Si os contara lo que le habría hecho al principio… Vale que mola que seamos idénticos de cara, y no porque me crea un pibón, ya sabéis

por qué lo digo… La carrera, trabajo y no echarle mi mierda encima, ¿lo pilláis? Que seamos él y yo. Bueno, y mi madre… Sin ella, no estaríamos aquí ni el niño ni yo, desde luego.

Kristin dice que sí con la cabeza, nada más, ella lo tiene más crudo para renacer. Pero lo hará, lo hará, Lila ya lo hace y la anima: mami, mami, ¿hoy voy a tener ya la cama nueva? Y ¿las estrellitas que se ven por la noche? Han triturado todas las ceras a la medida de una lenteja y Haijun ha tenido que recoger velas. Si Èric sigue un minuto más en la peluquería, no quedará un cepillo vivo. Mireia lo aúpa, ¡joder, cuánto pesas!, y se va echando besos al aire para todas. ¡Adiós-adiós-adiós!

Si lo veo, lo veo, Wenling, lo veo, le dice mientras extiende la gota final de aceite protector en la lúnula de cada cutícula. Pero después, pienso… Pues tú no piensa, guapa, tú no piensa más, ¡eso ya tarde!

Eso ya tarde. Lo condensó en tres palabras justas.

41

Hola, ¡no hablo catalán!, dice un hípster levantando las manos. Un hípster que no se entera, si se toma la norma por la excepción. Con el risueño yo tampoco habla catalán de Yang, comprende que no es un crimen, que no le vamos a hacer nada, que puede tranquilizarse. Y entra con confianza. Para cortar y… oye, ¿también quitáis… pelillos? Dónde, le pregunta Yang, y el hípster le señala el escondrijo del gusanito. ¿Orejas? Tú espera un momento, por favor. Ok, ok, dice, y se mete las manos en los bolsillos.

Tú hoy no corta. Caray, yo también me alegro de verte, Yang. Se troncha. Tú ni diez días. Sí, diez, protesto, y hasta quince. No, no, quince no, seguro. Sí, sí, quince, sí, seguro. El bucle podría durar hasta mañana, con lo tercos que somos los dos. Vale, Wenling ocupada, tú corta conmigo primero.

El rato de esquilarme se me ha pasado volando, creo que hasta me he echado una cabezada. ¿Bien? Mucho, le contesto sin necesidad de mirarme al espejo, me voy con la jefa.

¿Tú trabaja ahora? No, estoy libre, ¿qué necesitas, Wenling? ¿Seguro? ¿No prisa? ¿Tú puede después de manicura? Sí, pero ¿por qué no me dices antes de qué va? Se ríe y llama a Haijun, que sale del cuartito dando unas zancadas de querer echar a correr que son demasiado. ¡Qué bien! Tú y yo juntas óptica. Ah, es eso, sí, claro, te acompaño ahora, en cuanto se me sequen las uñas. Tú recoge gafas nuevas de Haijun, ¿tú puede seguro? Que sí, Wenling. Qué pesada es tu madre… E incordiona, porque nos estropea la risa arreándole un manotazo en medio de la espalda, ¡tú recta! ¡Au!, se queja Haijun; ¡ostras, Wenling!, me quejo yo. Cuando ya mayor, espalda ya no mueve, después, yo ya no puede hacer nada. No, si lógica tiene, ya se sabe que hay que enderezar las ramas cuando todavía están tiernas, después adiós muy buenas. Es el método, el método knoquea. Vamos, anda, digo sacudiéndome las manos, larguémonos

antes de que nos zumbes a las dos. Le saco la lengua y me la devuelve.

¿Podemos mirar aquí primero? Ahora entiendo la euforia oftálmica: hoy es sábado de tiendas en la calle. No nos saltamos ni una de las que venden menudencias para adornarse. ¡Mira! ¡Mira! ¡Mira! Criollitas de plata, pulseras de hilos de colores, de cadeneta, con colgantitos variados, todo, todo lo señala. ¡Me encanta! ¿Te parece guay? Me tira de la manga, me guía entre la gente para acercarnos a tal o cual puestecillo, me coge de la mano, de un lado a otro. Todavía estaríamos allí si no fuera por la propuesta que le hice.

A ver, elige una pulsera, Haijun, que te la regalo. ¡Noooo! ¡Madre me mata! Y no pude insistir. No fue solo por el recuerdo del manotazo, que todavía me resonaba. Me desdije al ver cómo se llevaba Haijun las manos a la cabeza: como si hubiera cogido la galleta envuelta en papel brillante de la caja de las Birba. Pues nada, oye, otro día será, que hay más días que longanizas, le dije. Y como la seda, la cara de susto desapareció al momento. ¡Jajaja! ¿Tú has dicho longanizas? ¿Longanizas es como butifarras? De la familia, sí, se dice porque antes siempre había muchas en las casas, no se acababan nunca. Un día vamos a comerlas. Y me volví a colgarme el bolso. Bueno, ¿vamos a la óptica?

¡Oh, cerrada! ¡Ahora madre enfadará!, y las manos a la cabeza otra vez. Tranqui, y ¿si le decimos que no abren el sábado por la tarde? ¿Colará? ¡Sí, colará! Nos dimos un apretón de manos y certificamos nuestra primera mentira piadosa juntas. Es que no llegamos a tiempo por los pelos. Giraron el cartel, nos dijeron que no con el dedo y quedó constancia de la poca palabra que teníamos para cumplir la misión que nos habían encomendado.

La verdad es que las gafas nuevas le resbalaban por completo. Dimos media vuelta y seguimos como si tal cosa con el *ranking* de cucadas de los puestecitos que había propuesto Haijun. ¡Si tú dices, tú no olvidas! Y ahora tengo que concentrarme, ahora tengo que decir mis cinco predilectas de todas.

Nada más entrar, Wenling pone en marcha el disco de gracias-gracias-gracias y me la quito de encima, ¡nada de gracias!, que venimos sin las gafas, que hemos fracasado, ¡que estaba cerrado! Gracias igualmente, y nos empuja hacia el cuartito. Haijun y yo

aprovechamos que va detrás de nosotras para guiñarnos un ojo a toda velocidad y proclamar la victoria.

Nos ha preparado un piscolabis y hoy la fruta de costumbre tiene unos teloneros de categoría. En la mesa de la cocina humean unos rollitos de carne y setas ¡que huelen tan bien…! ¡Uuuunísimos! Y como es evidente que lo digo con la boca llena, Haijun también puede decir ¡me encantaaa!, enseñando sin restricciones el bocado a medio triturar. Wenling tiene que guardarse la mano. Tú y tú: ¡cierra boca!, eso no lo puede evitar. Huelga decir que el efecto que consigue es diametralmente opuesto al que tenía por objetivo, porque le enseñamos una «o» más perfecta que dos cantantes del Orfeó. ¡Qué asco!, y también ella se ríe sin remedio. Haijun no pierde comba y se zampa dos rollitos más, seguidos, ñam, sin masticar. Me gusta mucho, ¡no puedo parar! ¡Jajaja!, pero respira, ¡respira! Y yo también hago el *ranking* de todas las cosas que estoy celebrando ahora en esta cocina, y en el número uno pongo que Haijun coma con esta fruición, que se le haya pasado el indeseable sarampión de estar delgada.

Y Wenling todavía me hará subir otros tres escalones de un golpe: Domingo próximo, no; próximo, tampoco; otro domingo: ¿Tú quiere venir conmigo y con mis niños? Y a través de la pantalla me preguntan: ¿Quieres las primeras cerezas? Fructus, ¡directas de la rama a tu casa!

¿Yo? ¿A coger cerezas? ¿Con vosotros? ¿En autocar? Wenling empieza a preocuparse, las señales parecen indicar claramente el preludio de algún cortocircuito. Si tú trabajo o cosa, o no quiere, no pasa nada, guapa. ¡No, no!, es decir, ¡sí, sí! ¡Claro que quiero ir! Fijo las mayúsculas para señalar el acontecimiento en el calendario del móvil y Haijun me dice ¡una cosa, una cosa! Tú antes pregunta, yo ahora puedo decir: pianista. Y se le llena la boca de Beethoven, de Bach y de Mozart con un entusiasmo diez veces mayor que por los rollitos que nos hemos comido, que ya es decir. La pena que me da tener que irme ahora, porque está embalada. Me habla de la posición de las manos, del teclado que le han comprado sus padres, de la pieza nueva que tiene que estudiar… Haijun, ¿tienes un papelito? ¡Sí! Y vuelve con un *post-it*. A ver, voy a escribírtelo bien… Toma, búscala en youtube y dime si te parece guay: es mi preferida de todas.

42

Un jersey de mohair después de una lavadora a cincuenta grados. Una ciudad con patrimonio arquitectónico después de Robert Moses y de Núñez y Navarro. Un rostro expresivo después de la cirugía plástica. Hay cosas para las que ya no estamos a tiempo. Wenling opina que un marido después de maltratarte y una familia después de desampararte también son casos perdidos. No hay remedio: eso ya tarde.

Llegó la hora de enterrarlo. Había tirado su puñado de tierra y, al dar media vuelta como todo el mundo, la vio otra vez. Se había fijado ya en ella al subir la colina que arroparía a su padre para siempre. ¿Quién sería esa señora tan estirada?, le preguntó al oído a su amiga-hermana Xiaolu. No le sonaba de nada. Lógico, con la de tiempo que llevaba fuera. Pero tenía que conocerla, conocía a todo Qingtian. A lo mejor es que llega un momento en que el cerebro tiene que empezar a eliminar caras para poder guardar las nuevas, cavilaba Wenling ahora, al volver a examinarla. Lo que fuera, con tal de distraerse del pum, pum, pum de los clavos y el martillo que reprimían el féretro con tanto tacto. Es que tenía un algo… Tal vez la línea del perfil. O el cuello majestuoso. Pero ¿de la familia, una mujer mayor, alta y espigada? Si los suyos eran todos unos retacos, si no se salvaba ninguno. Su padre, la abuela, los tíos, los primos…, todos bajitos igual.

Sin contar los del otro lado, claro. Pero no se cuentan en un abrir y cerrar de ojos, cuando se es unas cien familias.

Con una niña en brazos que no tenía ni un año, la pareja que había traído a Wenling al mundo partió peras. Y se la quiso quedar él. O

por no camuflarlo: no permitió que se la quedara ella. Lo amparaba la cadena de imposición, silencio y miedo que forja la ley de los hombres, y lo tuvo muy fácil: se la pudo quitar con solo arrebatársela, sin contemplaciones. Ni represalias ni jueces ni pactos. La niña era de su linaje, no había más que decir, le pertenecía.

Lo que no tenía tan claro aquel joven de familia campesina que no quería seguir doblando el espinazo en el campo era qué hacer con ella. Tampoco quería hacer lo mismo que la mayoría de los qingtianeses, que se iban doce mil kilómetros tierra adentro. Ni hablar de fiarse de la fama de Xibanya, decía, coger el hatillo es arriesgarse a ser siempre una hoja en la intemperie. En su fuero interno pensaba: ¿Toda la vida haciendo más horas que un reloj sin un poco de juerga? ¡Y una mierda pinchada en un palo! Porque el padre de Wenling no era de los más valientes de Qingtian, era de los más parranderos. De los que nunca encuentran el momento de volver a casa. De los que siempre van como una cuba. De los que, cuando se le subía la sangre a la cabeza y no le parecía bastante ponerle la cara como un tomate, le calentaba las manos también. Solo después de repartir una somanta de hostias consideraba que podía retirarse. Y el padre de Wenling prefirió quedarse en el pueblo haciendo el vago de día y el calavera de noche. Y que se encargara su hija de hacer el papel de hoja. La intemperie ya estaba ahí, con un padre de los de abarcar mucho y no apretar nada.

En primer lugar se fue a Kuishi, el pueblecito al pie de Qingtian donde nació. Intentó hacer lo mismo que los viudos o los que, por la razón que fuera, se habían quedado sin mujer y no habían encontrado aún recambio: endilgar la niña a su madre. Con una madre siempre se puede contar. Pero todavía contó más ser tan hijo de su padre.

Colorado de cara como él y con la misma mala uva, el padre de Wenling se vio duplicado. Y hasta se dio miedo. Si no se llevaba a la nieta de casa, la tiraría al río, lo amenazó, ¡fuera de aquí! ¡Ahora mismo! El abuelo se guardó los argumentos para sí mismo, hasta después del portazo. Que qué se había creído, ¡querer privarlo de su mujer! ¡A él! Y ¡en la vejez! ¿Que se pasara el día con una mocosa en brazos? Y ¿quién le haría el trabajo? ¿Quién le daría de comer a él? ¡Qué vergüenza de hijo! ¡Qué vergüenza!

La abuela de Wenling no se había movido de detrás del fogón. Al ver que su marido llegaba al final del sermón y que se le acercaba, metió el dedo meñique de la mano izquierda entre las brasas. ¡Tú! No estarás llorando, ¿verdad? Los ojos parecían una fuente, pero tenía la carne viva, para enseñarle. No pudo pegarle.

Con la primera puerta en las narices, el padre de Wenling tuvo que llamar a otras. Literalmente. Cada dos, tres meses como mucho, Wenling pasaba de manos de un vecino, familiar o conocido al siguiente que no tuviera valor para negar un techo a una mocosuela tan vivaracha. Nunca lloraba, era animosa, cantarina. Qué cantidad de representaciones llegó a hacer esa niña, también. Para ponérselo difícil, para que no dijeran que no, para que su padre no se enfadara. Y como un paquete por todo Qingtian, de casa en casa hasta los ocho años, enseguida se llega a los cien. Echad la cuenta.

Sin embargo, cuando se hiciera mayor no habría alma con la que se cruzara en la calle a la que no tuviera que saludar. Les preguntaba qué tal se encontraban, les llevaba algún detalle —a algunas—, las trataba de tías —a todas—. Porque eran las mujeres de los vecinos, familiares o conocidos que habían dicho que sí, las que le habían cortado el pelo y las uñas por primera vez. Las que le habían enseñado a pinzar la comida, las que le habían tendido los brazos para que se atreviera a andar sola. Las que la habían atado a la silla de enea para que no se moviera, las que le habían dejado las velas de la nariz colgando hasta que se le secaban, las que no sabían dónde meterla con la chiquillería que había ya en aquel cubil… Wenling tiene tías de todas clases, repartidas por todo Qingtian, punto rojo aquí, aquí, aquí, aquí… Un mapa de cien familias. Y las que se habrían sumado si el abuelo no hubiera estirado la pata.

Se gustaban, ya se habían visto algunas veces, solo en momentos robados, por miedo. En los pueblos todo se sabe. Ven a ver a tu nieta, si quieres, está en mi casa, le decían terceros. Y la abuela todavía se acordaba de volar. De Kuishi a Qingtian, como si hubiera un incendio. Llegaba jadeando al embarcadero y la encontraba una tortuga, la barcaza en la que cruzaban el río. ¡Arriba y fuera, Luli!, saltaba a tierra la primera y seguía corriendo. Por el dédalo de callejuelas, por debajo de los porches de madera de las casas, entre los puestos, esquivando bicicletas, carros. Hasta que unos ojos se asomaban a una puerta y se la tragaban.

De Qingtian a Kuishi el camino siempre era el doble. La pena también le encogía las alpargatas.

La abuela de Wenling nunca había deseado la muerte a nadie, pero… Pero un cuajarón tan intransigente como él se empeñó en pasar por mal sitio y ¡plaf!, el abuelo al otro barrio.

La mañana en que su padre pudo dejarla en Kuishi con la abuela fue Año Nuevo. El instante en que Wenling puso los pies en la casita que parecía aterida de frío y que respiraba humo. La prueba de que había una persona que celebraba su existencia cada segundo en vez de quejarse de la molestia cada segundo. Se le agarró a una pernera de los pantalones y le hizo de bastón todo el día. ¡Cuánto costó desengancharla a la hora de irse a dormir! Pero la manta de la abuela olía a ella: una rociada de jazmín fresco recién cortado. Nunca había cogido el sueño tan a gusto.

Wenling creció en los años noventa del siglo XX sin televisión, sin radio, sin teléfono. Sin aclarar nunca el wok para no perder ni una gota de aceite. Una infancia de arroz no a diario. De boniatos para saciarse. De sopas de algas, col y jengibre. De un poco de sangre de cerdo para reforzar, cuando las coliflores del huerto se ponían hermosas y la abuela podía pagar con ellas al mozo del carrito de los menudos. De vez en cuando, también un pastelito de judías rojas. Y cuando asomaba el bochorno, un helado de agua con azúcar en la tiendecita de los mil y un olvidos que había al pie de la carretera. La abuela hizo todo lo que tuvo en su mano: criar gallinas, trabajar el huerto, vender sus frutos, secar tronchos, ir a buscar leña, pelar ramas y atarlas a cañas para hacer escobas, zurcir ropa… Todo para que su nieta respondiera sin vergüenza a la pregunta ¿has comido hoy? Era el hola-qué-tal de aquellas comarcas, no se usaba otro. A cada ocioso que te encontrabas: ¿Has comido hoy? Cada vez que te saludaban: ¿Has comido hoy? Ah, y enferma nunca, le decía que recalcara por si algún vecino quería curiosear más de la cuenta.

Ya casi casi, pero la era de infectar la tierra, el aire y los ríos no había empezado todavía. En el pueblecito de la abuela de Wenling todavía podía servir para curar lo que cogieras al lado de casa. Y con hierbas y raíces tuvo suficiente para diluir todos los males menores. También sabía curarla con una mano, cuando veía que algún virus iba a instalarse. Hacía pinza con los nudillos de los

dedos primero y segundo, y le daba pellizquitos a los lados de la nuca. Una vez y otra y otra, aunque chillara, y otra y otra, aunque suplicara. Quieta allí hasta que los cardenales se ponían azules. Esos pellizcos atávicos cerraban el paso a la corriente descarrilada y la obligaban a volver al buen camino. Una maniobra que distraía a las náuseas, a los vértigos y a las debilidades, y que se enseñaba en casa con el mismo rango de importancia que leer y escribir en la escuela.

También gracias a su abuela, Wenling pisó una por primera vez a los ocho años. Era difícil desdeñar unas manos que ayudaban a rascar un huerto tan pedregoso, pero no quería que se la rifaran como habían hecho con ella. El colegio siempre es una primera defensa, rezaba para sus adentros cuando la veía con el zurroncito de tela que le había hecho para los cuadernos. También decía: Y ¡que coma el que más caminos tenga que recorrer! Y dejaba intacta su ración del día.

Porque su padre iba de vez en cuando, pero jamás ni un céntimo. Él solo llevaba a la casa ojos morados y fracasos. Lo bueno era que se le aflojaba el acordeón de la frente al ver a una hija tan despierta. Los deberes de la escuela siempre impecables, siempre la mejor caligrafía, así me gusta, ¡que no te gane nadie!, y le soltaba un manotazo blando en la cabeza. La abuela llenaba otro cuenco, charlaban un rato y volvía a marcharse.

Su padre la había llevado alguna vez a dar una vuelta por Qingtian, pero contadas, sobraban dedos. Wenling siempre esperaba que llegara la época de esas fresas que allí trepan a los árboles, porque quería decir que ese día lo vería un buen rato. Su padre la había enseñado a elegir las más maduras y a arrancarlas sin herir las ramas. La aupaba a hombros para que pudiera alcanzarlas y la dejaba cogerlas todas. Se ponían morados. Aunque huyera, su padre parecía otro, en medio del verde. Uno mucho mejor.

Un día, al volver de las fresas, se lo pidió. No tienes, y también te quedarás sin padre si vuelvo a oírlo, le contestó encendido como una tea. Y tuvo que intentarlo con la abuela.

Abuela, ¿dónde está? Abuela, ¿podemos ir? Abuela, ¿me llevas? Y esto no era más que la primera ronda de preguntas. Abuela, ¿quién es? Abuela, ¿cómo es? Abuela, ¿me parezco a ella? Y la

tercera: Abuela, ¿por qué no viene? Abuela, ¿por qué no me quiso? Abuela, ¿por qué me dejó? Tenía que decir abuela al abrir cada pregunta y perseguirla y buscarle la cara, si no quería quedarse hablándole a la pared. Era jugar al ratón y al gato sin tener ganas. ¡Quita de en medio, anda!, y hacía como que no la había oído, ninguna respuesta, nunca.

Que una sola persona desatara tanta turbación aumentaba el deseo más todavía. Mamá-mamá-mamá-mamá-mamá, gritaba sin voz cuando cruzaba el pueblo. Mamá-mamá-mamá-mamá-mamá, repetía en la cama cuando oía el ronquido de su abuela. Por si esos dos caracteres que tanto anhelaba gritar pudieran servir para algo más que hacerlos enfadar tanto. Mamá-mamá-mamá-mamá-mamá, por si se presentara de pronto. Mamá-mamá-mamá-mamá-mamá, y le resolviera las dudas.

No sucedió aquella noche. Ni la siguiente ni la otra. Tuvo que esperar veintisiete años y a la última persona que guardaba cola para darle el pésame. Era la señora tan estirada, la mujer mayor, alta y espigada que le había rondado por la cabeza todo el tiempo en el entierro. Era la madre de su madre y ahora la tenía allí delante. Wenling desenterró a su otra abuela el día que sepultó a su padre. No hay que buscar casualidades, la conversación empezó precisamente por ahí y no empezó con buen pie. Ahora que él ha dejado este mundo, tú ya puedes ser de nuestra familia, había ido a anunciarle. Wenling todavía no había vuelto a respirar. La señora aprovechó la ventaja y le contó lo que creía que más deseaba saber: que su madre había muerto cuando Wenling había cumplido dieciocho años, que se había ido a la otra punta de la provincia, que se había rehecho, pero que jamás ni un solo día, había dejado de pensar en ella. Jamás, repitió, jamás.

Como si con el final de un informe hubiera suficiente para saciar tantos porqués.

Wenling no se entretuvo mucho, tenía los pies helados. Hizo una seña a Xiaolu y se alejaron a toda prisa. Su respuesta fue no.

Cuando me lo contó parecía muy convencida. Ahora yo ya tiene marido, y niños, yo ya tiene familia. Pero en realidad estaba que mordía. Mi padre malo con mi madre, ¡¿pero yo?! ¡Yo no hace nada! Y ¡¿por qué yo no conoce nunca madre?! ¿Por qué? Y que no

le vengan con que aquel hombre era un peligro de muerte para su madre ni con que la ley la tenía atada de pies y manos. Wenling solo reclamaba una cosa: desafío. Riesgo, infracción, lucha, cristales rotos y un escuadrón al mando de su madre que se la llevaba a medianoche con una coreografía de movimientos felinos perfectos. Solo eso. Después ya se habrían enfrentado al padre, ya se habrían defendido, ya le habrían explicado que las personas no se pueden borrar. Después, juntas, cuando estuvieran juntas, lo primero de todo, juntas.

Pero la madre nunca entró por la ventana. Y nunca sabría cómo era la cantinela de su voz cuando se reía o cuando la reñía. Ni si tenía las manos finas como ella. O la misma naricilla, o el color de los ojos. Ni si la altura que había saltado dos generaciones para proveer de osamenta a Haijun también era la suya.

La madre de Wenling era un fantasma y muchos rumores. De mayor fue hurtando fragmentos a la fuerza, siempre hay alguien que hace estallar el globo y pregona que aquella muchacha tuvo que cambiar de pueblo porque estaba ida, que llamaba a su hija a gritos y se llevaba las manos al cuello, al agujero por el que decía que escupía sangre negra y solo ella veía.

Pero creer en las habladurías la habría sentenciado a venerar una sábana. Wenling prefirió cultivar reproches, que siempre echan leña a la vida. Y escribió la historia desde la primera línea. Hurgar en las revelaciones que le llegaban ahora con la abuela nueva era hurgar en el recuerdo de la única piel y la única carne que le habían hecho de padre. Era tener que retirarle el perdón. Romper la hoja, empezarla de nuevo.

Y no. Eso ya tarde. Wenling prefirió darle la vuelta. Aquella época se le escurrió como el agua, me tradujo en la pantalla del móvil.

La cantidad de Wenlings que pierdo, que se me escapan entre nuestras reducciones de palabras. Y ¿la cantidad de Wenlings que pierde ella? Pocas cosas deben de minar tanto la moral como oír hablar en otra lengua al sucedáneo de uno mismo. Saber que ya llega, que ya llega el momento en que vas a tener que desnudar los pensamientos porque no puedes sacarlos por la boca convenientemente ataviados. Debe de mortificar mucho que

privarse de la complejidad, de los matices, de los sobrentendidos y de la ironía tenga que ser el puñetero pan tuyo de cada día. Por no hablar de los primeros tiempos, cuando Wenling llegó a Barcelona. Cuando se convirtió en *analfabeta*, en la condenada que, según escribió Agota Kristof, la volvió el exilio en Suiza. *Cuando no entiendes nada, cuando empiezan para ti el desierto social y el desierto cultural*.

El día en que me confió su infancia también nos dimos el número de teléfono. No recuerdo el motivo, no debía de hacer falta ya. Fuera, miré la imagen que tenía en el whatsapp, por si descubría algo que me ayudara a entenderla mejor. Cliqué y se abrió un ramo de flores de jazmín.

43

Ha llegado el domingo de las cerezas. Subimos al autocar de un salto y, al primer vistazo, una pregunta: ¿Dónde están los padres? No hay ni uno de muestra. Son todo niños y madres como Wenling. Se quedan parados al verme y diría que se preguntan otra cosa: ¿qué hago yo aquí? Los únicos narigudos blancos somos el conductor y yo. Pero nadie pone mala cara, es solo curiosidad. Y desaparece en cuanto ven que me siento con los míos.

Damos los buenos días a los vecinos de pasillo y nos contesta un renacuajo que no tarda nada en enfrascarse en el móvil. Y de esa boquita empieza a salir más estiércol que de una granja industrial. Canta *Ahora tengo a otras que me lo hacen mejor, si antes era un hijo de puta ahora soy peor*, de un tal Bud Bunny. Me acuerdo de mi bisabuela cuando despellejaba el conejo para la samfaina de los sábados y pienso que es mala manera de empezar el día, con estas ansias de sangre. Menos mal que Haijun cambia la banda sonora: Yo ya he oído música que apuntaste. Le ha preguntado a la profesora si se sabe la parte del chelo, para poder tocar juntas algún día. ¡Es que es muy guay! Y no solo porque las notas la hayan conmovido y ahora quiera tenerlas en las manos. Cuando escucho pienso en camino de casa. Y el recuerdo termina con un suspiro: yo sé de memoria. A ella, *Spiegel im spiegel* de Arvo Pärt la transporta muy lejos de los pies: *casa* quiere decir su casa de Qingtian, todavía.

Un auricular tú, un auricular yo y *play* en el Spotify.

A mí me aplaca. Se me cuela hasta los escondrijos más recónditos de la sesera y les quita el polvo, cuando hace muchos días que no entro para hacer limpieza general. Cuando el arco roza las cuerdas, se me empañan los ojos, automático. Da igual que le dé al repeat muchas veces. Esta partitura me devuelve al primer vientre, sigo el rebaño de olas y comienzo a empujar la arena de

una playa. Así, con el morro, así, igualito que lo haría un cachorro que no deja que te canses de jugar. Tengo que sonarme. Nada, un poco de alergia, Haijun.

Entramos en la autovía y quiere que nos perdamos juntas por las calles y las callejuelas de sus entretelas. *Spiegel im spiegel* le trae también las caras, los gestos, los olores, la comida, el paisaje… Me cuenta que lo único lo único que no echa de menos de Qingtian es la escuela. Y vuelve a rebanarse la garganta discretamente para recordarme lo que me contó aquel día de la presión mortal a la que someten a los niños por cuenta de los estudios.

Y ahora me obliga a prestar atención a las palabras. Porque vivir en otra tierra siempre es una maraña de lenguas. Para Haijun, la abuela-cemento, la que le hizo de madre, de padre y de espíritu santo desde los tres meses hasta los ocho años de vida está ahí y como si no estuviera. Cuando Wenling llama a la mujer de su padre, Haijun solo puede cogerle el teléfono para decirle *hola*. Ya no se entienden. A la nieta se le ha olvidado la variedad del dialecto wu que hablan en Qingtian y la abuela nunca ha hablado otra.

¡Hola!, nada más. Ni oírle contar que hoy tiene al fuego el guiso que tanto le gustaba ni que ayer se encontró con aquella compañera suya de clase de la que era tan amiga. Ni recordar juntas lo que hacía con los deditos cuando se dormía ni la proeza de aquella tarde cuando consiguió arrancarse el último diente que se le movía. Ahora yo mandarín, castellano, catalán, inglés, francés…, se para para ver si se le ha olvidado alguna y redondea la paradoja: y ¡ahora no puedo hablar con abuela!

Paradoja o catástrofe, no sé cómo habría que llamar a perder la primera lengua que te recibe en el mundo en el momento en que manejas más que nunca.

Haitao duerme, ¿tú cómo estás?, asoma Wenling la cabecita. Se le nota un poco el cansancio, pero qué diferencia. El de hoy es blando, para recostarse en él y dejarse llevar. Yang dice buen viaje, y nos enseña el mensaje del móvil. Él quiere tranquilo, solo, jugar con tablet, dormir… ¡Yo también quiere para mí! Yo un día marcha, tú y yo viaja a mi ciudad juntas y ¡adiós!, y vuelve a mirar adelante. Haijun no le ve la gracia y se queda con una cara de preocupación que hay que ver.

Tu madre trabaja todas las horas del día, Haijun. Estaba ensimismada mirando por la ventanilla y se vuelve hacia mí con extrañeza. Decía que tu madre nunca puede ir a ningún sitio a distraerse, tiene la peluquería, a vosotros, no puede decir dejadme sola un rato que quiero airearme un poco, de ahí la broma de que un día se irá de viaje, no tiene nada que ver contigo, no te asustes. Lo piensa unos segundos mirándome fijamente y dice: Madre a veces da miedo. Te creo, pero ¿a lo mejor da más miedo cuando está muy cansada, cuando ya no puede más? Sí, los domingos no enfada tanto. Creo que la he convencido un poco. Pero ahora que hemos activado las confianzas que Wenling no puede descifrar en catalán, voy a tener que oír toda la lista de agravios. La manía de la espalda recta, que a ella no le parece que tenga que enderezar; la obligación de saltar a la comba un rato a diario, porque según su madre ayuda a crecer; la persecución por unos deberes impecables que, según jura ella, ya lo estaban… Voy a cortarla, no lo hago. Iba a decirle que, para su madre, el colegio también es una primera defensa, que la pobreza no solo le robó la comida, también la cosió a desazones, y ahora es ella la que tiene que acarrearlas sin saber de dónde le han caído.

Nada, Haijun, se me ha olvidado lo que iba a decirte, perdona, dime… Y sigue como si nada. Porque también está la restricción de móvil, solo unas horas el fin de semana que le parecen tan insuficientes, y la orden de que le laven el pelo en la peluquería cuando ella prefiere lavárselo sola en la ducha… Y ahora sí que la obligo a parar el carro.

¿De verdad no te gusta repantingarte en el supersillón que tenéis, cerrar los ojos y que te froten la cocorota, Haijun? ¡Flipo, oye! ¡Yo sería capaz de ir todos los días a que me lo hicieran! Y le parezco tan exagerada que se ríe un poco. Exagerada pero no tanto, y tiene que especificarme. Bueno, sí, me gusta, pero en casa cuando lavo y seco el pelo sola puedo pensar cosas, y me gusta más todavía. ¡Eso es! No puedo desaprovecharlo. ¿Sabes una cosa, Haijun? Con eso que has dicho acabas de describir la intimidad. ¿Intimiqué? Intimidad, ese rato extra de estar tranqui en tu baño pensando en lo que quieras es un momento de intimidad, justo lo que tu madre echa tanto de menos… Y en pleno desarrollo asoma Montserrat. ¡Eh, fíjate! ¡Mira, Haijun! ¡Chst, chst, mirad, Haitao, Wenling! ¡Ahí

está la montaña de Montserrat!

No les parece nada del otro mundo. No me lo dicen, pero no hace falta. Lógico. En comparación con el exuberante catálogo paisajístico de China, nuestra querida sierra no tiene nada que hacer. Pero son buenas personas y le rinden homenaje haciéndole una secuencia de fotos digna de los macizos que levantó Gaudí en Barcelona. Lo malo es que con el filtro de color parduzco que proporcionan las ventanillas del autocar, les parecerá más incomprensible todavía este afán que me ha entrado por que se fijaran en ella.

Una cabezadita y nos descargan. La parrillada de carne que me dijo Wenling que comeríamos antes de hacer de temporeras por un día será aquí: Polígono industrial Les Planes. ¡Yo no sabe que comida es dentro de fábrica! Wenling está mucho más enfadada que yo, que me hago la sueca para no aguar más la fiesta.

Los que ya lo hayáis adivinado, ¡bingo!, la trampa de las *áreas* de este estilo es el bufet libre, esa fórmula que te permite atiborrarte hasta decir basta aflojando la misma mosca que si solo te sirvieras un culín en el plato. En catalán de pueblo, un afartapobres. Una tipología de restaurante al que más o menos hemos ido todos alguna vez a ponernos como el Quico, porque más o menos todos, dos generaciones por arriba, dos por debajo, resulta que también descendemos de pobres.

Menos mal que están los niños, que todo lo convierten en un juego, porque las colas son para echarse a llorar. En procesión para coger una bandeja, en procesión para hacerse con los cubiertos antes de que se terminen, en procesión para clavar palada al primer plato, en procesión para apresar los trozos de carne y en procesión, huelga decirlo, para asarlos. Y quien dice asar dice intervenir, porque brasas no hay. La fila de planchas metálicas, más que cocinas parecen quirófanos. Para llorar. Para llorar, echar a correr y llegar a los cerezales con el estómago protestando.

Y después de hacer todos los *shows* posibles para que al menos Haijun e Haitao saquen algo en limpio de esta estafa mayúscula que también me parece tener que hacerse uno la comida, por fin aparcamos las bandejas en una mesa. ¡Uf, ya está!, y nos sentamos. ¿Qué te pasa, Wenling, no te encuentras bien? Yo preocupada… Yo preocupada porque aquí a ti no gusta. Y a ti tampoco. Me sale del

alma y ¡nos partimos de risa! La sinceridad. Qué bobos somos, cuánto nos cuesta practicar… ¡Si siempre nos sienta bien! No hace falta seguir haciendo el tonto, pasamos de *yo me preocupo de si estás bien* y de *tú te preocupas de si estoy bien yo* y nos desinflamos. Sí, Wenling, es un engañabobos. Yo ahora ya sé. Otro día restaurante bueno juntas, ¿vale? Hecho, y no pasa nada, esto de hoy será una comida de si te he visto no me acuerdo.

Y no me cuesta mucho definir lo de si te he visto no me acuerdo, lo entienden con cuatro muecas, nos hemos quitado los pesos de encima. Hasta el punto de que al final almorzamos a gusto y todo. Wenling come como un pajarín, pero prueba un poco de todo el surtido que les ha apetecido a los niños, mira, más longanizas, no se acaban nunca, me recuerda Haijun. Y diría que me falta el canto de un duro para que me parezcan exquisitos, estos subproductos que se amontonan en el plato. Que al final digeriré cual carpanta el clembuterol, los antibióticos, las grasas saturadas y los conservantes que nos metemos con cada bocado. Todo a la andorga, sin miramientos, que no hay mejor antídoto que la alegría de estos dos niños.

No pararán de moverse hasta que lleguemos al punto de encuentro, con el autocar en punto muerto. Hoy no hace falta que les mandes saltar a la comba cuando lleguéis a casa, Wenling… Se queda de una pieza. ¿Tú cómo sabe eso? Y enseguida lo deduce. Haijun habla mucho contigo, yo contenta. En colegio profesora dice siempre muy tímida… Ya, olvídalo, no es verdad, en cuanto se encuentra segura no hay quien le cierre la boca. ¡Como tú!, me suelta de pronto. Jajaja… ya ves, ja… Y como yo, si tú conoce Wenling en mandarín. Le veo otra vez la mordaza que ata la voz a los expatriados y se me cortan todos los ja.

Hay cerezos hasta donde alcanza la vista y más allá, qué maravilla. Mires a donde mires. ¡Y siguen y siguen! En Fructus nos acogen en un almacén, nos reparten cajitas de madera, una por barba, y enseguida podremos salir a recorrer las tierras libremente. Una pareja joven está al cargo de todo, fibrados los dos, ecofriendly y rubios. Fáciles —y tópicos— de catalogar. Apostaría a que son profesionales liberales escandinavos que un día abrieron los ojos, cogieron el portante, se vinieron al sur en busca de la autenticidad

que todavía conservan los espíritus más modestos, y en vez de irse a Grecia se quedaron en el Segrià, que tanta pureza por austericidio los habría empalagado.

Y ya dejo de decir sandeces, porque cuatro sílabas más allá se me derrumban los indicios de migración first class: resulta que son dos magníficos hablantes de catalán occidental. Le aparto el pelo a Haijun, me acerco y le susurro al oído: Escúchalos con atención, después comentamos la jugada, y le guiño un ojo. Hoy tiene ahí mismo un par de clases de fonética andantes, cómo íbamos a perder la ocasión. Nada, nada, todo en orden, cosas nuestras, quiere saber Wenling. Y será lo último que le diga. Porque Wenling se evaporará.

La pierdo de vista en plena desbandada de domingueros de cerezas. Estoy a punto de llamarla a voces entre el gentío, de decir a los niños que se pongan a buscarla, de llamarla al móvil. Por suerte me retracto a tiempo. La habría cagado a fondo. Vamos, ya nos alcanzará vuestra madre, ¡empecemos por esta parcela!

Y así lo hacemos. Al principio pensando con preocupación dónde se habrá metido, después se me pasa. Ellos me ayudan a que se me pase. Porque no creía que coger cerezas pudiera dar tanto de sí. Me obligan a ponérmelas de pendientes, a trenzarlas como pulseras, a clasificarlas por el tono de rojo, a puntuarlas por el tamaño… ¡Mira cuántos excelentes he encontrado! Y yo ¡notables! Estas cerezas pequeñas no llegan ni al aprobado, ¿las dejamos? Porque, desde luego, les impongo alguna normativa: nada de cogerlas a puñados sin mirarlas siquiera para tirarlas después, qué lástima, nosotros solo cogeremos las que nos vayamos a comer ni las verdes ni las podridas ni las amarillentas, ¿entendido? Como si me hubiera dedicado a esto toda la vida. Menos mal que no hay ningún entendido cerca, me ahorro la guasa.

Hace más de dos horas que peinamos hileras buscando los árboles más pletóricos y empiezo a estar deslomada. He seguido su ritmo y su ritmo no contempla los descansos. Así que me invento una actividad un poco menos aeróbica. A ver si tiene suficiente gancho, porque en comparación con hacer lo que quieran, peliagudo. Consiste en parar, sentarse y recordar diez cerezos, los más generosos, los que más nos han facilitado las cosas y, cuando sepamos cuáles son, dedicarles en voz alta un *gracias* de verdad. Me miran como si me faltara un tornillo. Pero no he debido de hacerlo

tan mal, porque se pelean por ser el siguiente en decirlo. ¡Gracias por lo divertido que es venir a tu casa!, dice Haitao. ¡Gracias por no pinchar y dejar arrancarlas bien!, dice Haijun. Hay que ver cuánta inventiva, y cuánta correa. La tranquilidad dura un buen rato. Ahora, en el momento de dar las gracias por llover fruta, veo que no puedo alargarlo más y nos levantamos. Bueno, a ver si encontramos a Wenling…

—Tú antes dijiste palabra como amarilla.

—¿Sí? Vaya, Haijun, pues ahora no caigo…

—Antes, cuando dijiste qué cerezas no coger.

—¡Ah, sí! Amarillentas, ¿verdad?

—Sí, ¿qué es?

—Se dice de la fruta que es mejor no comer.

—¿Mala?

—No, mala no. Más bien encogida, que no ha crecido bien. ¿Es que han vuelto a las andadas los repelentes de la clase, Haijun? ¿Qué te dijo la maestra?

—No conté. Pero ya no dicen más amarilla porque un día…

—¡Yo! ¡Lo cuento yo! ¡Lo quiero contar yo!

—Cuenta, cuenta, Haitao.

—Mi mejor amigo es Pol y es muy guay. Un día Pol fue a un niño que me gritaba *¡chino!*, y le dijo: ¿tú de qué vas, chaval? Y pelearon en el patio, pero poco, enseguida le dijo vale, tío, vale, no volveré a decir *chino*. Y después yo le dije al oído a Pol los que llamaban *amarilla* a mi hermana, y también los ganó. Y como Pol es muy guay, el más guay del cole y todos quieren ser sus amigos, pues ¡ya no pueden molestar más! ¡Bieeeen!

Añado a mi cajita de cerezas la lección de un niño de diez años que no delegó la justicia en ninguna otra persona. Y nos ponemos a desandar lo andado. Cir[e]r[e]s, salta Haijun, ¡yo también doy las gracias porque hoy sé catalán occidental! Y va proclamando ¡cir[e]r[e]s, cir[e]r[e]s! Y enseguida se suma Haitao: ¡cir[e]r[e]s, cir[e]r[e]s! Y yo también, a la fuerza: ¡cir[e]r[e]s, cir[e]r[e]s! Visca l[e]s cir[e]r[e]s! Y de repente la veo.

La delata la mochila, la ha dejado columpiándose. Wenling se ha acomodado en la copa del tronco más rechoncho, aunque no hacía

falta, para lo que pesa. Pero ella también ha desplegado hoy el decálogo del buen trato a estos cerezos. Se lo enseñó su padre, para cuando fuera época de ir a coger las fresas que en China trepan a los árboles. Para que comieran las más maduras hasta hartarse sin herir ninguna rama. El padre de Wenling sí que sabía tratar a algunos con miramiento.

Nos oye las voces, después el griterío que reclama madre, y se apresura a bajar. Se sacude los vaqueros a conciencia y me tiende las manos: ¡Yo tan bien…! Wenling mira al cielo y respira hondo. Le veo en la cara el colorcillo que siempre auspician los ratitos al aire libre y, por mí, misión cumplida.

Es hora de volver y los miro desde atrás. Las vinagreras que dibujan, agarrados a su madre uno a cada lado. Acompasan la marcha al milímetro. Ya se les enzarzan bastante las palabras, ninguna quiere esperar a que le toque el turno para salir. Quieren contarle todo lo que se ha hecho, todo lo que se ha dicho, y los dos a la vez. Y, naturalmente, en cuanto llegamos a la explanada después de pagar los kilos recolectados, despedirnos de los agradabilísimos Fructus, e ir rápidamente a engordar la tripa del autocar con las cerezas, en los asientos se quedan fundidos. Wenling también.

Las cerezas volaron en un par de comidas, pero yo seguía en aquel día. De un lado a otro por una Barcelona sin verde, más pelada que un junco, y me parecía ver cerezos por todas partes. Primer domingo juntas. Primer viaje. Primera comida. Primera vez que Wenling me confiaba a los niños. Primeros juegos y complicidades con Haijun e Haitao… Sí, había pasado. Nos habíamos rifado los límites de una amistad meramente de peluquería.

44

Hola, guapa, te he traído lo que pediste. Vale, espera poquito. Y enseguida me salta una alarma que me dirige a Fen. Para aclarar qué es lo que no me encaja hoy.

Hace la pedicura a la señora Catalina con una mueca que no puede querer decir nada bueno. A pesar de que la señora Catalina no es de las de rueda de parmesano en los talones, que es una pies finos de mucho cuidado. No, Fen debe de estar pachucha, ahora ya se mece de un lado a otro. Todavía no he levantado un pie del suelo cuando Wenling la agarra. Si no, se habría caído a plomo hacia delante. La señora Catalina y yo nos apresuramos a abanicarla con lo primero que encontramos: ella, con el *Semana*; yo, con Svetlana Alexsiévich. Pero Wenling sabe que con el aire no se logra gran cosa y nos pide que nos apartemos. La sujeta con las piernas y empieza a reanimarla a pellizcos. Para curar… Esto enseña mi abuela, nos dice sin mirar, concentrada solo en el tacto.

Esta sí que es buena… dice la señora Catalina cuando vemos a Fen totalmente reanimada. Si tú un día encuentra mal, yo ayuda. Idò, no hace falta que me lo digas dos veces, querida, ¡yo también quiero un milagro!

Yang le ofrece una botella de agua a Fen para que termine de reponerse y, claro, también se ha acercado para meter baza. Que lo que nos ha alucinado tanto, en China es lo más normal del mundo, cuando te duele la barriga o te vas a desmayar, y que se enseña en casa con el mismo rango de importancia que leer y escribir en la escuela. Aunque les juegue en contra y les suponga una amenaza en cuanto aterrizan en Europa. Los compatriotas tienen que pasarse el aviso, que por encima de todo no se lo hagan más a los niños, ¡nunca más! Y no porque el efecto de los pellizcos encarrilacorriente se altere al practicarlos aquí. Profesor ve niño marcas en el cuello y luego llama a la policía, ¡aquí tú no puede ayudar a tus niños con

manos porque piensa tú pegas! Aquí todo cura con pastilla, aquí explica y vosotros no entiende.

Tenemos experiencia, no es difícil imaginarse los titulares: *Retiran la custodia a unos padres chinos por maltrato físico a sus hijos. Las señales de sangre de la pseudomedicina casera de los chinos. Los chinos: peligrosos curanderos de sus propios hijos…* Lo que es verdaderamente difícil de recrear son los titulares para reparar la difamación. Por falta de experiencia, en este caso. ¿Cómo serían? *¿Los moratones prodigiosos que aprenderás de las personas de origen chino? ¿Conocimientos prejuicios: la explicación de unas señales que comprometieron la custodia de unos padres? ¿La ignorancia era la fuente de la calumnia?*

vs.

Wenling saca un frasquito del bolsillo, le da unos toques de hierbas aromáticas en las sienes y manda a Fen dentro para que coma algo. Controla si todo funciona bien, y ya puede atenderme, tú enseña, a ver. Le abro el prospecto y le recito *estándar, compacta, articulada, confort, superluxe…* Los precios acompañan el ascenso, lógicamente. ¿Cuál mejor? Cuando le confieso que la última que tuve era la

BH

de los ochenta diría que se arrepiente un poco de haber depositado tanta confianza en mí: Wenling quiere comprarse una bicicleta estática porque ya les han arreglado el ascensor.

Llevaban dos semanas subiendo los siete pisos de casa a pata y ahora ella lo echa de menos, al final gusta mucho y ¡respira mejor! Ni los niños ni el marido comparten su entusiasmo, estaban hartos y fritos de tanto resoplar. Y como ahora quizá los vecinos no la entenderían si la vieran subir y bajar todos los días ese Everest innecesario de peldaños, pues se le ocurrió lo de la bici, para piernas fuertes sin ojos que mira.

¿Que cuál mejor? Pues, a ver, quédate con una ciclostática de gama media, así no lo sentirás tanto si te cansas y la dejas en un rincón. ¡Jajaja! ¡Tú razón! Ilusión por bicicleta puede pasar como viento. Yo esta noche mira bien y piensa. Y cuando me acerco a darle los dos besos de despedida, me mira de arriba abajo y me suelta: ¡¿Tú tampoco quiere pedicura?!

Y vuelta a empezar, ya me pone la miel en los labios, ¿quién es el valiente que se resiste ahora, eh? Con los pies, mal asunto. Siempre tengo debates por los pies. Había decidido pasar de este fardo y digerir paso a paso mis pinreles sin untar, pero la tentación es fuerte: todavía se pueden llevar sandalias cuando Wenling me hace la pregunta.

Sucumbo. Vale, Wenling, sí, me hago la pedicura, espero a que salga Fen. Me mira con una duda razonable, a ver si estoy en mis cabales, y me espeta: ¡¿Qué dice?! No hace falta esperar, tú sienta, yo hace pedicura. Y así yo cuenta cosa…

¡Yo estudia carnet de conducir! ¡Atiza! ¡Eres la caraba en bicicleta, Wenling! Descarga test de teórica en el móvil por la noche, antes de irse a dormir. ¡Yo después sueña números y señales! Y el cómputo de errores está ahora entre cero y dos, me enseña exultante, sin necesidad de falsa modestia. Me quedo atónita y me pasa como a veces, que se me abre un claro impertinente en la capacidad de reacción, me bloqueo y tardo tanto en contestar que a Wenling le da tiempo a olerse lo peor: ¿Tú también piensa como Yang y mis niños? Ellos dicen que yo ¡bum!, accidente, y se troncha de risa. Yo no, yo piensa yo conduce bien… Yo quiere coche para cuando ya vieja, niños su vida, Yang con chica joven y yo, ¡libre! Y coge un volante entre las manos, me invita a hacer de copiloto y recorremos toda Italia… —especulo si en un descapotable, porque pega mucho con la liberación personal y tal, pero el zum zum cortante del viento siempre me ha resultado antipatiquísimo, aunque nunca se critique. No, decidido, nosotras iremos en un coche potente y cómodo: con capota—. Italia sí, yo quiere Italia, después París, tú y yo y mi amiga-hermana Xiaolu, las tres juntas, y carretera, ¿vale? Pero primero… y clica para que le haga un test mientras me raspa las duricias, que no llegan a virutas de queso, pero tampoco se me puede catalogar de pies finos, en honor a la verdad.

A ver… Lo leo primero para mí y ¡puaj!, me vuelven todas las arcadas. Por esta ventolera formidable que le ha dado a Wenling, ¡¿tengo que reencontrarme ahora con esa paparruchada de preguntas?! ¡¿Con esas puntuaciones erróneas y esos sustantivos en desuso?! Procuro pasar de la tirria y vamos, Wenling, atenta: *El seguro obligatorio, ¿cubre los daños…?* Yo dice A. ¡Respuesta

correcta! Siguiente: *Los accidentes de tráfico generan…* Yo dice B. ¡También correcta, Wenling! *Cuando un carril está delimitado por…* Y aquí ya no sé si me dirá A, B o C, no me lo explico, está muy bien escrito, qué purga, a ver si resulta que la DGT es el único tentáculo del Régimen del 78 que se ha lavado la boca mínimamente…

Y lo que son las cosas, tanto despotricar, y el favorazo que me ha hecho este cuestionario. No sé cómo habría resistido la pedicura, si no. Que me la hiciera ella, quiero decir. Que fuera la propia Wenling, la persona con la cara entre mis pezuñas. Que fuera mi amiga, esta persona. Cuando decimos que para presumir hay que sufrir no lo decimos bien del todo: *Para presumir, es otra la que tiene que sufrir*, esta sería la sentencia correcta.

Me pilla cuando estoy a punto de hacerme un juramento. Y me lo impide. ¿Qué pasa, guapa, tú no gusta? ¡Qué va, no es eso! Lo haces de perlas, Wenling. ¿Pero…? Pero lo que no me gusta es que hablemos así, yo repantingada en el sillón y tú con el culo en el suelo… No, yo taburete, es mi trabajo, no pasa nada, ¿por qué tú dice eso? Pues porque… Porque cuando me hacías la manicura te podía ver la cara. ¿Tú trabaja ahora? No, estoy libre, ¿por qué? Pues tú sienta, tú mucho tiempo sin manicura, y tú y yo habla cara a cara: ¿contenta?

Contenta solo así así, le diría. Pero le revuelvo el flequillo y me cuadro chaplinescamente: Yo, ¡lo que diga la jefa! De todos modos se me pone un nudo. Una albóndiga de puños, codos y rodillas. Haber hablado demasiado, o no haber expresado suficiente, o pensar más, o analizar menos… Los remordimientos también tienen regiones anatómicas puntiagudas, y también te aporrean con ellas. Al menos los míos se portan así.

Wenling me ablanda las cutículas y las cosquillitas me traen el recuerdo de la agradable tortura que era que te esmerilaran las uñas, te las cincelaran, te las lustraran y te las pintaran. Sí, a lo mejor ahora os habéis perdido con tanto verbo en imperfecto de subjuntivo. Es que hay una novedad: he dejado de hacerme la manicura. Sí, ya ves. Para la mayoría, nada del otro mundo; para mí, una gesta que, con la tapadera del trabajo de campo hacía más

de tres años que era una orden semanal. Lo consulté con Simone de Beauvoir y que vía libre, que cada cual actualice sus fardos de la feminidad como mejor le parezca, que para quitárnoslos todos de encima tendríamos que rehacer la Tierra desde cero, y que la vayamos rehaciendo, nosotras que podemos, pero que no nos obcequemos con que si las uñas pintadas o sin pintar, que sigamos adelante, que todas las manos suman peldaños.

Y resulta que una mañana te acercas a llevarle tal cosa, un mediodía te asomas un momento para comentarle tal otra y te quedas a comer. Una tarde te la llevas a tomar té y te lo paga con unos rollitos de carne para llevar. Y hasta la noche en que la recoges para ir a probar unos platillos. Manos naturales también bonitas, me dijo mientras esperábamos unos pulpitos con cebolla, así tú descansa de pintura. Y ya las hemos borrado como excusa. Ahora las excusas nos las comemos. Alto, que hasta que me atreva a raparme y hacérmelo en casa con la maquinilla, todavía conservo el pelo de gancho para ir donde Wenling, desde luego, ir a que me pele Yang una vez al mes, sagrado. Pero no se puede comparar. Sin el roce de las manos no sé cómo habríamos podido transferirnos tantas cosas. Así que ahora que le he sacado todo el provecho, puedo proclamarlo a bombo y platillo: ¡Bendita sea la manicura! ¡Gracias! Y ¿por qué no? Bendito sea el dermatólogo de las gafas resbaladizas: gracias por haber trazado la primera raya de esta amistad.

Estoy en las últimas alegrías que da el esmaltado cuando una flecha cruza por la peluquería. ¿Me ha parecido que era Haijun? Sí, viene a buscar móvil, hoy puede, ¡por eso prisa!, y pone cara de esto no tiene remedio. Porque su hija está con el móvil como estamos todos: atrapados. Sale de dentro con el santo grial entre las manos y solo nos dedica un saludo de compromiso, de no poder perderse un like. Wenling la obliga a pegarse a la pared. Si va a estar tanto rato, brazos al nivel de los ojos y espalda recta, al menos. Haijun refunfuña con el silencio del ceño fruncido, pero obedece, por narices. Cuello como jubilados, se arquea y se justifica. Desde luego, Wenling, desde luego, con tanto móvil, ¡nos va a salir a todos un bulto así de picudo en el colodrillo! Y me encorvo yo también, y gesticulo, y seguimos con la broma, y nos damos la razón como dos

jubiladas, sí. Hacemos lo que nunca haría ningún joven: hablar del móvil como si fuera un tema, un accesorio, una extravagancia. Una opción. Esto sí que lleva cuenta de los años y no las canas que te puedan salir.

Mira cómo navega su hija lejos de aquí y me dice: Móvil es como… Devuelve el pincelito a su sitio y saca su teléfono del bolsillo. Es como *opio*, lee de la pantalla. Sí, y todos nos ponemos morados con el opio este… Y ahora Wenling quiere saber qué hay entre las drogas y yo.

Marihuana, porros… Me lío un peta imaginario y me lo fumo, ¿sabes lo que es? Sí, yo sé. Pues yo siempre tosía y no me subía nada, así que un día hice chocolate a la taza y le eché unos cogollos de maría, que es donde está la sustancia. Y ¿tú reacción? ¡Vaya! Me dio por reírme de una tontería y me duró la juerga tres o cuatro horas ¡sin parar! Ilustro masticando el dolor de mandíbula que me quedó y se parte de risa, y más todavía cuando le cuento que a la que estaba a mi lado solo le amplificó la oscuridad que siempre llevaba por dentro, y se pasó la noche en un rincón con cara de mal rollo. Efecto depende de cómo tú eres. ¡Ni más ni menos, Wenling! Y tú, ¿te has drogado alguna vez?

Cuando se quiere conseguir que los hijos vuelvan a puerto, esta pregunta es milagrosa. Haijun acaba de levantar las cejas, bloquear el teléfono, descansar de la postura y ¡atención!, de poner todo su interés en nosotras desinteresadamente. Pero yo disimulo, como si no tuviéramos público. Porque tampoco hay que preocuparse por la clientela: los secadores desactivan los oídos que no hemos invitado a la fiesta.

Bueno, ¿qué? ¿Tú qué, Wenling? Y me dice que nada, que quiso fumar como todas, que intentó que la enseñara su amiga-hermana Xiaolu cuando tenía dieciséis o diecisiete años, pero ella, más o menos como yo, solo tose y ningún globo. Y que drogas que no sean tabaco, nunca, que en China saben muy bien cómo las gasta el opio y su abuela se encargó a conciencia de insistir en que ni olerlo. ¿Aquí gente también opio? Los bohemios, gente de otra época. Y ahora ricos ¿qué droga? Los ricos, sobre todo cocaína, sí. ¿Qué cosa cocaína, también fuma? No, se la meten por la nariz, Wenling. Me mira con cara de no entenderme del todo, así que mejor le escenifico una raya por su sitio. Tengo el background, me he echado

muchas películas al cuerpo. Y nada mejor que el cine para enseñar a uno a drogarse.

Es como polvillo… Mira, más o menos como el talco ese. Se levanta y me lo acerca: ¡tú enseña! ¡Vale, vamos allá! Me remango, revuelvo en el bote y echo un poco en la mesita de manicuras. El empujador de cutículas me sirve para repartir el polvo en dos rayas, *oh yeah!*, perfectas, de delineante. Porras, ahora necesitaría un tubito para aspirar… Haijun, ¡un billete de la caja! Y con los cinco euros que nos trae fabrico rápidamente el vehículo que me llevará, por fin, a oler el oro blanco. Ya lo tengo todo, observa, sería más o menos así… Onomatopeya de aspiradora. Onomatopeya de moquear los restos. Onomatopeya de dopamina en acción.

Y aquí lo dejo. Ni me chupo los dedos, ni finjo el hormiguillo eufórico de los que se colocan. Tampoco quiero parecer una artista consumada. ¿Quieres esnifar tú la otra? ¡Jajaja!, no, ahora yo ya entiende. Tú muy bien, yo ya visto en película una vez. ¿Lo ves?, es que no hay mejor maestro.

Y sí, nos hacemos las suecas, pero creo que no tendríamos que escatimar a Haijun, aunque solo sea un comentario, un parto en directo no la habría dejado tan estupefacta. Haijun todo esto es por cultura general, es mejor saber cómo funciona. Sí, no pasa nada… Apaga el deslumbramiento como puede y vuelve a conectarse/desconectarse. ¿Qué miras con tanta atención? Hummm… cultura, también. Cultura, ¿quieres decir dibujos, una serie, un videoclip? He escrito *vuelve a conectarse/desconectarse*, ya no me puede oír, ya no me puede contestar. Lo puntualiza su madre. Cultura como tú piensa, no; esto: un canal de vídeos con cachorros panda rodando monte abajo, una competición de comer fideos, el gallo de un popstar en la final, el trompazo de un niño patinando… Me duele hasta a mí. Me duele y me hunde. Haijun ha llamado *cultura* a eso, ya podemos cerrar el chiringuito, todos. Se me atraviesa el Nuevo Orden Audiovisual, pero no me queda otra salida que la deportividad. ¡Ay, Wenling, qué caduca estoy! No tanto, ella más vieja y ¡mira!

Es una ochentañera rechoncha y con un ritmo que para sí quisieran más de cuatro y más de diez. Sale a bailar a la calle todos los días, todos los días lo graba, lo cuelga y ahora es una auténtica influencer, a juzgar por los seguidores que me enseña Wenling que

tiene. Y la verdad es que ¡te entran unas ganas de bailar…! No la miramos tiesas como palos, no. Se nos disparan todas las articulaciones viéndola moverse. ¡Qué tía!, está convencida de que ha nacido con la misión de los ídolos. Cuando tú y yo jubiladas, tú y yo como ella. En mi ciudad gente también baila en la calle. Si tú ya sabe, ¡si tú ya visto!

Es verdad, bailes todas las tardes del mundo, en la primera tierra de Wenling. La tierra en la que abrió los ojos, la tierra en la que se puso de pie, la tierra que le enseñó a hablar, la tierra que la hizo valiente y la tierra que siempre echará de menos. Sí, he visto Qingtian.

45

Tardé unas cuantas noches en decidirme. La oportunidad de un viaje de trabajo a Shanghái… Mi primo Àlex libre para hacernos de guía. Qingtian a cuatro pasos, como quien dice… Una carambola de las que no abundan, pero ¿y la deslealtad? ¿Acaso no era flagrante también? Si me adelantaba sola traicionaría aquel *tú y yo viaja un día a mi ciudad juntas* de Wenling. O a lo mejor no. A lo mejor tanto miramiento me estaba estrangulando un interés genuino por conocer su tierra chica, teniendo la oportunidad tan a mano. Y por su culpa perdería lo que creo que le debo a Wenling: pisar, descifrar y querer a su ciudad como pisa, descifra y quiere ella a la mía. Y me la jugué.

—Vengo a despedirme, mañana me voy a China, Wenling.

—¿Dos semanas?

—Sí, pasan volando.

—Depende, si tú espera mucho pasa lento. ¿Tú primero Shanghái con tu primo?

—Sí, en el festival de documentales.

—Y ¿después?

—Después… Después… Después creo que me haría ilusión escaparme a… a… —si no me atrevo ahora, nunca— a ver cómo es tu Qingtian.

—¡Oh, qué bien!

Y ahora ya no se dan las condiciones para continuar con un diálogo. Y no solo por la sangre helada. Es porque parece que a Wenling le hayan clavado un pincho. Da un brinco, va corriendo a buscar un folio, y empieza a anotar. Tan deprisa como a explicar, o más. Shanghái-Qingtian tú con AVE, directo, ahora muy rápido, aquí nombre en mandarín. Y yo apunta móvil de Xiaolu, come juntas, ellas sabe tú mi amiga-hermana catalana. ¿Tu primo qué

idioma? ¿Mandarín como yo castellano? Pues ya está, tú no preocupa, entonces tú sí llega a mi ciudad seguro. También apunta pueblo de mi abuela, Kuishi, enganchado a Qingtian, todo lo mismo. Y este nombre es pueblo de artesanía de piedra, Shankou, importante, y… ¿tú ya tiene hotel? Yo puede buscar… ¿Tú ya tiene yuan? Yo puede cambiar…

Fuera de combate para corresponder a semejante torrente sin deshacerme como cera en medio de la peluquería, tuve que echar mano de los sobados parachoques materiales. Vamos, Wenling, dije desanudándome la garganta, dime qué quieres que te traiga, qué echas más de menos de Qingtian, ¡anda, apúntalo ahí y yo voy a buscarlo donde me digas! Gracias, tú no molesta, guapa, yo no quiere nada. Dobló el folio hasta la medida de una tarjeta y me lo metió en el bolsillo. ¡Yo solo quiere tú feliz en mi ciudad!

46

Y ahí van las notas de un viaje que me abrió todos los pespuntes de la definición. Un viaje que no fue una *visita que se hace a una población, un país, etc*… Ni un *recorrido por cualquier espacio notablemente lejano del lugar de residencia con el fin de conocer sus características, para cumplir algún cometido o sencillamente por diversión*. Y unas notas que solo pueden ser un destilado de memoria porque todo lo que registré en el móvil se perdió a causa de los efectos desastrosos de mezclar un corazón desbocado, la prisa y lo amarillo en el excusado.

AIR CHINA

En 2001 lo sentencié en la primera media hora de vuelo: caldo de acelga hervida. Esta vez me he chupado los dedos con el té verde que me ha traído el calorcito de donde Wenling. Nos lo sirven unas azafatas que Air China tiene en muy poca consideración. Porque adornar un Airbus A330-200 no es una categoría laboral. Obligarlas a maquillarse desorbitadamente y a tirar de la raya del pelo desde la raíz no redunda en beneficio de la atención a los pasajeros. Ni embutirlas en un uniforme-camisa de fuerza garantiza la seguridad de la nave. ¿Quién saca algo en limpio de verlas traquetear por el pasillo con unas imposiciones tan abyectas?

Las pantallas se encienden solas cada dos por tres, y siempre para enseñarnos una preciosidad de ciervos, arboledas, ríos, cascadas… Esas maravillas de agua, de bosque y de piedra todavía están vivas. Celebro que el capital no tenga veneno suficiente para todos.

ALTA VELOCIDAD

Túnel-paisaje-túnel-paisaje-túnel-paisaje-túnel.

Somos la indigestión que mata. Dondequiera que llegamos con zarpas de hierro, somos el gran eructo que sube. Voy acercándome a Qingtian perforando el vientre a la naturaleza. Y a más de trescientos kilómetros por hora se deshace todo el verde. Como si el musgo más manso alfombrara las montañas. Como si no hubiera habido dolor. Parada en Lishui, ciudad prefectura, la que lleva el timón del condado de Qingtian. Se nota en cuanto se ven la mimosa y el espliego que flanquean el río milimétrica y bellamente. Se necesita un poco de tiempo para volver a embalarse. Consigo ver que son arrozales, lo que se ondula y forma bancales de playa en cada colina. La fotogenia no vuelve estas hileras más fáciles de trabajar, aunque las máquinas de este siglo ayuden. Un río en el medio. Un río que en nuestro pequeño país tendría categoría de mar. Más campos de arroz. Y huertos de la resistencia: los custodian tres casetas de color crema con tejado negro que se defienden levantando al aire las cuatro puntas. Todo perdido, con tanto bloque de pisos. Los señores de la guerra también son los señores del ladrillo, del hormigón y de la arena. Y eso que ahora quiere acurrucarse contra la falda de la montaña no es un arrozal. Un cementerio como al que tuvo que subir Wenling para enterrar a su padre. Es bonito, tan distinto de las celdas en las que nos encerramos las personas a vivir. Qué agradable, reposar con los pies en la hierba. Y fresquito, tan cerca de las nubes. Seguro que no debe de ser tan penoso, pagar así la deuda a la tierra.

SOLA

Lo había soñado. No tener que hablar con nadie. Pensar sola, dudar sola, conmoverme sola. Reírme sola, llegado el caso. Y hacerme ilusiones de ser invisible. Andar por las calles de Wenling con la cabeza sin compromisos. Sin huesos. Una cabeza que fuera desenvolviéndose y que con la última vuelta de venda se volviera infinita. No ha podido ser. Ciega, sorda y muda de su idioma no habría salido del aeropuerto. Yo no soy como ella. Siempre estaré en deuda con vosotros, Max y Àlex. Y lo de menos es guiar mis pasos. Es por no esperarme. Por fingir que no os dais cuenta de que siempre procuro ir tres

filas por detrás. Un poco sola.

TAPÓN

Cuarenta y ocho horas he tardado en sacármelo. Y con el *jet lag* no puedo escudarme. No era de sueño ni de cansancio ni de desorientación. Era un tapón de alegría. *Vive Qingtian unos días por mí*, leí en el whatsapp en cuanto conecté la VPN en el hotel. No sabía si el corazón se me inundaba o se me incendiaba. Y se quedó en este término medio que me ha tenido dos días atragantada. Hasta que le he contestado a Wenling que aquí hacen el café mejor que en Barcelona. *Jajaja, sí, compran máquinas buenas de Italia*. Y con té verde a todas horas y media docena de expresos he podido revivir. Y detectar más cosas: dos Bar Barcelona, un Bar Real Madrid, tiendas de alimentación con fuets de Vic y jamones ibéricos colgados, cajas de vino del Penedès, de La Rioja… Y las décadas que hace que los encetan, desde mucho antes de que empezara el empacho de la palabra globalización. No niego la gracia que me hace encontrarme con toda esta parentela de buena mesa en la República Popular China, pero lo que me tira es la juventud. Todos los que chapurrean un poco de inglés quieren entablar conversación. Todos tienen a alguien de casa deslomándose a doce mil kilómetros. Nos hacen la broma de que si ahora somos nosotros los que vamos a ser vecinos suyos, porque con Europa tan mortecina y China trepando como una calabacera, ya veremos si no se vuelve la tortilla. Ahora el futuro ya no está en un billete a Xibanya, ahora se quedan muchos. Sus padres les pagan los estudios con los negocios de allí, y aquí hay trabajo. No contemplan la desilusión, desde luego.

ELLA

He podido verla cuando era en blanco y negro, *antigua*. Es decir, en los noventa, antes de medirse con Hong Kong por los neones nocturnos. Antes del agua corriente, del asfalto, del puente rojo entre las orillas, de los grandes bloques de lujo, de los aires acondicionados, de los escaparates, de los

restaurantes, del tren destripador. Antes del salto de escala. Mi primo Àlex se mete a todo el mundo en el bolsillo y el señor de la Asociación de Fotografía de Qingtian también ha caído. Aunque nos las pasaba muy deprisa, como si estuviéramos en una timba, clac, clac, clac. Y la pasma estuviera a punto de echar la puerta abajo, clac, clac, clac. Pero he podido captar el dédalo de callejuelas. Los porches de madera de las casas, los puestos, las bicicletas, los carros. El río, el embarcadero, la barcaza a la que saltaba la abuela de Wenling para ir a verla. *Kuishi*, ha señalado el retratista jubilado en un rincón de la postal. He tenido que ir corriendo a sentarme y pedir a Àlex que justificara un estómago en ayunas, una migraña, una presión baja, lo que fuera más fácil de traducir. Y que ya se me estaba pasando, que no necesitaba nada, que muchísimas gracias. Ni se las imagina, el pobre hombre.

Esta familiaridad que siento en Qingtian no es por los fuets de Vic ni por los cafés del Bar Barcelona. Debe de ser por el nervio, por el brío, por el sentido del humor… A la fuerza tienen que generar una onda expansiva, cien familias injertadas con el mismo carácter que ella. *¿Cómo encuentras mi ciudad?*, me ha preguntado Wenling antes de irse a dormir. Como si ya la conociera, le he contestado, como si fuera mi casa. Como si fueras tú.

NIÑOS

Qingtian también es la ciudad de los niños. De los niños sin padre ni madre. De los niños sin cochecito. Los llevan las abuelas en brazos o de la mano. El carro es solo para llevar estrujada la verdura, de todas clases. Los únicos boniatos que he visto los soasaba un chico como hacemos nosotros por Todos los Santos. Ahora son una golosina más, ahora estas abuelas-cemento que cuidan a los nietos pueden darles de comer sin tanta penuria. Ahí están, las abuelas-cemento. Por la forma de tratarlos se ve que están convencidas de ser guardianas de un tesoro. Por cómo les secan las lágrimas cuando berrean, por cómo los miran a los ojos cuando razonan con ellos, por la paciencia. Pero las abuelas-cemento tampoco se encandilan a lo tonto, no se distraen. Criar a las criaturas de los hijos que están en Barcelona, en Valencia, en

París o en Milán no es lo único que tienen que hacer. Muchos deberían venir a recibir una lección magistral sobre la forma de tratar a la prole. Y de paso aprenderían a gobernar el mundo. No creo que estas abuelas les cobraran ni la mitad de la tomadura de pelo que se gastan en másteres, y sería muy beneficioso para toda la gran familia humana.

XIAOLU

Me impone respeto, aunque lo esperaba como agua de mayo. Hoy va a dejar de ser una evocación. Me gustaría caerle bien. Llegamos en el momento en que baja la persiana. Un golpe seco con la mano, sin que se le mueva un pelo. Airosa, bien plantada. La cola de caballo negra, a plomo sobre una gabardina de color azul cielo. ¡La amiga-hermana catalana de Wenling!, y se me acerca sin que todavía no haya abierto la boca. Le presento a Max y a Àlex, dos besos para todos y tira, rey. Reina. Vamos aquí al lado, un restaurante con un poco de todo, así sabréis qué comida china os gusta más. Y me coge los dedos. Me los examina. Es la mejor… A mí me enseñó ella. Uñas Wenling, ¿verdad?

Si las deidades existieran, aparte de ser todas mujeres, se atiborrarían de esto. Todo lo que nos da a probar es miel. Y todo es mucho. Ha encargado para todos por lo menos una docena de especialidades. Cuando cocina otro como más, dice desternillándose de risa. La felicito por la sintaxis impecable y entonces nos lo cuenta.

Quince años en Madrid pueden dar mucho de sí. Dos hijos, una tienda de frutos secos en Sol, un pisito en Casa de Campo, clases de castellano gratuitas en el centro cívico del barrio, merienda en el Retiro cuando el tiempo acompañaba, cine con los niños los días de fiesta y, por San Isidro, escapada a Barcelona a ver a Wenling. Una vida, todo funcionaba. Hasta que se la segaron. Cáncer de páncreas, fulminado en seis semanas. Sin marido, el negocio, la casa y los niños era demasiado. Ahora pienso que no, que yo podía, pero cuando estás en *shock* no lo ves. Y prefirió aprender el oficio unos meses donde Wenling y volver a plantarse en Qingtian. Mi salón de manicura va regular, pero para mis niños, mi madre y yo, suficiente, y no necesito a nadie. Pone el brazo en ángulo recto y saca bola. ¡Las mujeres aguantamos la mitad

del cielo! Yo he visto a Rosie la de *We Can Do It* y ella ha rememorado la frase de Mao, la que le suelta a su madre cada vez que le da la paliza con que tiene que buscar a alguien. ¿Un hombre? ¡Ni hablar!, se burla Xiaolu, ¡mucho mejor sola! Y otra vez esa risa. De esas en las que te quedarías a vivir.

Yo también me habría hecho amiga-hermana de ella en el acto. Yo también me habría dejado arrastrar por ella a la escuela, a la perfumería, a Europa… Donde fuera. Yo también le habría pedido que me enseñara a fumar. Y también echaría de menos volver a ser jóvenes, salir juntas, oírla reírse… Y desde luego la invitaré a subir a nuestro coche con capota. Y recorreremos Italia. Las tres.

KUISHI

¿Es aquello? Desde la ventana se ve un puñado de casitas de piedra como si de un barrido las hubieran dejado a un lado de la carretera. Bajamos. Trueno de tres petardos. Solo me faltaba eso, con lo encogida que iba ya. Y no eran en nuestro honor. Mandamos a Àlex a ver de qué va y le ha parecido entender que por un difunto. Que toda la gente del porche que se ha vuelto a mirarnos eran invitados al entierro. A mí me viene al pelo el silencio de misa que nos han impuesto. Max y Àlex se desvían hacia una de las cuatro callejuelas que, visto lo visto, conforman Kuishi. No habría podido alcanzarlos ni queriendo. Nunca había tenido que arrastrar tan fuera del agua unos pies tan de fondo del mar. Hasta que me llama la atención el cristal roto de una ventana. Y meto la cabeza. Un corral, una gallina picoteando, un lavadero con su pastilla de jabón y su cepillo. Dos sillitas de enea y sus dueños: una abuela limpiando brócoli y un abuelo pelando bambú. El impulso de decir hola, perdonen, ¿conocen ustedes a Wenling? ¿Conocieron a su abuela? ¿Podrían decirme dónde vivían? Se me resbala un pie, me doy en la barbilla y un perro ladra por mi culpa. La abuela y el abuelo levantan la cabeza. Hola por lo menos, sí. Con la palma de la mano. Y me contestan, desde luego, y con una gran sonrisa. Una pobre que no sabe dónde va, y vuelven a lo suyo. Y ya no encuentro a nadie más. Subo por un caminito empedrado y veo todo Kuishi. Manejable, protegido, cuco. Y muy solo. Ni rastro de humo. Ni ropa tendida. Ni charcos. Ni basura. Ni gatos. Una

aldeíta con la cubierta arrancada que solo viviera para ver cómo se le despega la última hoja. Que solo esperara ser pasado.

¿Dónde habéis estado hoy? Pues hemos ido al pueblo de los artesanos de piedra, hemos subido al parque de Shimendong, nos hemos perdido por las calles de la orilla del río, a mediodía y por la noche zampamos como ladrones, me he encaprichado con unas zapatillas deportivas y para mis pinreles no tenían suficiente numeración… Y cosas por el estilo. Y solo habré visto Kuishi de refilón, solo desde el autobús. No voy a mandarle las fotos, no voy a preguntarle qué casita de todas las que me han inventariado Max y Àlex, no voy a obligarla a repetir yo *muy pobre*. Demasiado me lo ha tenido que decir ya.

LA ÚLTIMA

Nos lleva al restaurante preferido de sus hijos, para que probéis también un buen pato al estilo de Pekín. Le digo que podía haberlos invitado a venir y así los habríamos conocido. ¡No! ¡Por una noche!, y hace como si suplicara piedad. De la pandilla que tenían Wenling y ella no queda nadie en Qingtian, todas esparcidas por el Senil Continente. Yo siempre con los niños, o con mi madre y tíos y tías… y muy majos, pero familia cansa, ¡mucho! Se nos contagia esa risa suya y brindamos con cerveza por el don de la amistad. Llega un pato lacado de no te menees, y Xiaolu me ayuda con el primer bocado. Un trocito de carne, la salsita, el pepino, la cebolleta y adentro. En plena cena empiezo a agobiarme. Se lo digo. Que nos haga una foto y se la mande a Wenling, que así se lo podré contar, que le hará gracia. Y entenderá que no le haya contestado a los whatsapp. ¿Foto? Y mira el reloj. Mejor llamarla, a esta hora podemos. Saca el móvil del bolso y activa la videollamada. Tut, tut, tut. Tengo la garganta de esparto. Tut, tut, tut. Los latidos a cien por hora. Tut, tut, tut. Y aparece. Está en la mesita de manicuras. Nuestra mesita. Todos empezamos a mover las manos. Primero hablan ellas dos, se entrecorta, la perdemos. Vuelve la imagen y ahora debe de vernos bien, porque también nos saluda con la mano. A lo mejor me lo he imaginado yo sola. Al instante me lo confirma Xiaolu: parece que Wenling llora. Y a mí no me sale

una palabra de la boca, ni una. Si me saliera, sería con una cántara de agua detrás. La pantalla se pone negra, gracias, wifi carraca, ¡gracias! Puedo arreglármelas más o menos con los mensajes de voz. Primero le pido a Xiaolu que se lo resuma. Jajajaja, Wenling dice que no bebas tanta agua, ¡que luego tú mucho lavabo!, y pregunta por qué no lo cogiste. Por qué no metí las manos en el pis para rescatar el móvil cuando se me cayó al váter de aquel restaurante, me reprocha la muy pillina. Cuando Xiaolu le contesta que sí, que metí la manga hasta el hombro, en la grabación de respuesta todavía la oímos troncharse de risa. Una frase más, la última, que Wenling ya tiene una clienta: en los mensajes que no pude leer solo me decía que lo pasáramos bien, y ahora ya ha visto que sabemos hacerlo. Ahora ya ha visto que soy feliz en su ciudad.

Hora de irse. Un gran achuchón y ojitos vidriosos. En la moto taxi me he vuelto por si todavía estaba Xiaolu. Clavada. Un cirio desafiando a todas las luces desalmadas de Qingtian. Me muero de ganas de que llegue la noche que nos hemos prometido en Barcelona.

BAILES

Tren a Shanghái, el penúltimo de la tarde. Cruzar la plaza que lleva a la estación es sortearse tres o cuatro pandas de bailarines con unos aparatos de sonido que ni Barcelona por la Mercè. Y cada una con su jefa, su parroquia, su coreografía, su compromiso. ¿Es posible sacarle más jugo a un solar de hormigón? Admiración máxima por una fantástica ocupación del espacio público y admiración máxima por las abuelas-cemento, que nunca agotan la candela. Con su energía se podría electrificar todo este planeta que somos de estresados de tres al cuarto.

FIGURITAS

En casa quito la argolla de la cajita de seda y las levanto del lecho rojo en el que dormían. Mis artesanías de piedra son una pera llena de rico jugo y un león de morro chato con las crines de la espalda erizadas desde la cresta hasta la cola, un

pixiu, un ser mitológico. Me caben las dos en una mano, pero me las habría llevado de talla XXL, si tuviera suficiente comedor. Wenling no las reverencia porque sí. Sin peras ni pixius ni monos ni elefantes ni conchas ni todas las formas del bosque, del mar y de la fantasía en una maleta, no se habría abierto este camino desde Qingtian hasta Europa. Y no nos habríamos trenzado nunca.

47

Sí que le he traído una cosa de Qingtian. Ha dado la vuelta a la bolsa de un zarpazo. Por delante ni rastro, el blanco de todas partes y de ninguna. Minúsculo, y al final de la otra cara, ha encontrado lo que buscaba. Cómo lo ha repasado con el dedo, cómo lo ha pronunciado… Por no hablar de cómo se ha esponjado Wenling cuando me lo ha traducido: ¡el nombre de la librería, el nombre de la calle y el nombre de su ciudad! Yo sé dónde, yo muy clienta, ¡tú sí visto Qingtian! No hace ni caso a las cuatro novelas policiacas que tardamos en elegir dos horas de reloj entre Max, Àlex y yo, ahí se quedan, una encima de otra, intactas. Ningún reproche. Si la literatura no fuera ante todo una prueba de vida, ya me dirás para qué demonios la querríamos.

Yang tiene pelusa y viene a preguntarme si no hay nada para él. Ostras, qué tonta del haba, podía haberte traído tabaco, a lo mejor echas de menos el de allí. Se burla todo lo que quiere. Jajaja, tú mala como tabaco chino, ¡tabaco chino no se puede fumar! Y, qué remedio, cuando vivía allí, porque hace diez años únicamente los ricos podían permitirse el gusto del de importación, el *bueno*. Pero que nada, nada, todo para ellos.

Wenling me pregunta si entendí bien que viajaría a Barcelona, no a Madrid, porque también allí dejó amistades y ha ido a verlas alguna vez. Y ahora dudo. Diría que sí, sí, que quedé con Xiaolu en que nos veríamos en Barcelona… China es muy grande, nosotros piensa Madrid y Barcelona muy cerca. ¡Oye, si hay que ir un fin de semana a Madrid, se va! No, mejor Barcelona, Xiaolu, tú y yo, no más gente, y me guiña un ojo, tranquila, yo escribe, yo convence. Pero, guapa, yo piensa… yo trabaja toda la semana, tú y ella puede pasear juntas sin mí, si tú quiere. Le dejo bien clarito lo que es mandar a alguien a paseo, la mando a paseo y le canto el programa para cuando venga. El sábado por la noche, cena reservada para

tres en el barrio, y domingo, si tenemos ganas de más juerga, abrimos admisiones y nos vamos a la Barceloneta con los niños, Yang y Max: ¿qué te parece? ¡Eso sí puede! Y me sacude un give me five que casi me tira al suelo.

Ya era hora de cerrar y yo me iba cuando llega Haijun. Y directa a lo que quiere saber. Cuánto tiempo hace que no tiene que aliñar las preguntas con *una cosa, una cosa*. Has ido a China, ¿verdad? A mi ciudad, ¿verdad? ¿Me cuentas lo que más te ha gustado de Qingtian, por favor? Cojo aire para disparar y Wenling me frena. ¿Tú ahora puede cenar con nosotros?

Y llama a Haitao, anda, que salga, que si no lo dejamos aquí. Tú en China bebe cerveza, yo visto… ¡Que Yang se dé prisa, que si no nos cierran! Y va corriendo a comprar un paquete de seis en la bodega de la esquina. A mí, que llame a Max, y a Haijun, que mientras ella hace caja le marque el número del restaurante que tiene la comida más casera. Media hora y platos buenos como Qingtian en mi casa, y me empuja hacia la calle.

Que con la tripa llena se acuerda uno mejor de todo, me dijo con todas las órdenes repartidas y cogidas del brazo. Muy cierto. Pero mi problema era vaciarla. Liberarla para hacer sitio a todas las suculencias que me esperaban. A lo mejor os habéis encontrado en esta misma situación y a lo mejor sí sabéis hacerlo. Yo siempre me atraganto. A mí siempre me cuesta mucho drenar la alegría.

48

—¡Ay, filla, no sea tan incrédula, señora Mundeta! Lo digo yo, lo dice la señora Gripi y si estuviera aquí la señora Catalina ¡también lo diría!

—¿Aquí, una que aspira a tanto? Ahora se lleva mucho ir así, en chándal, deportivas grandotas y enseñando el estómago, a lo mejor la habéis confundido con una que se le parece.

—Que Eulàlia tiene razón, señora Mundeta, que la tengo bien calada. Y en Mallorca la señora Catalina la tendrá también, ¡si mis nietas no se la quitan del móvil! ¡Pues claro que era ella!

—Bueno, decid lo que queráis, pero yo no me lo creo…

—¡Que sí, filla, que sí!

Y con tanto toma y daca, y que si esto y que si lo otro, sale Haijun de dentro. Y yo también me acerco.

—Las veo muy alborotadas hoy. ¿De qué hablan, si se puede saber?

—¡Ay, filla!, tú nos lo vas a aclarar, trae aquí la maquinita. —Y me da un toque en el fondo del bolso con el abanico—. ¡Anda, búscala!

—¿A quién?

—A la que canta en el tráiler, ¿a quién va a ser? ¡Si no se oye otra cosa en todas partes! Acaba de irse, un par de minutos antes de entrar tú.

—¿Qué? ¡No puede ser! ¿Se ha hecho la manicura? ¿De verdad ha venido…?

—Cierra la boca y pon el vídeo, anda, que saldremos de dudas.

—¿Es famosa? ¿Quién es? ¿Quién es?

—¡Es esta, Haijun! —Y le doy al *play*.

Dos minutos y medio después:

—¡Lo era, sí que lo era, filla!

—¡La misma! ¡Cuando se lo diga a mis nietas! Y ¡a mi hermana!

—Puede que fuera esta la cara de la chiquita que ha querido que le repintaran esas uñas tan bárbaras, sí, puede que sí…

—¡Qué guay! Y ¿es catalana?

—¡Ya lo creo!

—¿Catalana como tú?

—¡Sí, y como tú, Haijun!

—¿Puedes ponerlo otra vez? —Haijun hace una mariposa con las manos y da dos palmadas.

Chica muy simpática, dice su tienda cierra hoy y necesita pintar. Wenling se asoma entre las dos para verla y no puedo abstenerme de fisgar un poco: le pregunto de qué color. Todavía lo lleva en el bolsillo del peto y me lo enseña: ¡Chicas!, me vuelvo a mirar a mis conciudadanas de peluquería predilectas: este esmalte solo puede pedirlo una artista, ¡yo también digo que sí, que lo era!

Cojo la carpeta y le enseño todo el papeleo de la matrícula a Wenling. Que vea que está todo hecho, que se quede tranquila, que era el encargo más difícil que me ha pedido hasta ahora, la ayuda más comprometida, la más delicada, pero que ya está, que hemos ganado la partida, que los niños ya están en el colegio que queríamos, Wenling, ¡viva! ¡Viva!, Haijun me sigue. ¿Viva qué?, pregunta Haitao, que llega con el patinete. ¡Bieeeeen!, dice al ver el nombre, es el mismo colegio al que va a ir Pol, ¡viva y supervivaaaaaa! Wenling empieza su ¡viva! con una frase hecha china: Quien trabaja con cerebro manda quien trabaja con manos. Yo quiere un futuro bueno para mis niños, yo no quiere para ellos un trabajo como el nuestro. Escuela fuerte es muy importante para mí, ¡muchas gracias, guapa!

La cara de satisfacción de Wenling es inenarrable. La mía también. Ella, por el gran laboratorio que van a tener el próximo curso, por el proyecto de lectura, por la optativa de chino, por el bachillerato en inglés que van a hacer en cuanto lleguen… Y no lo niego, a mí también me entró por el ojo derecho un programa educativo como este, por eso se lo sugerí. Pero se lo habrían metido por donde les cupiera si no me hubieran dado la respuesta que esperaba. Si hubieran escondido la cabeza bajo el ala cuando les pregunté qué harían si alguna vez se enteraban de que alguien utilizaba las palabras *amarilla* y *chino* para herir a las personas. Ahora tengo una exigencia, unas garantías, un compromiso, ahora

puedo ir a restregárselo por los morros si vuelve a suceder. Porque ahora ya no delegaré la justicia en los niños. Ahora seré yo la que vaya a preguntarles de qué van. Y en caliente, además.

Colegio nuevo gusta, pero después yo piano, ¿eh?, hace constar Haijun revolviendo el esmalte de la artista. Pues cuando acabes el bachillerato, a estudiar música en la
ESMUC
, que es donde estudió ella. ¡¿Sí?! ¡Qué guay! Y embobada mirando cómo se pinta Haijun la uña del meñique de purpurina dorada y cómo la mira al trasluz, se acerca Wenling a enseñarme el cambio de planes en el móvil: Xiaolu dice no puede venir este verano.

49

Y la hemos esperado un año entero. Y en este año he visto a los niños ir al colegio nuevo sin miedo a ninguna palabra. He comprobado que la piedra filosofal también les encanta y ya van por el tercer curso de Harry Potter. He hecho un concurso de panellets con la señora Eulàlia en la peluquería y Haitao se ha ido a dormir con dolor de tripa. He ayudado a repasar los albaranes de los nuevos pintaúñas bio y le he hecho perder la cuenta a Wenling todo el tiempo. He presentado a Wenling, a Yang, a Haijun y a Haitao a los de casa y hemos celebrado San Esteban todos juntos. He visto a los niños comerse cuatro canelones por barba y a Yang preferir mil veces más repetir de gambas. He parado los pies a un par de clientes racistas y Kristin y Mireia ahora también les plantan cara. He probado no sé cuántas exquisiteces chinas para celebrar el Año Nuevo y en esta ocasión he sido yo la que ha tenido dolor de tripa. He recibido solicitud de Haijun e Haitao para ser seguidores míos en instagram y me ha emocionado más que si me siguiera Rosalía. He ido al Ampurdán a llevarlos de campamento en Semana Santa y quince días después he visto desde el coche los abrazos apoteósicos que se daban con las nuevas amistades. He aprendido cuatro palabras de mandarín y Wenling ya dice *passa dintre, espera miqueta* y *així així*. He visto a Yang cortar el pelo a mi abuelo y ponerse más ancho que largo con la alabanza *cagumdéu quin artista!* He intentado hacer las bolas de arroz zongzi y hemos celebrado la fiesta del poeta Qu Yuan con las que ha comprado hechas Wenling. He descorchado un cava para celebrar la teórica de Wenling y lo hemos acompañado con la ensaimada que nos ha traído de Palma la señora Catalina. He convencido a Yang y ahora va una vez al mes a ablandarse las cervicales con mi osteópata. Me he conchabado con Haijun y su madre ya la deja ir a dar una vuelta

con sus compañeras de clase los fines de semana. He renegociado el contrato de alquiler del local con el *señor catalán* y pueden quedarse cinco años más. He aplaudido a Haitao y a Pol haciendo de presentadores y a Haijun, estrella de la coreografía de final de curso. Y he sido testigo de la primera vez que Wenling y Yang cerraban la peluquería un viernes por la tarde para ir al festival de sus hijos.

He visto todo eso y mucho más y ahora ya es julio, la noche que nos habíamos prometido con Xiaolu.

50

Llevan vestido las dos. Wenling, de color negro; Xiaolu, verde oliva. Sandalias de taconcito las dos. Un poco de rímel las dos. Y las dos, la mascarilla de las manicuras. ¡Venir yo y todo el mundo acordarse de que tiene pies! Xiaolu se levanta del taburete, suelta su risa y me pega un abrazo. Wenling no se ríe, está preocupada. Por el restaurante, porque no vamos a ser puntuales, porque lamenta hacerme esperar… Solo veo una solución, remangarme. ¡Dame un peto de los vuestros, Wenling! No quiere dármelo bajo ningún concepto, y tengo que ir yo a abrir el cajón en el que sé que los guarda. Ya me lo he puesto, no sin un poco de forcejeo. Xiaolu me ayuda a atármelo y entre las dos le cortamos las protestas. Desde el otro lado de la mesita nos devuelve la pelota en forma de dos pares de guantes atados, ¡zas! Y mucho cuidado, ¡tú tiene manicura!, ¡tú cabeza loca! Sí, completamente loca: he vuelto a las andadas. Ahora que hasta me pelo yo sola en casa como los quintos, ahora que ya había dado pasaporte a los vestidos yanquis, que me había pasado a los pantalones, que me había deshecho de las incomodidades y los adornos, y que había tirado todo el maquillaje, ahora echaba de menos un buen fardo de la feminidad, ya ves lo que son las cosas. Quien nos entienda que nos compre, ¿verdad? Me calo la doble capa de látex para que no se me levante el rojo sangre de mis uñas, y sobre todo es para complacer a Wenling. Porque nada de maniobras temerarias para mí. Yo solo sirvo para cambiar el agua de las palanganas, secar pies, quitar esmaltes y pasar un poco la lima, no voy a comprometer su buen nombre. Pero todo ayuda y al cabo de una hora se puede considerar que tenemos a todas las clientas a punto de caramelo.

Yo quiere lavar pelo, yo suda, ¿hay tiempo? Wenling se quita la mascarilla y yo llamo al restaurante. ¡Hecho, Wenling, segundo turno! Nos han cambiado la reserva para las once, tiempo suficiente

para lavarte tres cabezas, ¡si las tuvieras! Y mientras Yang le frota la mollera, Xiaolu y yo nos contamos las novedades. Que su sobrina ya tiene un año y medio, que ahora ya la puede dejar sola con su madre, que cuando la llevaron lloraba a lágrima viva noche y día y ni entre dos podían consolarla. El hermano de Xiaolu vive en Italia, en Prato, y tuvo que hacer lo mismo que ella, lo mismo que Wenling: ir a Qingtian a llevar a la recién nacida a la abuela-cemento para que se la criara. La madre de su cuñada era tan viejita que casi no se sostenía sola, y las custodias de su tesoro tuvieron que ser Xiaolu y su madre. Y yo, ¡otra vez papillas y pañales!, yo que ya no me acordaba… Pobrecita, ahora ya se ríe. Ahora llora cuando por el teléfono oye a su mamá.

¡Cuidado! Tan guapas, muchos novios, nos dice Yang desde el portal con los dos niños. ¡Adiós, mama! ¡Adiós, tías!, dicen Haijun y Haitao. ¿Sabías que tía se dice en China cuando eres como de la familia? Claro, ella amiga-hermana catalana, ella familia, remata Wenling. Las miro, noto que se me empañan los ojos y las cojo por un brazo a cada una: Bueno, ¡vamos a regar emociones! ¿Cuánto hace que no te tomas un buen tinto, Xiaolu? En Qingtian podría, pero muy caro, hoy, ¡dos botellas!

Y el terceto no ha cruzado ni el primer paso de peatones cuando de pronto una voz: ¡No te conocía, *noia*, tan mudada! Es una clienta, la dueña de la peluquería que hay tres portales más allá. ¡Que os divirtáis mucho, reinas! Y todavía no hemos arrimado las sillas en el bar de vinos cuando una chica se levanta disparada: ¡Wenling! ¿Eres tú? ¡Hoy sale con amigas! ¡Qué ilusión verte!, y le da dos besos. ¡Wenling es más famosa que los que hacen películas! Ya ves, Xiaolu. Vosotras no ríe, es porque yo ya muchos años aquí, ella es profesora guardería Haitao primer año, ella ayuda mucho. Y ya viene el camarero: ¿Qué queréis, chicas? Hummm… ¿hacéis spritz? Sí, todos los cócteles que queráis, ¿os traigo la carta? ¿En inglés para ellas? No, no hace falta, somos todas de aquí, y pon un spritz para cada una, por favor.

El color de naranja radiactiva del Aperol siempre impresiona, se quedan embelesadas. ¿Esto se bebe seguro? Seguro, Wenling, y está riquísimo. Pero antes, unas fotos, dice Xiaolu. Sacamos el móvil y hacemos lo mismo que hace ahora todo el mundo antes de cualquier comida: bendecir los alimentos. Clac, foto de las copazas

de spritz en bodegón con el platillo de aceitunas; clac, foto de una en una; clac, de dos en dos; clac, selfis de tres… Pero el hielo se va a deshacer más todavía y aguará el combinado, porque no contaba con los filtros y los de sus Huawei están muy conseguidos. Ahora quedamos retratadas con morro de gato, ahora llevamos gafas de John Lennon, ahora se nos hinchan las mejillas, ahora somos ratoncitos… No, así feas, pon guapas, se queja Wenling. Mira, ¿así? Y tengo que mirar la foto muy de cerca y dos veces. Muy favorecidas, Xiaolu, pero… un poco raras, ¿no? Claro, ¡es falso! Hay que reconocer que el filtro *beauty* es cosa fina, que se nos ve la cara lustrosa lustrosa. Y falsa a más no poder, claro.

Apuramos el último culo de spritz, y hacia el restaurante con la flojera que brinda un poco de licor. Xiaolu aprovecha para mandar mensajes de voz a sus hijos y a Wenling le faltan ojos para todos los encantos que descubre en ese tramo de Gràcia. Yo siempre quiere como tú: sale de la peluquería, ve cosas bonitas, pasea… Yo piensa eso nunca pasa a mí y hoy, ¡yo libre como tú!

Hi, menu in English? No, gracias, somos todas de aquí. ¡Ostras qué pesados, oye! Gente piensa Xiaolu y yo turistas. Ya, Wenling, la gente piensa… mejor dicho, la gente no piensa. No piensan que seamos amigas porque todavía hay pocas como nosotras, dice Xiaolu, lo entenderán en cuanto haya más. ¡Eso!, la secunda Wenling, y ¿aquí qué come?, porque yo ya no puede más cosa… Claro que sí, aquí unas tapitas y un poco de vino tinto, tienes que probarlo, aunque solo sean dos dedos. Pedimos que nos abran un Montsant y que nos traigan lo que más echa en falta Xiaolu de Madrid: calamares a la romana, ensaladilla rusa, croquetas y tortilla de patatas.

Noche fuera, sin marido… ¡Yo muy feliz! ¡Yo tanto tiempo que ya no acuerda! Matemático: buena jala, buen asiento, iluminación sutil, música de fondo, tres amigas… Con una escenografía tan propicia, no hay confidencia que se resista Y, Wenling, ¿te acuerdas de por qué te casaste con Yang o tampoco? Jajajaja… Yo no cabeza tan loca, yo sí acuerda. Y Yang no era de los que más le gustaban. Había unos cuantos que devoraban libros como ella, y con ellos charlaba muy a gusto. Pero Yang cuando joven, Yang boca muy dulce, él siempre guapa, siempre cariño, siempre todo para ti… y yo al final casa con Yang por… por… Cómo se dice… Xiaolu también

está pensando y rebusca en el móvil. ¡Ya lo tengo!, y nos enseña una traducción: *el destino*.

¿Faltaría algo más por aquí? Pues sí, oye, tráenos unas rebanadas de chapata con tomate, sisplau. Sí, por favor, ¡que también me gusta mucho! Xiaolu sigue con el móvil en la mano y nos la presenta: Esta es mi sobrina. Muy mona, parece poquito Haijun de pequeña… Yo llora mucho cuando Haijun en Qingtian y Haitao en Taizhou. Xiaolu sabe de lo que habla y dice que sí, que tragas muchas lágrimas y se pasa muy mal, pero para sacar un negocio adelante… Y con las abuelas están mejor que en guarderías. Pero sin madre, a Wenling se le hizo mucho más difícil de soportar. Tener que dejar a la niña en casa de su padre y al niño en la de su suegra le supuso muchas noches en blanco, meses y meses. En China una canción dice: *Shi shang zhi you mama hao*… Xiaolu se une y me cantan unas estrofas con la cabeza gacha, muy bajito. Una canción de cuna más triste que el invierno, que más o menos dice que sin una madre siempre las pasarás muy negras. Pero mi padre ya más tranquilo cuando Haijun nace. Ya no sale de noche, ya no bebe, ya no pelea… Mi padre cuida Haijun mejor que a mí, yo muy contenta con él, eso sí.

¿No acabaríamos la botella? ¿Nos lo repartes un poco para cada una? Gracias. Yo no más, yo no costumbre… Un día es un día y nadie tiene que conducir, Wenling. Tampoco puede, le falta el examen de práctica, se ríe burlona Xiaolu. Conducir-coche-viaje a Italia, ¿cuándo, cuándo?, pregunto. Cuando viejas, dice Wenling. Pero jubiladas no, matiza Xiaolu, ¡mucho antes! Jajaja, ¿quedamos para dentro de cinco años, chicas? ¡Vale! Y brindamos por nuestra ruta italiana con capota. Después del trago, Xiaolu quiere saber cómo nos hicimos amigas. Wenling se apresura a contestar. Cuando ella viene por primera vez, yo piensa: yo quiere ella vuelve otro día, y ¡ella otro día entra! Y yo, en cuanto salí por la puerta el primer día, ya quería estar otra vez contigo, y volví. Xiaolu sonríe y corre a iluminar esa traducción en la pantalla del móvil. ¿Qué, sino el destino?

Nota del editor digital

[1] Se lo dedico a mi amiga Liu Lingling, gracias por todo lo que he aprendido. < <